

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXI

Nº9

OCTUBRE 2008



NUESTRA PORTADA:

Cristo de Acislo Manzano. Siglo XX.

Capilla de las Nieves o del Santísimo
Santa Iglesia Catedral-Basílica de “San Martín” de Ourense.

Director: MANUEL E. RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXI	Octubre 2008	Nº 9
-----------	--------------	------

SUMARIO

LA VOZ DEL PRELADO

Saludo a la Sociedad Filatélica, Numismática y Vitolfilica “Miño” con motivo de la fiesta de San Martín de Tours.....	1287
Saludo para el libro de San Pablo de Quintela de Leirado.....	1289
Actividades del Sr. Obispo	1291

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General	
Nombramientos y Defunciones.....	1295
Vicaría de Pastoral	
Delegación de Liturgia. <i>El Domingo y su dimensión esponsal</i>	1296
Viaje a Egipto. Crónica de una Peregrinación del 18 al 27 de agosto de 2008.....	1301
Homenaje a D. Joaquín Pérez Mostaza, párroco de Santa María Magdalena de Francelos.....	1311

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española	
Nota de la Secretaría General de la Conferencia Episcopal Española “ <i>Curar a los enfermos, pero sin eliminar a nadie</i> ”	1317
Reflexión de Mons. Francisco Pérez González, Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela, director nacional de OMP, con motivo de la Jornada del DOMUMD.....	1318
Nombramiento: Mons. D. Jesús Esteban Catalá Ibáñez, Obispo de Málaga	1320

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI	
Ángelus	1325
Audiencias Generales.....	1329
Discursos.....	1343
Homilías	1387
Mensajes	1401
Viaje Apostólico - Visita Pastoral al Pontificio Santuario de Pompeya (19 de octubre de 2008) ...	1405
Santa Sede	
Congregación para la educación católica. Instrucción sobre los Institutos Superiores de Ciencias Religiosas	1413
Iglesia Universal	
Declaración final y Mensaje del Tercer Congreso Americano Misionero “ <i>El Congreso Misionero, un “Pentecostés” para la Iglesia en América</i> ”	1426

CRÓNICA DIOCESANA

Octubre.....	1437
--------------	------

LA VOZ DEL PRELADO

CARTAS**Saludo a la Sociedad Filatélica, Numismática y Vitolfílica “Miño”
con motivo de la fiesta de San Martín de Tours***“San Martiño de Ourense, amigo y patrono”*

San Martín de Tours, patrono y amigo de estas tierras de Ourense desde el siglo V, debe de estar muy reconocido a esta perseverante Sociedad Filatélica que, año tras año, pone de relieve una imagen y un lugar donde se le da culto y es hermoso este amable proyecto expositivo, que nos permite descubrir lugares hermosos de nuestra tierra y agradecer que en ellos la fe haya sido camino de convivencia y de belleza.

Qué lecciones más hermosas las que perviven en Nogueira de Betán, cuya iglesia nos ofrece un tímpano medieval con la Cruz como señal de salvación y

de Vida. Y en Betán San Martiño se hace consuelo y fiesta, que es un regalo siempre y una preciosa manera de invitarnos a todos a mirar la vida con ojos distintos y a los hermanos con mirada fraterna y, cómo no, a compartir la capa de lo que tenemos con quien lo necesite para descubrir que el compartir es siempre sinónimo de alegría.

Con mi saludo afectuoso y mi felicitación por lo que con tanta ilusión mantenéis vivo, mi bendición

+Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Ourense

**Saúdo á Sociedade Filatélica, Numismática e Vitolfílica “Miño”
con motivo da festa de San Martín de Tours***“San Martiño de Ourense, amigo e patrono”*

San Martín de Tours, patrón e amigo destas terras de Ourense dende o século V, debe de estar moi recoñecido a esta perseverante Sociedade Filatélica que, ano tras ano, pon de relevo unha imaxe e un lugar onde se lle dá culto e é fermoso este amable proxecto expositivo, que nos permite descubrir lugares fermosos da nosa terra e agradecer que neles a fe sexa camiño de convivencia e de beleza.

Que leccións máis fermosas as que perviven en Nogueira de Betán, cuxa igrexa ofrécenos un tímpano medieval coa Cruz como sinal de salvación e de Vida. E en Betán, San Martiño, faise consolo e festa, que é un regalo sempre e unha preciosa maneira de nos convidar a todos a olla-la vida con ollos distintos e ós irmáns con ollada fraterna e, como non, a comparti-la capa do que temos con quen o precise para descu-

brir que o compartir é sempre sinónimo de ledicia.

Co meu saúdo afectuoso e a miña felicitación polo que con tanta ilu-

sión mantendes vivo, a miña bendición.

+Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

Saludo para el libro de San Pablo de Quintela de Leirado

Ante esta obra que D. José López Gil me presenta, me alegra profundamente el pronunciarlo y escribir mi parecer favorable para la publicación de la misma.

Enmarcada dentro de este Año Jubilar de San Pablo que el Santo Padre, Benedicto XVI, nos ha regalado para toda la Iglesia y siguiendo las pautas establecidas desde la Programación Diocesana de Pastoral es, sin duda, una propuesta más que se suma a los materiales a tener en cuenta, junto con otros libros o revistas que se nos están ofertando para mayor conocimiento y acercamiento al Apóstol.

San Pablo de Quintela de Leirado es un lugar especial en este Año Paulino para poder ganar las gracias jubilares. Numerosos Santuarios Marianos de nuestra Diócesis han sido propuestos

para que el mayor número de fieles posible pudiesen ser beneficiarios de estas gracias.

La iglesia parroquial de San Pablo en Quintela de Leirado, su párroco y feligreses adquieren un protagonismo singular y han de aprovechar este regalo para su bien espiritual y para bien de los demás que peregrinan a dicho templo.

Ojalá que esta obra elaborada con tanto cariño por quien regenta esta parroquia sirva de provecho a los que la tengan en sus manos y recen con fe la Novena en honor de San Pablo.

Con mi deseo de que San Pablo sea un modelo a imitar por todos nosotros, os saluda y bendice vuestro Obispo

+ Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

Saúdo para o libro de San Paulo de Quintela de Leirado

Ante esta obra que D. Xosé López Gil me presenta, alédame fondamente pronunciarlo e escribi-lo meu asentimento favorable para a publicación da mesma.

Enmarcada dentro deste Ano Xubilar de San Paulo que o Santo Pai, Benedicto XVI, nos regalou

para toda a Igrexa e seguindo as pautas establecidas dende a Programación Diocesana de Pastoral é, sen dúbida, unha proposta máis que se suma ós materiais a ter en conta, xunto con outros libros ou revistas que se nos están ofertando para maior coñecemento e achegamento ó Apóstolo.

San Paulo de Quintela de Leirado é un lugar especial neste Ano Paulino para poder gaña-las grazas xubilares. Numerosos Santuarios Marianos da nosa Diocese foron propostos para que o maior número de feis posible puidesen ser beneficiarios destas grazas.

A igrexa parroquial de San Paulo en Quintela de Leirado, o seu párroco e fregueses adquiren un protagonismo singular e teñen que aproveitar este regalo para o seu ben espiritual e para ben dos demais que peregrinan a dito templo.

Oxalá que esta obra elaborada con tanto cariño por quen rexenta esta parroquia sirva de proveito ós que a teñan nas súas mans e recen con fe a Novena na honra de San Paulo.

Co meu desexo de que San Paulo sexa un modelo a imitar por todos nós, saúdavos e bendivos o voso Bispo.

+ Luís Quintero Fiuza
Bispo de Ourense

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

SEPTIEMBRE

- Día 24: Saluda a los Sres. Arciprestes y Delegados en el Seminario Mayor. Preside la Celebración Eucarística en el Centro Penitenciario de Peireiro de Aguiar con motivo de la fiesta de la Virgen de la Merced, Patrona de las Instituciones Penitenciarias.
- Día 27: Asiste a la Toma de Posesión del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Juan del Río Martín como nuevo Arzobispo Castrense de España en Madrid.
- Día 30: Reunión del Consejo Episcopal.

OCTUBRE

- Día 1: Presentación de la Programación Diocesana de Pastoral en Xinzo para los Arciprestazgos de A Limia, Cualedro y Rairiz de Veiga. Presentación de la Programación Diocesana de Pastoral en Verín para los Arciprestazgos de Verín, A Gudiña - Riós y Monterrei.
- Día 2: Preside la Celebración Eucarística en la S. I. Catedral con motivo de la fiesta de la Policía Nacional que celebra a sus Patronos, los Santos Ángeles Custodios.
- Día 6: Apertura del Curso Académico 2008 – 2009 del Seminario Mayor y Menor y del Instituto Teológico “Divino Maestro”.
- Día 7: Celebración con la Asociación de Amas de casa que celebran a su Patrona la Virgen del Rosario en Santa Eufemia la Real del Centro. Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de Santo Domingo con motivo de la fiesta de la Virgen del Rosario.
- Día 8: Presentación de la Programación Diocesana de Pastoral en Ribadavia para los Arciprestazgos de Ribadavia, Cortegada, Castrelo de Miño y Avión - Leiro. Presentación de la Programación Diocesana de Pastoral en Carballiño para los Arciprestazgos de Carballiño, Maside y Cea.
- Día 11: Participa en la Ultreya Nacional en Santiago de Compostela del Movimiento de Cursillos de Cristiandad.

- Día 12: Preside la Celebración Eucarística en el Acuartelamiento de Santa Mariña con motivo de la fiesta de la Virgen del Pilar, Patrona de la Benemérita Guardia Civil.
- Día 14: Inauguración de las imágenes de Santa Marta y Santa Bárbara en la Catedral, restauradas por la Asociación de Amigos de la Catedral, con el patrocinio de Caixanova; donación del pintor Baldomero Moreiras de un cuadro de la Anunciación para la Catedral.
- Día 15: Presentación de la Programación Diocesana de Pastoral en Celanova para los Arciprestazgos de Celanova, Bande, Merca y Ramirás.
Presentación de la Programación Diocesana de Pastoral en los Milagros para los Arciprestazgos de Maceda, Caldelas, Allariz y A Rabeda.
- Día 16: Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. del Rvdo. José Fernández Muiños en la Parroquia de Santa Eufemia la Real del Centro.
- Día 17: Participa en una tertulia en la sede de Cadena SER.
- Día 18: Preside la Celebración Eucarística en la S. I. Catedral a los profesores de ANPE antes de iniciar su Congreso.
Preside la primera sesión del Curso de Doctrina Social de la Iglesia en el Salón Mundo Novo en el Obispado.
Preside la Vigilia del DOMUND en la Parroquia de Santo Domingo.
- Día 19: Preside la Celebración Eucarística a los miembros del Instituto Secular Voluntarias de D. Bosco en los Salesianos.
- Día 21: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 22: Presentación de la Programación Diocesana de Pastoral en el Seminario Mayor para los Arciprestazgos de Ourense Norte, Sur, Este, Oeste, Terras de Aguiar, Chaos de Amoeiro y Toén.
- Día 23: Asiste al Acto de Celebración con motivo del Primer Aniversario de la Residencia Geriátricos-Dorzán en Piñor.

IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Con fecha **1 de octubre de 2008**, el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quinteiro Fiuza, ha tenido a bien realizar los nombramientos del **Rvdo. Sr. D. Francisco Manuel Enríquez Pérez** como Delegado Episcopal de Enseñanza; del **Rvdo. Sr. D. Sergio Fidalgo Fernández** como Capellán del cementerio municipal de Santa Mariña.

Con fecha **9 de octubre de 2008** del **Rvdo. Sr. D. Luis Martín Fernández Rodríguez** como Administrador parroquial de San Lorenzo de Abeleda, Santa María la Real de Porqueira y San Martiño de Porqueira.

DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

+ **Rvdo. Sr. D. José Fernández Muíños, (Coronel-capellán retirado)**. Fallecido el día 14 de octubre de 2008 a los 78 años. Había nacido el 11 de agosto de 1930 en Rairiz de Veiga. Fue ordenado sacerdote el 29 de junio de 1957, ejerciendo los siguientes cargos en esta Diócesis: Párroco de Santa María de Lampaza y administrador de San Martín de Candás entre 14/08/1957 y el 08/10/1959; en esta fecha fue nombrado párroco de San Pedro Fiz de Carpazás y administrador de Santiago de Güín, hasta diciembre de 1960 fecha en la que pasó a ejercer su ministerio como Capellán Castrense en las Fuerzas Armadas.

VICARÍA DE PASTORAL**DELEGACIÓN DE LITURGIA****EL DOMINGO Y SU DIMENSIÓN ESPONSAL.**

(Para profundizar en la vivencia del misterio) II.

Continuamos con nuestra reflexión, siguiendo la DD de Juan Pablo II, en relación con la *dimensión sponsal del domingo*. Nos fijamos de modo especial en DD n 12. El Papa hace referencia al plan salvador de Dios en *dos momentos* distintos pero relacionados de modo íntimo y complementario. Estos dos momentos se concretan en la dimensión creacional y de la salvación. Creación y salvación se encuadran en un único plan o proyecto divino, ordenado a la salvación completa y definitiva de todo lo creado. Desde el momento en que el pecado entró en el mundo por la infidelidad de los hombres, la creación tal como había brotado de las manos de Dios (buena y muy buena), necesitaba ser rescatada del pecado y reconducida al servicio de Dios.

1) *El sentido sponsal del "Shabbat".*

Una muestra más de la unidad del proyecto salvífico de Dios en los dos planos apuntados, se da en la referencia del AT al mandamiento relativo al "shabbat". Lo refiere no sólo al "descanso" misterioso de Dios, después de haber creado todas las cosas (Cf Ex 20, 8-11)¹, sino también a la salvación ofrecida al pueblo de Israel rescatándolo de la esclavitud de

Egipto (Cf Dt 5, 12-15)². Creación y liberación de Israel de la esclavitud de Egipto son motivos complementarios, celebrados por el descanso sabático; son acontecimientos igualmente dignos de memoria celebrativa, en el día sagrado de la semana, para el pueblo judío. El Papa añade: "El Dios que descansa el séptimo día gozando por su creación es el mismo que manifiesta su gloria liberando a sus hijos de la opresión del faraón". El gozo de Dios por la creación debía llenar de alegría también el "shabbat" judío, lo mismo que la gloria de Dios, manifestada en la liberación de los egipcios, debería prolongarse en el memorial sabático, observado por los fieles judíos. La contemplación de la creación -"muy buena"-se veía así ampliada en la contemplación de la gloria de Dios, liberador del pueblo de Israel. Dios era celebrado en el "shabbat" como el Creador de todo y el Liberador esplendoroso del pueblo.

1. *Dios, el Esposo ante su Esposa.*

Juan Pablo II termina diciendo: "En uno y otro caso se podría decir, según una imagen querida por los profetas, que *él se manifiesta como el esposo ante su esposa*"³.

1. 1. *En el Antiguo Testamento.*

-El texto de Os 2, 16-24, al que refiere su afirmación Juan Pablo II, presenta a Dios como un Esposo enamorado de su Esposa infiel, dispuesto a llevarla al desierto, como espacio en el que reinaba el amor correspondido (durante el camino a la tierra prometida), las palabras confidenciales y dichas al corazón. Dios desea una *correspondencia* amorosa de su pueblo, como se dio al salir de Egipto, como en los días de juventud en el noviazgo, cuando la alianza colmaba las aspiraciones de Israel. Dios repite una y otra vez que, olvidando la infidelidad de Israel (la esposa), se desposará con ella para siempre. Como un esposo se desposa con su mujer, Dios desposará a Israel como a su esposa. Será un desposorio en justicia, amor, fidelidad, derecho y compasión. Se trata de un “matrimonio” fundamentado en la fidelidad de Dios, que no se detiene ante la infidelidad del pueblo, muestra un amor de misericordia y de compasión salvadora.

-El texto de Jr 2, 2 supone una llamada, por parte del profeta, a Israel, esposa infiel a Dios, refrescando su memoria sobre los tiempos felices de “matrimonio”. Dios le recuerda: su cariño juvenil, un noviazgo marcado por el amor y el seguimiento fiel del pueblo tras de Yahveh por el desierto. El desierto es el paradigma del “desposorio” en un amor recíproco entre Dios y su pueblo. Los profetas lo idealizan so-

bremanera, puesto que son conocidas las infidelidades de Israel hacia Dios, a lo largo de este camino de cuarenta años. Pero, para los profetas, pesa mucho más la armonía, obediencia y fidelidad del pueblo que las infidelidades y pecados.

-Is 54, 4-8 supone la infidelidad de Israel y el rechazo de Dios por el pecado de la Esposa. Ha sido repudiada durante un tiempo y ha permanecido como mujer en viudez. Ahora Dios, el Creador de todas las cosas y Señor de toda la tierra, es quien rescata a Israel de su pecado y su vergüenza. Dios la abandonó por breve tiempo, pero con amor eterno la ha compadecido. No será repudiada la mujer de juventud de Yahveh. Volverá a alegrarse y reinará la armonía eternamente.

Este contenido de profunda ternura y misericordia de Dios, a pesar del pecado de Israel, es el que anida en el lenguaje simbólico-esponsal de los profetas y que el Papa une al descanso sabático de Israel.

En este contexto, Juan Pablo II añade: “...para comprender el ‘*shabbat*’, el ‘descanso de Dios’ es preciso acudir a la tradición hebrea, en la que se incluye una espiritualidad “esponsal” o “nupcial”⁴. El Papa destaca “la intensidad sponsal que caracteriza desde el Antiguo al Nuevo Testamento, la relación de Dios con su pueblo”. Lo hemos visto respecto al AT al menos en algunos textos significativos.

1.2. *En el Nuevo Testamento.*

En el NT, también encontramos la *imagen esponsal* para mostrar la relación del nuevo pueblo de Dios (la Iglesia-Esposa) con su Señor (Jesucristo-Esposo). Es la etapa de realización y plenitud en la imagen esponsal de Dios, en su Hijo-hecho Hombre respecto a la Iglesia, su Esposa y Cuerpo. Veamos algunos textos más significativos.

Preparando el NT, los *libros sapienciales* del AT presentaban ya el simbolismo conyugal como algo *plenamente espiritual* (así aparece en *Prov.* 8, 22; *Eclo.* 15, 2; *Sab* 7, 14.28; 8, 2-9). De este modo, se va preparando la revelación del misterio por el que la unión del hombre con Dios llegará a su consumación: la encarnación del que es la sabiduría de Dios y sus *nupcias* con la Iglesia, su Esposa. En la encarnación, el Hijo de Dios se desposa con la humanidad y su unión llega a plenitud al entregar su vida para rescatar de la muerte y el pecado a quienes constituirán su Cuerpo y su Esposa. En el misterio de la cruz, Cristo acaba de revelar el *amor de Dios a su Esposa infiel*: allí salva y santifica a la Esposa de la que es Cabeza (Ef 5, 23-27). El Esposo es Cristo y Cristo crucificado; la nueva alianza se sella en su sangre (1 Cor 11, 25), por ello, el Apocalipsis no llama a Jerusalén esposa de Dios, sino *esposa del Cordero* (Ap 21, 9).

Desde la venida del Esposo, del que dio testimonio Juan Bautista, su amigo

(Jn 3, 29), la humanidad está representada por *dos mujeres* que simbolizan las dos ciudades espirituales: una la “prostituta”, figura de la Babilonia idolátrica (Ap 17, 1.7; cf. Is 47); otra la *Esposa del Cordero*, figura de la ciudad muy amada (Ap 20, 9), la Jerusalén santa que baja del cielo, adornada con la santidad de su Esposo (Ap 21, 2.9s). Esta mujer es la *madre* de los hijos de Dios, de los liberados del dragón por virtud de la sangre del Cordero (Ap 21, 2, 9s).

Dado que la *Esposa del Cordero* es a la vez Madre de todos los rescatados por la sangre de Cristo (en ella y de ella han nacido), es a la vez *Madre* de los elegidos y *ciudad* que los reúne. Hay distintas etapas en las nupcias del Cordero y de la Esposa:

La *primera* corresponde al tiempo de la venida de Cristo (Mt 9, 15). Termina con su muerte en la cruz, nuevo Adán que santifica a la nueva Eva. Allí la Esposa brota del costado atravesado de Cristo, simbolizada por la sangre y el agua de los sacramentos de la Iglesia (Jn 19, 34). El amor que el Esposo muestra allí a su Esposa es el paradigma del matrimonio cristiano (Ef 5, 25-32).

La *segunda* corresponde a la invitación que Jesús hace, en su vida pública, a participar en estas bodas y en primer lugar a su pueblo (Mt 22, 1-10). Para participar hay que aceptar la invitación (muchos la rechazan) y vestirse el vestido de bodas (Mt 22, 11ss). Esta invitación

resuena durante el tiempo de la Iglesia, pero como no sabemos el momento de la celebración, se exige vigilancia, de modo que cuando venga el Esposo estemos en vela (cf. Mt 25, 1-13).

Al final de la historia, todos los fieles están invitados a las *bodas del Cordeiro con la Esposa*, vestida con la túnica de lino blanca y resplandeciente, tejida por las buenas obras de los elegidos. El Esposo responderá finalmente a la llamada que su Espíritu inspira a su Esposa. Calmará la sed de todos los que en ella y como ella anhelan esta unión con su amor, su vida y unión fecunda, uno de cuyos mejores símbolos es el de los *esposos* (Ap 22, 17).

Este rico contenido teológico-espiritual que integraba el precepto del sábado, en la antigua alianza, preparaba el del domingo de la nueva y eterna Alianza. Ambas alianzas se encuadran en la unidad y profundidad del designio de Dios. Tanto el sábado judío, como el domingo cristiano integran el simbolismo esponsal como “*una expresión específica e irrenunciable de su relación con Dios*, anunciada y propuesta por la revelación bíblica” (DD 13). Es preciso que los cristianos redescubran hoy este sentido del descanso dominical a la luz de los contenidos esponsales del “Shabbat”.

Ramiro González Cougil.
Delegado de Liturgia

Conclusión. El trabajo de explicación del n 11 de DD nos ha aportado una gran riqueza para el sentido del descanso de nuestro domingo. Es preciso que la Iglesia viva el domingo como día de una estrecha y profunda relación con el Dios Padre de la misericordia, con el Hijo resucitado y que vive entre los hombres y con el Espíritu Santo, el Dios-Amor, que nos configura con Jesucristo. Por eso, deberíamos fomentar con gozo la oración en todas sus formas, la lectura espiritual reposada, la meditación en el plan de Dios sobre nosotros, la acción de gracias en clima de intimidad amorosa. El sentido esponsal del descanso dominical nos debe llevar en la Iglesia a buscar formas de encuentro con Cristo resucitado, que se traduzcan en amor sincero y concreto al prójimo. Es necesario descansar en el amor envolvente de Dios. Vivir el descanso como correspondencia gozosa al Dios que siempre nos ha amado y tiene celos de su pueblo; gozar del perdón recibido tantas veces y donarlo a quien nos lo pida. La esponsalidad con Dios debería traducirse en un amor fuerte, concreto, cada vez más comprometido con los que carecen de afecto: los pobres, enfermos, ancianos, emigrantes, personas que necesitan ser escuchadas, etc. De este modo, el descanso con el Señor, se expandirá a quienes están “cansados y agobiados” y necesitan alivio.

NOTAS

- 1 “Recuerda el día del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás ...pero el día séptimo es día de descanso para Yahveh, tu Dios...Pues en seis días hizo Yahveh el cielo y la tierra ...y el séptimo descansó; por eso bendijo Yahveh el día del sábado y lo hizo sagrado”.
- 2 “Guardarás el día del sábado para santificarlo, como te lo ha mandado Yahveh tu Dios....Recuerda que fuiste esclavo en el país de Egipto y que Yahveh tu Dios te sacó de allí con mano fuerte y tenso brazo; por eso Yahveh, tu Dios te ha mandado guardar el día del sábado”.
- 3 El Papa hace referencia a Os 2, 16-24 : “Por eso yo voy a seducirla; la llevaré al desierto y hablaré a su corazón . Allí le daré sus viñas....y ella responderá allí como en los días de su juventud, como el día que subía del país de Egipto....ella me llamará: “Marido mío”....Haré en su favor un pacto el día aquelYo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y en derecho, en amor y en compasión, te desposaré conmigo en fidelidad y tú reconocerás a Yahveh. Y sucederá aquel día que yo responderé...” ; Jr 2, 2: “Ve y grita a los oídos de Jerusalén: Así dice Yahveh: de ti recuerdo tu cariño juvenil, el amor de tu noviazgo; aquel seguirme tú por el desierto, por la tierra no sembrada”...; Is 54, 4-8: “No temas, que no te avergonzarás, ni te sonrojes, que no quedarás confundida, pues la vergüenza de tu mocedad olvidarás y la afrenta de tu viudez no recordarás jamás. Porque tu esposo es tu Hacedor, Yahveh Sebaot es su nombre; y el que te rescata, el Santo de Israel, Dios de toda la tierra se llama. Porque como a mujer abandonada y de contristado espíritu, te llamó Yahveh; y la mujer de la juventud ¿es repudiada?-dice tu Dios. Por un breve instante te abandoné, pero con gran compasión te recogeré. En un arranque de furor te oculté mi rostro por un instante, pero con amor eterno te he compadecido –dice Yahveh tu Redentor”.
- 4 “En medio de los fieles de tu pueblo predilecto, ven esposa, *Shabbat* reina”. *Ora-ción vespertina del sábado*, de A. Toaff, Roma 1968-69, p 3. Citado en DD p 31, nota 12.

PEREGRINACIÓN DIOCESANA

Viaje a Egipto. Crónica de una Peregrinación Del 18 al 27 de agosto de 2008

La diócesis de Ourense, como viene siendo habitual en los últimos años, organizó un viaje-peregrinación a tierras de Egipto desde el día 18 de Agosto al día 27 del mismo mes. Presidió la peregrinación el Sr. Obispo, D. Luis Quinteiro Fiuza, acompañado de 53 personas, de entre las cuales 14 eran sacerdotes.

El esquema de la peregrinación se sostiene, como siempre, en la liturgia de las Horas (Laudes y Vísperas), en la Eucaristía, como centro de la jornada y en el rezo del Santo Rosario (bien en comunidad, bien personalmente). Tanto seglares como sacerdotes aprecian y viven con ilusión el complemento espiritual del viaje.

Nos encontramos con una nación de 83 millones de habitantes, de los cuales 15 son ortodoxos y 450 mil cristianos católicos en sus varias acepciones (armenios, coptos, siríacos, etíopes, maronitas, caldeos y de cristianos de rito latino).

Los ricos son muy ricos, los pobres son muy pobres. Pero da la impresión de que el dinero corre por las calles; todos piden, desde los más pequeños.

Temperatura muy alta en Egipto; más alta de lo normal en otros años, sobre todo el valle de los Reyes y en Menfis.

Todo salió bien, gracias a Dios, salvo dos o tres indisposiciones, propias del calor y de las comidas.

MEMORIA DE CADA UNO DE LOS DÍAS

Día 18 de agosto:

- Salida de Ourense a las 6'30 con dirección a Madrid. Oficio de Laudes y Santa Misa.
- Aeropuerto de Barajas T4. Facturación y embarque en Egiptair. Muy buen viaje y mejor toma de tierra en Luxor (Egipto).

- Nos esperaban, tal como habíamos sugerido, dos guías cristianos coptos (Pepe y Naguiv).
- Después de los saludos de bienvenida nos llevaron en dos autocares al hotel Maritim (una isla con múltiples apartamentos para los visitantes). Cena (primer contacto con una comida distinta) y alojamiento (letras del abecedario con varios apartamentos cada cual).
- Mosquitos (al entrar en las habitaciones con la luz encendida y la puerta abierta, los mosquitos se aprovecharon de los europeos inexpertos).

Día 19 de agosto:

- Canto de los muecines a las 5 de la mañana. Algunos (fieles al rito del paseo matinal) tuvieron la gran experiencia del encuentro con el mundo islámico.
- Nos sitúan en Egipto. Egipto es el río Nilo. Y el río Nilo es Egipto. La historia se describe del modo siguiente: margen derecha del río (zona del oriente) es para las ciudades de los vivos; margen izquierda del Nilo (zona de occidente) es para las ciudades de los muertos (incluidas las barcas y los dioses que llevan de esta vida a la eternidad, siempre cruzando el Nilo). A la derecha los grandes templos; a la izquierda los grandes enterramientos.
- Historia de Egipto:
 - Imperio Antiguo: 3.500 años.
 - Imperio Medio: 2.500 años.
 - Imperio Nuevo: 1.500 años.
 - Período Griego con Alejandro Magno y los Tolomeos: 400 años a.C.
 - Período Romano: 100 años a. C.
 - Cristianismo y persecuciones: Siglos 1º al 3º. Grandes concilios y escuela de Alejandría siglos 3º al 5º. Cristianismo pacífico: hasta el siglo 7º.
 - Período islámico: a partir del siglo 7º hasta nuestros días.
 - Presencia cristiana en el mundo islámico hasta nuestros días: coptos (ortodoxos y católicos), armenios, caldeos (católicos), maronitas (católicos), cristianos etíopes (ortodoxos y católicos), siríacos (católicos y ortodoxos) y cristianos de rito latino.

- En Luxor (imperio nuevo) visitamos el templo de Habou. Nos explicaron cómo conocer a los faraones por sus cartuchos (especie de identificación acreditativa en todos los monumentos).
- Visitamos el templo de Hacheshuts (arquitectura que se sale de lo normal del mundo faraónico), colosos de Mennón, Valle de los Reyes (enterramientos de los faraones, entre ellos de Ransés IIº).
- Subimos a bordo del barco “Radamis” para hacer el crucero que nos llevará a Assuán. Auténtico hotel flotante, en el que nos sentimos muy a gusto y en familia.
- Por la tarde, oficio de Vísperas y Santa Misa en el templo de la Iglesia copta católica. Preside la Eucaristía D. Luis y concelebra con nosotros el Sr. Obispo Copto Católico. En italiano, nos expone la historia de esta Iglesia, de la persecución a la que son sometidos y de la inmensa alegría de encontrarse con católicos de la vieja Europa, que les confortan y animan. Hacemos una buena colecta para esta Iglesia. Nos lo agradecen.

Día 20 de agosto:

- Paseo matinal en la cubierta del barco. Los viajeros se quejan de los ruidos del maratón improvisado.
- Visita del templo de Harnak y del templo de Luxor, que estaban unidos por una gran avenida de esfinges.
- Se nos propone un viaje opcional a Abu-simbel. La gente se va entusiasmando.
- Santa Misa en el comedor del barco.
- Paso de la esclusa de Esna: todos los viajeros se asoman para ver el cambio de nivel de más de seis metros (todo muy sencillo, pero con una gran infraestructura técnica).
- Compra y regateo desde la cubierta del barco de chilabas para el baile de disfraces de la exhibición nocturna (a una altura de cuatro pisos comercio y regateo)

con los nativos, que se movían en pobres barquichuelas). Todo un éxito (cada chilaba a menos de cinco euros).

- Parada vespertina del barco para visitar el templo de Edfú. Viaje en calesa y agilidad de los europeos para no dejarles demasiados euros a los insaciables nativos.
- Por la noche, desfile y baile de disfraces.

Día 21 de agosto:

- Por la mañana, se detiene el barco y visitamos, al lado mismo del puerto, el templo de Kom – Ombo. Museo de los cocodrilos y pozo en el que se alimentaban, para luego venerarlos.
- Continuamos viaje a Assuán: aprovechamos para celebrar la Santa Misa en el comedor del barco.
- En Assuán, viaje en faluca. Comemos en la isla elefantina (muchas especias, mucho picante y primer contacto con la comida típica egipcia).
- Nos dirigimos a un poblado nubio (negros egipcios), desalojados de sus tierras del sur por la construcción de la 2ª presa de Assuán. Baño en el río Nilo (refrescante, después de tanto calor). Nos invitan a tomar algo de sus bebidas. Y vuelta en camello para retomar el viaje en barca.

Día 22 de agosto:

- Los que han elegido visitar Abu – simbel madrugan (templo rescatado de la inundación de la presa de Assuán por la unión de las naciones): a las 2'30 de la mañana se levantan para tomar el autocar, controlado por las patrullas militares para llegar a Abu – simbel (250 Kmts hacia el sur de Assuán, ya muy cerca de Sudán).
- Templo de Ransés IIº y de Nefertari. Valió la pena el madrugón y el viaje. Llegan muy cansados, sobre todo los más jóvenes.

- Los pocos que no viajaron a Abu-simbel, visitaron la catedral ortodoxa, que estaba celebrando la fiesta de la dormición de María (Asunción) el día 22 de Agosto, coincidiendo con nuestra fiesta de María Reina. Visitaron la comunidad de los PP. Combonianos.
- Visitamos las canteras de Assuán en una tarde abrasadora, vimos el obelisco fracasado, tienda de esencias aromáticas. Todos picaron, o casi todos.
- Misa en el templo de los padres combonianos. Nos recibe el P. Luiggi, muy emocionado. La hermana, Carmen, Sevillana, se echa a llorar al escuchar los cantos de la santa misa. Se funde en un abrazo con todos nosotros. El P. Luiggi nos explica en italiano su labor misionera. Hacemos una buena colecta para esta Iglesia de Misión.

Día 23 de agosto:

- Celebramos la Eucaristía en el templo de los PP. Combonianos con el oficio de Laudes.
- Vistamos el templo de Filae en una isla de la primera presa de los ingleses. La segunda fue construida por los rusos con Naser.
- Nos llevan aun taller de joyas: pocas adquisiciones.
- Comida en la isla elefantina.
- Vamos al aeropuerto de Assuán para tomar vuelo hacia el Cairo. Mal vuelo, muy nervioso el avión (turbulencias por la mezcla del aire caliente del desierto con el frío de las alturas), regular aterrizaje.
- Nos conducen al hotel Hilton del Cairo

Día 24 de agosto:

- Como de costumbre, caminata por las orillas del río Nilo. Una hora de recorrido por los puentes cercanos al hotel. Los cairotas salen de madrugada a las aceras y a las orillas del río para refrescar.

- Estamos en el Imperio Antiguo. Visitamos la ciudad de Guiza (Guizé). Nos encontramos con las pirámides y con la esfinge.
- Fábrica de alfombras y kilins. Las señoras quedan prendadas de una alfombra pequeñita de seda de más de 2000 euros (claro que luego viene el regateo).
- Fábrica de papiros auténticos: aquí sí que hubo inversión y fuerte. ¡Las carteras estaban llenas, todavía!
- Sakara, lugar de enterramientos. Ciudad de Menfis. Estatua tumbada de Ransés II°.
- Encuentro con las hermanas elisabetianas de Italia. Allí celebramos la santa Misa. Sólo la superiora era italiana. Las demás monjas de la comunidad eran egipcias. Llevan 3 colegios. Nos dicen que en sus colegios tienen niños de todas las religiones, sobre todo musulmanes. Hacemos una buena colecta.

Día 25 de agosto:

- Viajamos a Alejandría, ciudad de tantos recuerdos para la Iglesia (Santos Padres), para los primeros concilios ecuménicos, para los estudiantes de teología por lo de la “Escuela de Alejandría” frente a la “Escuela de Antioquía”.
- Visitamos el valle del Natrum (valle de Nitria): lugar de los monasterios y de los monjes copto ortodoxos. Experiencia de cultivo en el desierto con gran éxito y fuerte exportación de productos.
- Por especial privilegio, nos permiten celebrar la Eucaristía en su templo. Preside el Sr. Obispo (tenemos que llevar nosotros todo lo necesario para la Santa Misa: pan, vino y vestimentas). El Obispo, P. Abad (Abuna) nos saluda, saluda al Sr. Obispo y hacen votos para una próxima unión de todas las Iglesias.
- En Alejandría (ciudad moderna y ciudad antigua), visitamos la nueva Biblioteca de Alejandría (supermoderna y con los últimos adelantos técnicos: una luna mirando al cielo). Puede consultarse en www.bibalex.org
- Visitamos unas catacumbas romanas, no cristianas; pasamos por una calle del mercadillo de la ciudad: todo un mundo de subrealismo).

- Comemos en el palacio del último rey egipcio, Faruk. Vemos la gran bahía de Alejandría y el lugar del faro de la misma ciudad, hoy fortaleza.
- Volvemos a El Cairo por una autovía en la que la mejor conducción se parece mucho a un suicidio colectivo (cada cual elige el carril que más le conviene, con dirección contraria si se han equivocado, cargadas las furgonetas de gente... Un delirio auténtico).

Día 26 de agosto:

- Visitamos el barrio copto de El Cairo. Es lugar “caliente” para los atentados fundamentalistas. Nos acompaña un policía en el autocar. Nos sigue una patrulla de soldados. Utilizan la sirena en caso de embotellamientos. El personal no se da cuenta del riesgo.
- Estamos en el espacio de la Iglesia copta. El Evangelista san Marcos es su Santo Fundador y Evangelizador. Los evangelios apócrifos son para ellos esenciales. Los siguen al pie de la letra en lo referente a la visita y estancia de la Sagrada Familia en Egipto (hablan de 14 estaciones que recuerdan la estancia de la Sagrada Familia). La distancia que recorrió la Sagrada Familia, ida y vuelta, es de 2350 Kms. Su estancia en Egipto duró 3 años y 4 meses. El medio de transporte: la Virgen en burro llevando en sus brazos al Niño Dios. Hay un camino de la Sagrada Familia, similar al camino de Santiago, que parte de Belén y retorna, después de pasar por las 14 estaciones de Egipto, a Nazaret.
- Visitamos el pozo de la Sagrada Familia, el árbol que les dio cobijo.
- Visitamos el templo de San Sergio y la gruta en la que se refugiaron José, María y el Niño Jesús.
- Comemos en un restaurante sobre el río Nilo, el Imperial.
- Visitamos el museo de El Cairo, con la tumba de Tutancamon como gran estrella.
- Celebramos la Santa misa en la basílica de la Virgen de Fátima, templo de la Iglesia Caldea. Preside el Sr. Obispo y concelebra con nosotros el Sr. Obispo caldeo José Sarráf. Nos explica el origen de esta Iglesia y la historia del templo.

La imagen que preside la basílica es la de la Virgen de Fátima, que en el año 1950 dio la vuelta al mundo. También aquí hacemos una buena colecta.

- Comercio y regateo en bazar Jalili. Mucho regateo para comprar baratijas. Comercian con los niños: buscan enternecer para que aflojemos los euros.

Día 27 de agosto:

- Último recorrido por las orillas del Nilo, despedida, laudes en el autocar camino del aeropuerto.
- Facturación y embarque. Nervios, muchos nervios en la juventud al llegar a Madrid, después del trágico acontecimiento de Spanair.
- Muy buen aterrizaje en Barajas. Camino de Ourense en autocar. Merienda cena en Benavente. Llega a Ourense a las 23'30.

FUERTES ACENTOS ECLESIALES:

Encuentros Fraternal: de hermanos que vivimos lejos, pero muy cerca en el amor al Dios bueno y misericordioso y a la Madre, entrañable y tierna, María, bajo la dirección del Papa, Benedicto XVI.

- Encuentro con los coptos católicos: el Sr. Obispo de los coptos católicos y de los cristianos de rito latino nos recibe con los brazos abiertos. Siente no haber podido reunir a la comunidad para que participara en el encuentro. En Egipto todo viene dictado por las autoridades y le han comunicado muy tarde nuestra presencia. ¡Cuánto sufrimiento, historias de dolor no escritas ni contadas! ¡Cuánta alegría en la Eucaristía del encuentro con nuestros cantos, con nuestra oración, con nuestra escucha de las palabras de este obispo! La Iglesia está presente, también en estos cristianos que sufren, que son pobres, que necesitan de ayuda urgente.
- Encuentro con la Iglesia de los Caldeos: José Sarraf, obispo, concelebra con nuestro Obispo. El amor a la Virgen de Fátima se funde entre orensanos y cairotas. Nos explica el origen de su presencia en estas tierras. ¡Nos parecen cristianos demasiado confiados en la Providencia! ¿No seremos muy incrédulos los euro-

peos? Nos habla de la presencia de María en sus vidas, de cómo la sienten cercana y de cómo la quieren.

Encuentros Misioneros: hemos podido comprobar cómo viven y cómo trabajan los misioneros en sus ambientes de tierras de misión. Padres y hermanas combonianos y Franciscanas Elisabetianas.

- Eucaristía con los Padres Combonianos: entrañable encuentro, emoción a raudales. Acogida nerviosa y emocionada. Una Iglesia vieja de Europa se encuentra con una Iglesia joven de África. El P. Luiggi nos explica su trabajo. Colegio, parroquia, dispensario, promoción, en la medida de lo posible, de la mujer y su entorno. Su testimonio es la mejor predicación.
- Eucaristía en la capilla de las Elisabetianas: capilla pobre, pero llena de amor a Cristo Eucaristía y a la Santísima Virgen, en su Visitación a Santa Isabel. Colegios, niños, enfermos en su hospital, enfermos en sus casas; enfermos rechazados por los suyos a los que hay que buscar hogar; promoción de la mujer, atención a los niños de las calles. Las religiosas son adoradas por los musulmanes de a pie y también por las autoridades; no por los jefes religiosos.

Encuentros Ecuménicos: tenemos el mismo credo, tenemos la ilusión de anunciar el Evangelio. Pero estamos divididos por intereses, en la mayoría de los casos, no religiosos: poder, economía, prestigio, predicamento, política...

- Monjes cristianos coptos: viven en el valle del Natrum. Son muchos monjes, distribuidos en varios monasterios. Vida en común y vida en soledad, pues cada monje tiene su apartamento y todo lo necesario para desarrollar su trabajo. Luego tienen actos comunitarios: oración de las horas, Eucaristía... El Abuna, Sr. Obispo, nos recibe con reverencia y delicadeza; nos invita a tomar algún refrigerio. Nos ofrece su templo para celebrar la Eucaristía. Esta particularidad no la encontramos en los ortodoxos orientales, mucho más fundamentalistas. Es cosa de agradecer. Nuestro guía hace de intérprete al Sr. Obispo, D. Luis, que le expresa nuestro agradecimiento y el deseo de la unidad entre los cristianos. El Abuna contesta al Sr. Obispo, muy agradecido, por esas palabras de afecto y de deseo de unión.

Diálogo interreligioso: echamos de menos el diálogo interreligioso con los musulmanes. Problema: lo que fue bueno al principio, guías cristianos coptos, fue malo para este posible diálogo con el mundo musulmán.

- Con todo, visitamos la mezquita El Azhar, en la fortaleza de Aladino en el Cairo. Con su universidad es el centro islámico de todo el mundo africano e islámico. Es la Meca cultural del mundo islámico.

José Pérez Domínguez

**Homenaje a D. Joaquín Pérez Mostaza,
párroco de Santa María Magdalena de Francelos.**

HOMILÍA DE LA SANTA MISA

Saludos:

Rvdo. Sr. Cura Párroco, D. Joaquín Pérez Mostaza, Sr. Alcalde y dignísima Corporación Municipal de Ribadavia, Ilmos. Srs. D. Emilio Losada Castiñeiras y D. José Antonio Gil Sousa, Ilmos. Srs. Srs. Directores del IES y del CEIP de Ribadavia, M. I. Sr. D. Agustín Madarnás González, Madres Franciscanas y Clarisas de Ribadavia, compañeros y amigos sacerdotes concelebrantes, hermanas y hermanos de la comunidad parroquial de Santa María Magdalena de Francelos y de la parroquia de Ribadavia, apreciados todos en el Señor.

Bien quisiera el Sr. Obispo unirse a esta fiesta en la que rendís merecido homenaje a vuestro sacerdote, D. Joaquín Pérez Mostaza. No le ha sido posible. Ha delegado en mi persona para hacerle presente, cosa que como Vicario de Pastoral y como amigo de D. Joaquín he aceptado con alegría.

“Cantad al Señor un cántico nuevo,
cantad al Señor toda la tierra”(s. 95)

Introducción:

Hoy, domingo XXIX del tiempo ordinario, la Iglesia celebra el Domingo Mundial de las Misiones. Celebramos a Cristo resucitado, que nos convoca para alabar a Dios Creador, que el profeta Isaías nos describe como el que es, “y no hay otro”; fuera de él “no hay dios” (Is. 45, 1. 4-6), que nos reúne para sentirnos y vivir como Iglesia, que nos invita a la alegría y a la fiesta en familia, hoy, en la gran familia de la comunidad parroquial. Queremos exteriorizar nuestra alegría con el salmo interleccional: “*Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor toda la tierra*”(s. 95). Nos encontramos especialmente motivados para rezar con la oración colecta: “*Oh Dios, que quieres que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, mira tu inmensa mies y envíale operarios, para que sea predicado el Evangelio a toda criatura, y tu grey, congregada por la palabra de vida y sostenida por la fuerza de los sacramentos, camine por las sendas de la salvación y del amor*”.

Biografía:

Pero, en este domingo, una razón especial nos empuja a la celebración: D. Joaquín, nuestro párroco, nuestro pastor y amigo, celebra sus bodas de oro sacerdotales y la Comunidad parroquial de Francelos quiere homenajearle. Oriundo de Zamora, nace en Santa Coloma de Sanabria (diócesis de Astorga) el 19 de junio de 1931. Es ordenado sacerdote el 23 de marzo de 1958, Como en Pablo, tres acentos definen su espiritualidad sacerdotal: encuentro con el Señor Resucitado, mensajero y embajador del Evangelio y entrega plena a su misión con la que se identifica para siempre.

Ministerio Sacerdotal:

Ejerce por breve tiempo como ecónomo en San Martiño de la Mezquita y como administrador de la parroquia de san Simón de Santigoso (del 1 de octubre de 1959 al el 31 de julio de 1965). D. Joaquín tiene un gran cariño a las gentes de estas tierras, que le siguen recordando. Toma posesión como párroco de Santa María Magdalena de Francelos el día 1 Agosto de 1965. Fue profesor de religión en el Instituto de Bachillerato de Ribadavia (1 de Octubre de 1982 al 30 de Junio de 1996): los profesores y alumnos lo tenían y siguen teniendo como el buen compañero y amigo, y como el mejor confidente. Es arcipreste de Ribadavia desde el año 1990.

D. Joaquín es de estirpe levítica. Gracias a sus tíos sacerdotes se hace ourensano de corazón (entiende el gallego y casi lo habla a la perfección) y conoce algunas de las intrínquilis de la Iglesia ourensana. Supo compaginar la acción y el discurso pastorales tanto en la alta montaña como en el valle del Ribeiro, ardua tarea a veces. Vivió su misión sacerdotal en tiempos bien distintos: unos fáciles para el sacerdote, como eran los de una Iglesia de cristiandad; y otros difíciles, como son los tiempos de acertar con el camino de una Iglesia misionera (Asamblea Conjunta Obispos - Sacerdotes, Equipo Pastoral de Ribadavia, Transición Política, Contestación contra todo poder constituido...). Pero D. Joaquín siempre supo estar en su sitio; dar al César lo que es del César era evitar la hipocresía, era buscar el bien, la verdad; era no ridiculizar ni hundir en la miseria a los hermanos (Cfr. Mt. 22, 15-21). Un parto difícil que D. Joaquín superó con su saber, con su diálogo, con su humildad, con su espíritu de servicio y donación para todos los suyos sin distinción de clase o condición; supo “dar a Dios lo que es de Dios” (Mt. 22, 15-21). El Sr. Cura de Francelos llevó a feliz término la construcción de

la iglesia parroquial sobre roca firme, pero sobre todo edificó la Iglesia de todos los bautizados que creen en Jesús y quieren vivir el Evangelio, al ritmo que les marca su pastor. En este día, D. Joaquín, como san Pablo ante la comunidad de Tesalónica, puede repetir con la cabeza muy alta: “*Damos gracias a Dios por todos vosotros y os tenemos presentes en nuestras oraciones*”, pues habéis escuchado el Evangelio(1 Ts. 1, 1-5).

En la encrucijada de los siglos:

La editorial Encuentro editó un libro de Emile Male, que se titula *El Arte Religioso del s. XIII en Francia* (editado en 2001). En ese libro se recoge una cita de Bernardo, profesor de Chartres en el s. XII, elogiando a los artistas del pasado, que han posibilitado los avances del presente y del futuro: “*Si vemos más lejos que ellos, no es por la potencia de nuestra vista, sino porque somos elevados por ellos y llevados a una altura prodigiosa. Somos enanos subidos sobre los hombros de gigantes*” (p. 107). Algo parecido debemos decir de D. Joaquín, Colaboró como nadie a que la Iglesia diocesana, y, más concretamente, el arciprestazgo de Ribadavia, cruzaran el umbral del tercer milenio con la mirada puesta en Cristo como el único Salvador del Mundo. Así nos lo pedía el papa, Juan Pablo II, en sus cartas apostólicas *Tertio Millennio Adveniente* y *Novo Millennio Ineunte*. D. Joaquín tomó parte activa en las programaciones de pastoral en el santuario de los Milagros, en las reuniones con los Arciprestes en el Seminario Mayor, en las reuniones con los sacerdotes del arciprestazgo en la residencia de Ancianos de San Francisco, en las reuniones con los seglares... Algo que tuvo siempre muy claro: sin seglares no podemos avanzar hacia una Nueva Evangelización. ¡Es formidable el grupo de seglares de Francelos y Ribadavia, creado por D. Joaquín! ¿Y una Iglesia sin Caridad? Consciente de la transcendencia del compromiso cristiano a favor de los más pobres, que emana de la participación “consciente, activa y fructuosa” en la Eucaristía y se expresa en la generosidad en favor de los que menos tienen, D. Joaquín impulsa la creación de la Cáritas interparroquial de Ribadavia, gestionada por seglares.

Hombre grande:

Hombre abierto a todos y a todo. Tiene tiempo para reunirse y comer mensualmente con sacerdotes amigos; también lo hace con sacerdotes de la compe-

tencia. Trabaja por la unidad sacerdotal en su arciprestazgo. Es amigo de sus amigos y asiduo en los Ejercicios Espirituales de los Milagros. Pero en toda obra humana y también divina no hay un hombre grande sin una mujer grande a su lado. La hermana de D. Joaquín, año tras año, vendimia tras vendimia, le acompaña, le anima, le mima, le sugiere, le advierte, le hace caer en la cuenta... Es la tarea de las grandes mujeres, que, desde el silencio y la vida oculta, hacen posibles las grandes realidades, también las realidades pastorales. María del Pilar, tú también estás de fiesta. ¡Felicidades! Vaya en la persona de D. Joaquín mi homenaje a todos los sacerdotes que celebran sus bodas de oro sacerdotales.

Conclusión:

Con san Pablo, en su año jubilar, celebrando el bimilenario de su nacimiento, recordamos el versículo del aleluya: “*Brilláis como lumbreras del mundo, mostrando una razón para vivir*” (Flp. 2, 15–16).—¡Que Santa María Magdalena y San Ginés intercedan ante el Señor por Usted, D. Joaquín, para que se haga realidad en su vida todo el bien que hoy le deseamos!

José Pérez Domínguez
Francelos, 19 - X - 2008.



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Nota de la Secretaría General de la Conferencia Episcopal Española Curar a los enfermos, pero sin eliminar a nadie

*Aclaraciones sobre los hechos implicados en el nacimiento
del llamado primer "bebé medicamento"*

Madrid, 17 de octubre de 2008

El pasado 12 de octubre nació en Sevilla el primer bebé seleccionado para curar a su hermano, que sufre una enfermedad hereditaria, la *beta-talasemia mayor*, anemia congénita severa que le obliga a someterse a constantes transfusiones sanguíneas.

Mediante la técnica utilizada, el diagnóstico genético preimplantacional, los embriones obtenidos a través de la fecundación *in vitro* son examinados para seleccionar aquéllos que no sean portadores del factor genético que puede dar lugar al desarrollo de la enfermedad heredada. Entre los seleccionados, se implantan en el útero materno aquellos embriones que presentan el perfil de compatibilidad genética más adecuado con el hermano enfermo. Los demás son destruidos o congelados.

Conviene aclarar al respecto las implicaciones morales que no han sido señaladas estos días por algunos medios de comunicación social.

Se ha puesto el énfasis en la feliz noticia del nacimiento de un niño y

en la posibilidad de la curación de la enfermedad de su hermano. Expresada así, la noticia supone un motivo de alegría para todos. Sin embargo, se ha silenciado el hecho dramático de la eliminación de los embriones enfermos y eventualmente de aquéllos que, estando sanos, no eran compatibles genéticamente.

El nacimiento de una persona humana ha venido acompañada de la destrucción de otras, sus propios hermanos, a los que se les ha privado del derecho fundamental a la vida.

Se ha calificado el hecho como un éxito y un progreso científico. Sin embargo, someter la vida humana a criterios de pura eficacia técnica supone reducir la dignidad de la persona a un mero valor de utilidad. Los hermanos a los que se les ha privado del derecho a nacer han sido desechados por no ser útiles desde la perspectiva técnica, violando así su dignidad y el respeto absoluto que toda persona merece en sí misma, al margen de cualquier consideración utilitarista. Por su parte, el hermano que finalmente ha nacido ha

sido escogido por ser el más útil para una posible curación. Se ha conculcado de esta manera su derecho a ser amado como un fin en sí mismo y a no ser tratado como medio instrumental de utilidad técnica.

Conviene recordar a este respecto el documento de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, del 30 de marzo de 2006, *Algunas orientaciones sobre la ilicitud de la reproducción humana artificial y sobre las prácticas injustas autorizadas por la ley que la regularán en España*, que señala la injusticia que se comete con los seres humanos producidos en el laboratorio, al ser tratados “como un mero producto conseguido por el dominio instrumental de los técnicos”. “La dignidad del ser humano exige que los niños no sean producidos, sino procreados (...). Por tratarse de una relación puramente personal –no instrumental– la procreación es conforme a la dignidad personal del niño procreado, que viene así al mundo como un *don otorgado* a la mutua entrega personal de los padres”. Respecto a la práctica de la que hoy

hablamos, se dice también en el mismo documento: “Los planteamientos emotivos encaminados a justificar estas prácticas horribles son inaceptables. Es cierto: hay que curar a los enfermos, pero sin eliminar nunca para ello a nadie. La compasión bien entendida comienza por respetar los derechos de todos, en particular, la vida de todos los hijos, sanos y enfermos”.

El hecho feliz del nacimiento de un bebé sano no puede justificar la instrumentalización a la que ha sido sometido y no basta para presentar como progreso la práctica eugenésica que ha supuesto la destrucción de sus hermanos generados *in vitro*.

La Iglesia desea prestar su voz a aquéllos que no la tienen y a los que han sido privados del derecho fundamental a la vida.

Con estas aclaraciones no se juzga la conciencia ni las intenciones de nadie. Se trata de recordar los principios éticos objetivos que tutelan la dignidad de todo ser humano.

Reflexión de Mons. Francisco Pérez González, Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela, director nacional de OMP, con motivo de la Jornada del DOMUMD

Estamos celebrando el “Año Paulino” como tiempo de gracia y gratitud a este gran apóstol de los gentiles. Recordamos su vida y tenemos la impresión

que mucho tuvo que amar a Jesucristo como para entregar generosamente su vida a favor del Evangelio. Se dedicó a llevar con su palabra y con su vida la

fragancia del Evangelio y como embajador de Jesucristo lo hizo presente en todos sus abundantes viajes y por ello exclama”.

Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio! (1Cor 15,16). Su experiencia es tan profunda y está tan impregnado de amor que no puede por menos que identificarse con Cristo y difundir en todas partes el olor de su conocimiento “pues nosotros somos para Dios el buen olor de Cristo” (2Cor 2,14-15). Pablo realizando un servicio profundo por el bien de los demás y para que descubran la grandeza de creer en el Salvador de la humanidad no puede por menos que entregarse puesto que dirá: “Por mi parte, muy gustosamente gastaré y me desgastaré totalmente por vuestras almas” (2Cor 13,15).

El apóstol Pablo se dejó llevar por la voluntad de Dios y siempre fue fiel al proyecto misionero de Dios. Él mismo se consideraba como “encadenado por el Espíritu” (Act 20,22) y esto por que camino de Damasco y esclavizado por sus opciones erróneas se topa con Cristo que le lleva a la conversión del corazón. Ya no se dedica a perseguir y a matar sino que se deja encadenar por el Espíritu para ser auténticamente libre. Quien se encadena al Espíritu Santo es libre y la razón fundamental es porque sólo desde el amor se puede ser libre. Dos personas que se aman se encadenan, se unen, se ayudan, se fortalecen.

A Pablo le urge anunciar la caridad de Cristo, urge que él reine y nos una en su amor. A partir del encuentro con Jesucristo, Pablo aprendió a reconocer que en todo ser humano está la huella de Dios. Ya no puede perseguir porque sería al mismo Cristo a quien persiguiera. Es la conversión que siempre tiene este matiz.

No puede haber cristianismo verdadero si no hay un estilo de vida que ayuda a realizar el mandamiento nuevo que es el amor al prójimo. El rostro del hermano se confunde con el rostro de Cristo. Y esta distinción será el carné de identidad puesto que en la caridad, en el amor, se conocerá al auténtico discípulo de Jesucristo. Y esta comunidad de hermanos le lleva a Pablo a definirla como Cuerpo o expresión de Cristo. Es la Iglesia que tiene como garantía y protagonista a Jesucristo, sus miembros son frágiles y débiles pero la fuerza de Dios es vencedora y no se doblega ante las incomprendiones de los seres humanos.

Pablo no se acomoda y vive de rentas, al revés, se muestra inquieto porque ha comprendido que anunciar a Jesucristo es lo más importante. Su misión consiste en “anunciar el Evangelio allí donde el nombre de Cristo no era aún conocido” (Rom 15,20). Él mismo se siente “deudor de todos” (Rom 1,14), urgido por la caridad y sin otra razón de ser que la de anunciar el Evangelio, un misionero de por vida y con una entrega total. No son las solicitudes de

la sociedad sino la pasión por el Evangelio que le lleva a pasar por todas las penalidades. Ha comprendido que la historia del género humano tendrá su plenitud en el momento que Dios “sea todo en todos” (1Cor15, 28). Nadie está inutilizado para conocer a Jesucristo y a todos se le ha de anunciar puesto que los pueblos “como coherederos y copartícipes de las promesas de Jesucristo” (Ef 3,6) son merecedores de tal don, el de la fe en el Evangelio.

Este año dedicado a San Pablo y que ha sido abierto el día 28 de junio 2008 en la Basílica de San Pablo Extramuros de Roma por el Papa Benedicto XVI ha de ser un revulsivo esencial en las experiencia de los creyentes para demostrar que la misión es ley fundamental de todos y sin cansarse de anunciar con gestos, palabras y hechos que Jesucristo es el único Salvador del género humano. Una Iglesia Misionera es una Iglesia

siempre viva a pesar de las pequeñas o grandes dificultades que haya para el anuncio explícito o implícito. Quien vive de Cristo no puede por menos que anunciarlo pues de lo contrario se convertiría en un cristiano falseado.

Espero que la Jornada del Domund 2008 que celebramos el día 19 de octubre 2008, sea un tiempo de gracia y esperanza para que todos los españoles mostremos con generosidad y alegría la nobleza de nuestro corazón que es el rostro amoroso de una fe secular que ha hecho posible que muchos hayan optado por la misión. Agradezco a todos y de modo especial a nuestros misioneros todo el bien que realizan con sus servicio generoso a Cristo y a su Iglesia en los pobres y desvalidos de la tierra. Que fomentemos en nuestros niños y jóvenes este espíritu misionero para que muchos se sientan llamados por Cristo a ser “misioneros de la esperanza”.

NOMBRAMIENTO EPISCOPAL

Mons. D. Jesús Esteban Catalá Ibáñez ha sido nombrado Obispo de Málaga.

La Santa Sede ha hecho público que el Papa **Benedicto XVI** ha aceptado la renuncia al gobierno pastoral de la diócesis de Málaga que Mons. D. **Antonio Dorado Soto** ha presentado en conformidad con el canon 401, párrafo 1, del Código de Derecho Canónico, y ha nombrado Obispo de esta sede a Mons. D. **Jesús Esteban Catalá Ibáñez**, en la actualidad Obispo de Alcalá de Henares.

El Santo Padre ha nombrado a Mons. D. **Antonio Dorado Soto** Administrador Apostólico de Málaga hasta la toma de posesión de su sucesor.

Mons. D. **Jesús Esteban Catalá Ibáñez** nació en Villamarchante (Valencia) el 22 de diciembre de 1949. Cursó los estudios de bachiller (1961-1967) y los estudios eclesiásticos (1968-1974) en el Seminario diocesano de Valencia. Fue ordenado diácono en 1973, ministerio que ejerció durante los tres años en los que completó su formación teológica, con la Diplomatura (1973) en la Universidad Pontificia de Salamanca y la Licenciatura (1976) por la Facultad de Teología *San Vicente Ferrer* de Valencia. El 3 de julio de 1976 recibió la ordenación sacerdotal.

Es Doctor en Teología Pastoral y Catequética por la Pontificia Universidad Salesiana (1986) y Doctor en Teología Dogmática por la Pontificia Universidad Gregoriana (1996). Además, es Licenciado en Filosofía y Ciencias de la Educación, especialidad en Psicología, por la Universidad de Valencia (1981), donde colaboró en investigaciones publicadas por el Departamento de Historia de la Psicología.

Ministerio sacerdotal entre Valencia y Roma

Los primeros años del ministerio sacerdotal los desarrolló en la diócesis de Valencia, compaginando el trabajo en parroquias de la diócesis con la docencia. Fue párroco de los pueblos de Rotglá y de la Granja de la Costera y profesor de Religión en un Instituto de Enseñanza Media y en el Seminario Menor, en Xátiva. En 1978 fue destinado a la Delegación diocesana de Pastoral Vocacional, colaborando al mismo tiempo con el equipo de formadores del Seminario Diocesano y con la Delegación Diocesana del Clero. También fue profesor de Religión en el Instituto de Enseñanza Media *Luis Vives* de Valencia. En 1982 fue nombrado párroco de *San Carlos Borromeo* de Albal, a la vez que colaboró con las Delegaciones diocesanas de Pastoral Vocacional y de Catequesis.

Comenzó su trabajo en el Vaticano tras viajar a Roma para ampliar estudios. Participó como asistente de la Secretaria General del Sínodo de los Obispos en la Asamblea Extraordinaria de 1985, colaborando a tiempo parcial hasta 1986 y desde 1987 como Oficial de dicha Secretaría. Desde entonces, y hasta su nombramiento episcopal, participó en todas las Asambleas sinodales: sobre los Laicos (1987); sobre la Formación sacerdotal (1990); para Europa (1991); para África (1994); sobre la Vida consagrada (1994); para el Líbano (1995). Ha publicado varias colaboraciones y artículos sobre temas sinodales y ha dado diversas conferencias sobre estos temas.

Acompañó al Papa **Juan Pablo II** en tres viajes apostólicos a África: Costa de Marfil (1990), Angola (1992) y Uganda (1993).

El 4 de agosto de 1993 fue nombrado Capellán de Su Santidad.

El 25 de marzo de 1996 fue nombrado Obispo titular de Urusi y auxiliar del Arzobispo de Valencia. El 11 de mayo de ese mismo año fue consagrado en la catedral de Valencia. El 27 de abril de 1999 fue nombrado Obispo de Alcalá de Henares.

En la Conferencia Episcopal Española ha sido miembro de las Comisiones Episcopales de Enseñanza y Catequesis (1996-2005); Relaciones Interconfesionales (1996-1999); Seminarios y Universidades (1999-2002), y Doctrina de la Fe (2002-2005). Desde 2005 es Presidente de la Comisión Episcopal de Pastoral y miembro de la Comisión Permanente.



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL**SANTO PADRE, BENEDICTO XVI****ÁNGELUS**

Plaza de San Pedro. Domingo, 5 de octubre de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Esta mañana, con la santa misa en la basílica de San Pablo extramuros, ha comenzado la XII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos, que se celebrará en el Vaticano durante tres semanas y afrontará el tema: “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”. Ya conocéis el valor y la función de esta particular asamblea de obispos, elegidos de modo que representen a todo el Episcopado y convocados para prestar al Sucesor de Pedro una ayuda más eficaz, manifestando y consolidando al mismo tiempo la comunión eclesial. Se trata de un organismo importante, instituido en septiembre de 1965 por mi venerado predecesor, el siervo de Dios, Pablo VI (cf. *motu proprio* “*Apostolica sollicitudo*”) durante la última fase del concilio Vaticano II para aplicar una consigna contenida en el decreto sobre el ministerio de los obispos (cf. *Christus Dominus*, 5).

Las finalidades del Sínodo de los obispos son: favorecer una estrecha unión y colaboración entre el Papa y

los obispos de todo el mundo; proporcionar información directa y exacta sobre la situación y los problemas de la Iglesia; fomentar el acuerdo sobre la doctrina y la acción pastoral; afrontar temas de gran importancia y actualidad. Estas diversas tareas son coordinadas por una Secretaría permanente, que trabaja en dependencia directa e inmediata de la autoridad del Obispo de Roma.

La dimensión sinodal es parte constitutiva de la Iglesia: consiste en reunirse de todo pueblo y cultura para llegar a ser uno en Cristo y caminar juntos en pos de él, que dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (*Jn* 14, 6). En efecto, la palabra griega *synodos*, compuesta por la preposición *syn*, es decir, “con”, y por *odòs*, que significa “camino”, sugiere la idea de “caminar juntos”, y esta es precisamente la experiencia del pueblo de Dios en la historia de la salvación.

Para la Asamblea sinodal ordinaria que comienza hoy elegí, acogiendo autorizados pareceres en este sentido, el tema de la Palabra de Dios, que conviene profundizar, desde una perspectiva pastoral, en la vida y en la misión de la Iglesia. Fue amplia la participación

en la fase preparatoria por parte de las Iglesias particulares de todo el mundo, que enviaron sus aportaciones a la Secretaría del Sínodo, la cual, a su vez, elaboró el *Instrumentum laboris*, documento sobre el que se confrontarán los 253 padres sinodales: 51 de África, 62 de América, 41 de Asia, 90 de Europa y 9 de Oceanía. A ellos se suman numerosos expertos y auditores, hombres y mujeres, así como los “delegados fraternos” de las otras Iglesias y comunidades eclesiales, y algunos invitados especiales.

Queridos hermanos y hermanas, os invito a todos a sostener los trabajos del Sínodo con vuestra oración, invocando especialmente la protección materna de la Virgen María, discípula perfecta de la Palabra divina.

Plaza de San Pedro. Domingo, 12 de octubre de 2008

Mientras nos disponemos a concluir esta celebración con el rezo del Ángelus, deseo dirigir mi saludo a los peregrinos que, de diferentes países, han venido en gran número a rendir homenaje a los nuevos santos.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua inglesa, en particular a la delegación oficial de la India y a todos los que han venido para celebrar la canonización de santa Alfonsa de la Inmaculada Concepción. Sus virtudes

heroicas de paciencia, fortaleza y perseverancia en medio de profundos sufrimientos nos recuerdan que Dios siempre da la fuerza que necesitamos para superar toda prueba. Mientras los fieles cristianos de la India dan gracias a Dios por su primera hija presentada a la veneración pública, quiero asegurarles mis oraciones durante estos momentos difíciles. Encomendando al cuidado providencial de Dios todopoderoso a todos los que luchan por la paz y la reconciliación, pido a los autores de la violencia que renuncien a estos actos y se unan a sus hermanos y hermanas en la construcción de una civilización de amor. ¡Dios os bendiga a todos!

Con alegría doy la bienvenida a todos los fieles de lengua alemana; en especial, saludo a la delegación oficial y a los numerosos peregrinos procedentes de Suiza, así como a las Hermanas Franciscanas Misioneras de María Auxiliadora. Santa María Bernarda encomendó toda su vida al Señor. Así se convirtió en un instrumento del amor de Dios, que anunció hasta los confines de la tierra. Siguiendo su ejemplo, también nosotros queremos llevar al Dios del amor y de la esperanza a los hombres. Que el Señor os dé para ello la plenitud de su gracia.

Dirijo un caluroso saludo a los peregrinos que han venido a Roma para participar en la gozosa celebración de proclamación de nuevos santos. En especial a los señores arzobispos y obispos que les acompañan, a las Herma-

nas Franciscanas Misioneras de María Auxiliadora, así como a las delegaciones y demás autoridades de Colombia y Ecuador que han venido en representación de aquellas tierras tan fecundas en frutos de santidad. Que las nuevas santas intercedan por todos sus conciudadanos de hoy para que, siguiendo su ejemplo de coherencia en la fe y de caridad hacia los hermanos, den constantemente testimonio del amor de Cristo por todos los hombres, aportando así nuevo vigor a las raíces cristianas de sus pueblos e iluminando la construcción de una sociedad más justa y solidaria, inspirándose en los valores del Evangelio. Muchas gracias.

Os saludo cordialmente, queridos peregrinos de lengua francesa. Hoy, siguiendo la llamada del Señor y el ejemplo de los santos que acaban de ser canonizados, se nos invita a ser, en el cruce de caminos, testigos audaces de la Palabra de Dios para convidar a las bodas del Evangelio a todos aquellos con quienes nos encontremos. Que nuestra oración acompañe a la Asamblea general del Sínodo de los obispos durante sus sesiones de trabajo. Os imparto mi bendición apostólica.

Entre los participantes en esta solemne canonización, saludo también a los peregrinos polacos. En vuestra patria se celebra hoy la jornada dedicada a la memoria de mi amado predecesor, Juan Pablo II. Bendigo todas las iniciativas que conmemoran su persona. Os encomiendo a todos a Dios en mi oración.

Dirijo, por último, un cordial saludo a los peregrinos de lengua italiana, en especial a los hijos espirituales de san Cayetano Errico y a los fieles procedentes de Nápoles y de Campania. Queridos amigos, en la vida de los santos y en sus realizaciones siempre se constata la fuerte presencia espiritual de la Virgen María. Me complace subrayar, en este mes de octubre, su fidelidad a la oración del rosario, como medio de unión diaria con Jesús, como fuente de inspiración y de consuelo, como instrumento de intercesión por las necesidades de la Iglesia, según las intenciones del Papa. A este respecto, os invito a rezar por la reconciliación y la paz en algunas situaciones alarmantes, que provocan sufrimiento: pienso en las poblaciones del norte de Kivu, en la República democrática del Congo, y pienso en las violencias contra los cristianos en Irak y en la India, a quienes recuerdo diariamente ante el Señor. Invoquemos la protección de María, Reina de los santos, también sobre los trabajos del Sínodo de los obispos, que se encuentra reunido en estos días en el Vaticano.

Plaza de San Pedro. Domingo, 26 de octubre de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Con la celebración eucarística en la basílica de San Pedro ha concluido esta mañana la XII Asamblea general ordi-

naria del Sínodo de los obispos, que ha tenido por tema “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”. Toda Asamblea sinodal es una experiencia fuerte de comunión eclesial, pero ésta aún más, porque en el centro de su atención se ha puesto lo que ilumina y guía a la Iglesia: la Palabra de Dios, que es Cristo en persona. Y hemos vivido cada jornada en escucha religiosa, percibiendo toda la gracia y la belleza de ser sus discípulos y servidores. Según el significado original del término “iglesia”, hemos experimentado la alegría de ser convocados por la Palabra y, especialmente en la liturgia, nos hemos encontrado en camino dentro de ella, como en nuestra tierra prometida, que nos hace gustar anticipadamente el reino de los cielos.

Un aspecto sobre el que se ha reflexionado mucho es la relación entre la Palabra y las palabras, es decir, entre el Verbo divino y las Escrituras que lo expresan. Como enseña el concilio Vaticano II en la constitución *Dei Verbum* (n. 12), una buena exégesis bíblica exige tanto el método histórico-crítico como el teológico, porque la Sagrada Escritura es Palabra de Dios con palabras humanas. Esto implica que todo texto debe leerse e interpretarse teniendo presentes la unidad de toda la Escritura, la tradición viva de la Iglesia y la luz de la fe.

Aunque es verdad que la Biblia es también una obra literaria, más aún, el gran código de la cultura universal,

también es verdad que no debe ser despojada del elemento divino, sino que debe leerse en el mismo Espíritu con que fue compuesta. La exégesis científica y la *lectio divina* son, por tanto, necesarias y complementarias para buscar, a través del significado literal, el espiritual, que Dios quiere comunicarnos hoy.

Al concluir la Asamblea sinodal, los patriarcas de las Iglesias orientales han realizado un llamamiento, que hago mío, para llamar la atención de la comunidad internacional, de los líderes religiosos y de todos los hombres y mujeres de buena voluntad sobre la tragedia que está teniendo lugar en algunos países de Oriente, donde los cristianos son víctimas de intolerancia y de crueles violencias, asesinados, amenazados y obligados a abandonar sus casas y a vagar en busca de refugio.

En este momento pienso sobre todo en Irak e India. Estoy seguro de que las antiguas y nobles poblaciones de esas naciones, en el curso de siglos de convivencia respetuosa, han aprendido a apreciar la contribución que las pequeñas pero laboriosas y cualificadas minorías cristianas dan al crecimiento de la patria común. Estas minorías no piden privilegios, sino que sólo desean seguir viviendo en su país junto a sus conciudadanos, como han hecho siempre. A las autoridades civiles y religiosas afectadas les pido que no escatimen esfuerzo alguno para que se restablezcan la legalidad y la convivencia civil y

los ciudadanos honrados y leales sepan que pueden contar con una adecuada protección por parte de las instituciones del Estado.

Asimismo, deseo también que los responsables civiles y religiosos de todos los países, conscientes de su papel de guía y referencia para las poblaciones, realicen gestos significativos y explícitos de amistad y de consideración hacia las minorías, cristianas o de otras religiones, y se haga de la defensa de sus derechos legítimos una cuestión de honor.

Me complace, además, daros a conocer también a vosotros lo que aca-

bo de anunciar en la santa misa: en octubre del año próximo tendrá lugar en Roma la II Asamblea especial del Sínodo para África. Antes de eso, si Dios quiere en el mes de marzo, tengo intención de viajar a África, visitando en primer lugar Camerún, donde entregaré a los obispos del continente el *Instrumentum laboris* del Sínodo, y después Angola, con ocasión del v centenario de la evangelización de ese país. Encomendemos los sufrimientos a los que me he referido, como también las esperanzas que todos llevamos en el corazón, en particular las perspectivas del Sínodo de África, a la intercesión de María santísima.

AUDIENCIAS GENERALES

Miércoles, 8 de octubre de 2008

San Pablo conoció a Jesús verdaderamente de corazón

Queridos hermanos y hermanas:

En las últimas catequesis sobre san Pablo hablé de su encuentro con Cristo resucitado, que cambió profundamente su vida, y después, de su relación con los doce Apóstoles llamados por Jesús —particularmente con Santiago, Cefas y Juan— y de su relación con la Iglesia de Jerusalén. Queda ahora la cuestión de qué sabía san Pablo del Jesús terreno, de su vida, de sus enseñanzas,

de su pasión. Antes de entrar en esta cuestión, puede ser útil tener presente que el mismo san Pablo distingue dos maneras de conocer a Jesús y, más en general, dos maneras de conocer a una persona.

En la segunda carta a los Corintios escribe: “Así que en adelante ya no conocemos a nadie según la carne. Y si conocimos a Cristo según la carne, ya no le conocemos así” (2 Co 5, 16). Conocer “según la carne”, de modo carnal, quiere decir conocer sólo exteriormente, con criterios externos: se puede haber visto a una persona muchas veces, conocer sus rasgos y los di-

versos detalles de su comportamiento: cómo habla, cómo se mueve, etc. Y sin embargo, aun conociendo a alguien de esta forma, no se le conoce realmente, no se conoce el núcleo de la persona. Sólo con el corazón se conoce verdaderamente a una persona.

De hecho los fariseos y los saduceos conocieron a Jesús en lo exterior, escucharon su enseñanza, muchos detalles de él, pero no lo conocieron en su verdad. Hay una distinción análoga en unas palabras de Jesús. Después de la Transfiguración, pregunta a los Apóstoles: “¿Quién dice la gente que soy yo?” y “¿quién decís vosotros que soy yo?”. La gente lo conoce, pero superficialmente; sabe algunas cosas de él, pero no lo ha conocido realmente. En cambio los Doce, gracias a la amistad, que implica también el corazón, al menos habían entendido en lo sustancial y comenzaban a saber quién era Jesús. También hoy existe esta forma distinta de conocer: hay personas doctas que conocen a Jesús en muchos de sus detalles y personas sencillas que no conocen estos detalles, pero que lo conocen en su verdad: “El corazón habla al corazón”. Y san Pablo quiere decir esencialmente que conoce a Jesús así, con el corazón, y que de este modo conoce esencialmente a la persona en su verdad; y después, en un segundo momento, que conoce sus detalles.

Dicho esto, queda aún la cuestión: ¿Qué sabía san Pablo de la vida concreta, de las palabras, de la pasión, de

los milagros de Jesús? Parece seguro que nunca se encontró con él durante su vida terrena. A través de los Apóstoles y de la Iglesia naciente, seguramente conoció también detalles de la vida terrena de Jesús. En sus cartas encontramos tres formas de referencia al Jesús prepascual. En primer lugar, hay referencias explícitas y directas. San Pablo habla de la ascendencia davidica de Jesús (cf. *Rm* 1, 3), conoce la existencia de sus “hermanos” o consanguíneos (*1 Co* 9, 5; *Ga* 1, 19), conoce el desarrollo de la última Cena (cf. *1 Co* 11, 23), conoce otras palabras de Jesús, por ejemplo sobre la indisolubilidad del matrimonio (cf. *1 Co* 7, 10 con *Mc* 10, 11-12), sobre la necesidad de que quien anuncia el Evangelio sea mantenido por la comunidad, pues el obrero merece su salario (cf. *1 Co* 9, 14 con *Lc* 10, 7); san Pablo conoce las palabras pronunciadas por Jesús en la última Cena (cf. *1 Co* 11, 24-25 con *Lc* 22, 19-20) y conoce también la cruz de Jesús. Éstas son referencias directas a palabras y hechos de la vida de Jesús.

En segundo lugar, podemos entrever en algunas frases de las *cartas* paulinas varias alusiones a la tradición atestiguada en los Evangelios sinópticos. Por ejemplo, las palabras que leemos en la primera *carta a los Tesalonicenses*, según la cual “el día del Señor vendrá como un ladrón en la noche” (*1 Ts* 5, 2), no se explicarían remitiéndonos a las profecías veterotestamentarias, porque la comparación con el ladrón nocturno sólo se encuentra en los evangelios de

san Mateo y de san Lucas, por tanto está tomado de la tradición sinóptica.

Así, cuando leemos que Dios “ha escogido más bien lo necio del mundo” (1 Co 1, 27-28), se escucha el eco fiel de la enseñanza de Jesús sobre los sencillos y los pobres (cf. Mt 5, 3; 11, 25; 19, 30). Están también las palabras pronunciadas por Jesús en el júbilo mesiánico: “Te bendigo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y se las has revelado a los pequeños” (Mt 11, 25). San Pablo sabe —es su experiencia misionera— que estas palabras son verdaderas, es decir, que son precisamente los sencillos quienes tienen el corazón abierto al conocimiento de Jesús. También la alusión a la obediencia de Jesús “hasta la muerte”, que se lee en la carta a los Filipenses (cf. Flp 2, 8) hace referencia a la total disponibilidad del Jesús terreno a cumplir la voluntad de su Padre (cf. Mc 3, 35; Jn 4, 34).

Por tanto, san Pablo conoce la pasión de Jesús, su cruz, el modo como vivió los últimos momentos de su vida. La cruz de Jesús y la tradición sobre este hecho de la cruz está en el centro del *kerigma* paulino. Otro pilar de la vida de Jesús conocido por san Pablo es el *Sermón de la Montaña*, del que cita algunos elementos casi literalmente, cuando escribe a los Romanos: “Amaos unos a otros. (...) Bendecid a los que os persiguen. (...) Vivid en paz con todos. (...) Venced al mal con el bien”. Así pues, en sus cartas hay un reflejo

fiel del *Sermón de la Montaña* (cf. Mt 5-7).

Por último, en las cartas de san Pablo es posible hallar un tercer modo de presencia de las palabras de Jesús: es cuando realiza una forma de transposición de la tradición prepascual a la situación después de la Pascua. Un caso típico es el tema del reino de Dios, que está seguramente en el centro de la predicación del Jesús histórico (cf. Mt 3, 2; Mc 1, 15; Lc 4, 43). En san Pablo se encuentra una trasposición de este tema, pues tras la resurrección es evidente que Jesús en persona, el Resucitado, es el reino de Dios. Por tanto, el reino llega donde está llegando Jesús. Y así, necesariamente, el tema del reino de Dios, con el que se había anticipado el misterio de Jesús, se transforma en cristología. Sin embargo, las mismas disposiciones exigidas por Jesús para entrar en el reino de Dios valen exactamente para san Pablo a propósito de la justificación por la fe: tanto la entrada en el Reino como la justificación requieren una actitud de gran humildad y disponibilidad, libre de presunciones, para acoger la gracia de Dios.

Por ejemplo, la parábola del fariseo y el publicano (cf. Lc 18, 9-14) imparte una enseñanza que se encuentra tal cual en san Pablo, cuando insiste en que nadie debe gloriarse en presencia de Dios. También las frases de Jesús sobre los publicanos y las prostitutas, más dispuestos que los fariseos a acoger el Evangelio (cf. Mt 21, 31; Lc 7, 36-

50) y sus deseos de compartir la mesa con ellos (cf. *Mt* 9, 10-13; *Lc* 15, 1-2) encuentran pleno eco en la doctrina de san Pablo sobre el amor misericordioso de Dios a los pecadores (cf. *Rm* 5, 8-10; y también *Ef* 2, 3-5). Así, el tema del reino de Dios se propone de una forma nueva, pero con plena fidelidad a la tradición del Jesús histórico.

Otro ejemplo de transformación fiel del núcleo doctrinal de Jesús se encuentra en los “títulos” referidos a él. Antes de Pascua él mismo se califica como Hijo del hombre; tras la Pascua se hace evidente que el Hijo del hombre es también el Hijo de Dios. Por tanto, el título preferido por san Pablo para calificar a Jesús es *Kýrios*, “Señor” (cf. *Flp* 2, 9-11), que indica la divinidad de Jesús. El Señor Jesús, con este título, aparece en la plena luz de la resurrección.

En el Monte de los Olivos, en el momento de la extrema angustia de Jesús (cf. *Mc* 14, 36), los discípulos, antes de dormirse, habían oído cómo hablaba con el Padre y lo llamaba “Abbá-Padre”. Es una palabra muy familiar, equivalente a nuestro “papá”, que sólo usan los niños en comunión con su padre. Hasta ese momento era impensable que un judío utilizara dicha palabra para dirigirse a Dios; pero Jesús, siendo verdadero hijo, en esta hora de intimidad habla así y dice: “Abbá, Padre”. En las cartas de san Pablo a los Romanos y a los Gálatas, sorprendentemente, esta palabra “Abbá”, que expresa la exclu-

sividad de la filiación de Jesús, aparece en labios de los bautizados (cf. *Rm* 8, 15; *Ga* 4, 6), porque han recibido el “Espíritu del Hijo” y ahora llevan en sí mismos ese Espíritu y pueden hablar como Jesús y con Jesús como verdaderos hijos a su Padre; pueden decir “Abbá” porque han llegado a ser hijos en el Hijo.

Por último, quiero aludir a la dimensión salvífica de la muerte de Jesús, como la encontramos en la frase evangélica: “El Hijo del hombre no ha venido para ser servido sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (*Mc* 10, 45; *Mt* 20, 28). El reflejo fiel de estas palabras de Jesús aparece en la doctrina paulina sobre la muerte de Jesús como rescate (cf. *1 Co* 6, 20), como redención (cf. *Rm* 3, 24), como liberación (cf. *Ga* 5, 1) y como reconciliación (cf. *Rm* 5, 10; *2 Co* 5, 18-20). Aquí está el centro de la teología paulina, que se basa en estas palabras de Jesús.

En conclusión, san Pablo no pensaba en Jesús en calidad de historiador, como una persona del pasado. Ciertamente, conoce la gran tradición sobre la vida, las palabras, la muerte y la resurrección de Jesús, pero no trata todo ello como algo del pasado; lo propone como realidad del Jesús vivo. Para san Pablo, las palabras y las acciones de Jesús no pertenecen al tiempo histórico, al pasado. Jesús vive ahora y habla ahora con nosotros y vive para nosotros. Esta es la verdadera forma de conocer

a Jesús y de acoger la tradición sobre él. También nosotros debemos aprender a conocer a Jesús, no según la carne, como una persona del pasado, sino como nuestro Señor y Hermano, que está hoy con nosotros y nos muestra cómo vivir y cómo morir.

Miércoles, 15 de octubre de 2008

La dimensión eclesiológica del pensamiento de san Pablo

Queridos hermanos y hermanas:

En la catequesis del miércoles pasado hablé de la relación de san Pablo con el Jesús prepascual en su vida terrena. La cuestión era: “¿Qué supo san Pablo de la vida de Jesús, de sus palabras, de su pasión?”. Hoy quiero hablar de la enseñanza de san Pablo sobre la Iglesia. Debemos comenzar por la constatación de que esta palabra “Iglesia” en español, —como “Église” en francés o “Chiesa” en italiano— está tomada del griego *Ekklésia*. Proviene del Antiguo Testamento y significa la asamblea del pueblo de Israel, convocada por Dios, y de modo particular la asamblea ejemplar al pie del Sinaí.

Con esta palabra se define ahora la nueva comunidad de los creyentes en Cristo que se sienten asamblea de Dios, la nueva convocatoria de todos los pueblos por parte de Dios y ante él. La palabra *Ekklésia* aparece sólo en san

Pablo, que es el primer autor de un escrito cristiano. Esto sucede en el inicio de la primera *carta a los Tesalonicenses*, donde san Pablo se dirige textualmente “a la Iglesia de los Tesalonicenses” (cf. después también a la “Iglesia de los Laodicenses” en *Col 4, 16*). En otras cartas habla de la Iglesia de Dios que está en Corinto (cf. *1 Co 1, 2; 2 Co 1, 1*), que está en Galacia (cf. *Ga 1, 2* etc.) —por tanto, Iglesias particulares—, pero dice también que persiguió a “la Iglesia de Dios”, no a una comunidad local determinada, sino a “la Iglesia de Dios”.

Así vemos que el significado de la palabra “Iglesia” tiene muchas dimensiones: por una parte, indica las asambleas de Dios en determinados lugares (una ciudad, un país, una casa), pero significa también toda la Iglesia en su conjunto. Así vemos que “la Iglesia de Dios” no es sólo la suma de distintas Iglesias locales, sino que las diversas Iglesias locales son a su vez realización de la única Iglesia de Dios. Todas juntas son la “Iglesia de Dios”, que precede a las distintas Iglesias locales, y que se expresa, se realiza en ellas.

Es importante observar que casi siempre la palabra “Iglesia” aparece con el añadido de la calificación “de Dios”: no es una asociación humana, nacida de ideas o intereses comunes, sino de una convocación de Dios. Él la ha convocado y por eso es una en todas sus realizaciones. La unidad de Dios crea la unidad de la Iglesia en todos los

lugares donde se encuentra. Más tarde, en la *carta a los Efesios*, san Pablo elaborará abundantemente el concepto de unidad de la Iglesia, en continuidad con el concepto de pueblo de Dios, Israel, considerado por los profetas como “esposa de Dios”, llamada a vivir una relación sponsal con él.

San Pablo presenta a la única Iglesia de Dios como “esposa de Cristo” en el amor, un solo cuerpo y un solo espíritu con Cristo mismo. Es sabido que, de joven, san Pablo había sido adversario encarnizado del nuevo movimiento constituido por la Iglesia de Cristo. Había sido su adversario, porque consideraba que este nuevo movimiento amenazaba la fidelidad a la tradición del pueblo de Dios, animado por la fe en el Dios único. Esta fidelidad se expresaba sobre todo en la circuncisión, en la observancia de las reglas de la pureza cultual, de la abstención de ciertos alimentos, y del respeto del sábado.

Los israelitas habían pagado esta fidelidad con la sangre de los mártires en el período de los Macabeos, cuando el régimen helenista quería obligar a todos los pueblos a conformarse a la única cultura helenística. Muchos israelitas habían defendido con su sangre la vocación propia de Israel. Los mártires habían pagado con la vida la identidad de su pueblo, que se expresaba mediante estos elementos.

Tras el encuentro con Cristo resucitado, san Pablo entendió que los cris-

tianos no eran traidores; al contrario, en la nueva situación, el Dios de Israel, mediante Cristo, había extendido su llamada a todas las gentes, convirtiéndose en el Dios de todos los pueblos. De esta forma se realizaba la fidelidad al único Dios; ya no eran necesarios los signos distintivos constituidos por las normas y las observancias particulares, porque todos estaban llamados, en su variedad, a formar parte del único pueblo de Dios en la “Iglesia de Dios” en Cristo.

En la nueva situación san Pablo tuvo clara inmediatamente una cosa: el valor fundamental y fundante de Cristo y de la “palabra” que lo anunciaba. San Pablo sabía que no sólo no se llega a ser cristiano por coerción, sino que en la configuración interna de la nueva comunidad el componente institucional estaba inevitablemente vinculado a la “palabra” viva, al anuncio del Cristo vivo en el cual Dios se abre a todos los pueblos y los une en un único pueblo de Dios. Es sintomático que san Lucas, en los *Hechos de los Apóstoles* utilice muchas veces, incluso a propósito de san Pablo, el sintagma “anunciar la palabra” (*Hch* 4, 29.31; 8, 25; 11, 19; 13, 46; 14, 25; 16, 6.32), con la evidente intención de poner fuertemente de relieve el alcance decisivo de la “palabra” del anuncio. En concreto, esta palabra está constituida por la cruz y la resurrección de Cristo, en la que han encontrado realización las Escrituras. El misterio pascual, que provocó el viraje de su vida en el camino de Damasco,

está obviamente en el centro de la predicación del Apóstol (cf. *1 Co* 2, 2; 15, 14). Este misterio, anunciado en la palabra, se realiza en los sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía, y se hace realidad en la caridad cristiana. La obra evangelizadora de san Pablo no tiene otro fin que implantar la comunidad de los creyentes en Cristo.

Esta idea está encerrada dentro de la etimología misma de la palabra *Ekklēsia*, que san Pablo, y con él todo el cristianismo, prefirió al otro término, “sinagoga”, no sólo porque originariamente el primero es más “laico” (deriva de la praxis griega de la asamblea política y no propiamente religiosa), sino también porque implica directamente la idea más teológica de una llamada *ab extra*, y por tanto no una simple reunión; los creyentes son llamados por Dios, quien los reúne en una comunidad, su Iglesia.

En esta línea podemos comprender también el original concepto, exclusivamente paulino, de la Iglesia como “Cuerpo de Cristo”. Al respecto, conviene tener presente las dos dimensiones de este concepto. Una es de carácter sociológico, según la cual el cuerpo está formado por sus componentes y no existiría sin ellos. Esta interpretación aparece en la *carta a los Romanos* y en la *primera carta a los Corintios*, donde san Pablo asume una imagen que ya existía en la sociología romana: dice que un pueblo es como un cuerpo con distintos miembros, cada uno de

los cuales tiene su función, pero todos, incluso los más pequeños y aparentemente insignificantes, son necesarios para que el cuerpo pueda vivir y realizar sus funciones.

Oportunamente el Apóstol observa que, en la Iglesia, hay muchas vocaciones: profetas, apóstoles, maestros, personas sencillas, todos llamados a vivir cada día la caridad, todos necesarios para construir la unidad viva de este organismo espiritual. La otra interpretación hace referencia al Cuerpo mismo de Cristo. San Pablo sostiene que la Iglesia no es sólo un organismo, sino que se convierte realmente en cuerpo de Cristo en el sacramento de la Eucaristía, donde todos recibimos su Cuerpo y llegamos a ser realmente su Cuerpo. Así se realiza el misterio espousal: todos son un solo cuerpo y un solo espíritu en Cristo. De este modo la realidad va mucho más allá de la imaginación sociológica, expresando su verdadera esencia profunda, es decir, la unidad de todos los bautizados en Cristo, a los que el Apóstol considera “uno” en Cristo, conformados al sacramento de su Cuerpo.

Al decir esto, san Pablo muestra que sabe bien y nos da a entender a todos que la Iglesia no es suya y no es nuestra: la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, es “Iglesia de Dios”, “campo de Dios, edificación de Dios, (...) templo de Dios” (*1 Co* 3, 9.16). Esta última designación es particularmente interesante, porque atribuye a un tejido de relaciones in-

terpersonales un término que comúnmente servía para indicar un lugar físico, considerado sagrado. La relación entre Iglesia y templo asume, por tanto, dos dimensiones complementarias: por una parte, se aplica a la comunidad eclesial la característica de separación y pureza que tenía el edificio sagrado; pero, por otra, se supera también el concepto de un espacio material, para transferir este valor a la realidad de una comunidad viva de fe. Si antes los templos se consideraban lugares de la presencia de Dios, ahora se sabe y se ve que Dios no habita en edificios hechos de piedra, sino que el lugar de la presencia de Dios en el mundo es la comunidad viva de los creyentes.

Merecería un discurso aparte la calificación de “pueblo de Dios”, que en san Pablo se aplica sustancialmente al pueblo del Antiguo Testamento y después a los paganos, que eran “el no pueblo” y se han convertido también ellos en pueblo de Dios gracias a su inserción en Cristo mediante la palabra y el sacramento.

Un último detalle. En la *carta a Timoteo* san Pablo califica a la Iglesia como “casa de Dios” (1Tm 3, 15); se trata de una definición realmente original, porque se refiere a la Iglesia como estructura comunitaria en la que se viven cordiales relaciones interpersonales de carácter familiar. El Apóstol nos ayuda a comprender cada vez más a fondo el misterio de la Iglesia en sus distintas dimensiones de asamblea de Dios en el

mundo. Ésta es la grandeza de la Iglesia y la grandeza de nuestra llamada: somos templo de Dios en el mundo, lugar donde Dios habita realmente; y, al mismo tiempo, somos comunidad, familia de Dios, que es caridad. Como familia y casa de Dios debemos realizar en el mundo la caridad de Dios y ser así, con la fuerza que viene de la fe, lugar y signo de su presencia.

Pidamos al Señor que nos conceda ser cada vez más su Iglesia, su Cuerpo, el lugar de la presencia de su caridad en nuestro mundo y en nuestra historia.

Miércoles, 22 de octubre de 2008

La divinidad de Cristo en la predicación de san Pablo

Queridos hermanos y hermanas:

En las catequesis de las semanas anteriores meditamos sobre la “conversión” de san Pablo, fruto del encuentro personal con Jesús crucificado y resucitado, y nos interrogamos sobre cuál fue la relación del Apóstol de los gentiles con el Jesús terreno. Hoy quiero hablar de la enseñanza que san Pablo nos ha dejado sobre la *centralidad del Cristo resucitado en el misterio de la salvación*, sobre su cristología. En verdad, Jesucristo resucitado, “exaltado sobre todo nombre”, está en el centro de todas sus reflexiones. Para el Apóstol, Cristo es el criterio de valoración de los acontecimientos y

de las cosas, el fin de todos los esfuerzos que él hace para anunciar el Evangelio, la gran pasión que sostiene sus pasos por los caminos del mundo. Y se trata de un Cristo vivo, concreto: el Cristo —dice san Pablo— “que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (*Ga* 2, 20). Esta persona que me ama, con la que puedo hablar, que me escucha y me responde, este es realmente el principio para entender el mundo y para encontrar el camino en la historia.

Quien ha leído los escritos de san Pablo sabe bien que él no se preocupó de narrar los hechos de la vida de Jesús, aunque podemos pensar que en sus catequesis contaba sobre el Jesús prepascual mucho más de lo que escribió en sus cartas, que son amonestaciones en situaciones concretas. Su intencionalidad pastoral y teológica se dirigía de tal modo a la edificación de las nacientes comunidades, que espontáneamente concentraba todo en el anuncio de Jesucristo como “Señor”, vivo y presente ahora en medio de los suyos. De ahí la esencialidad característica de la cristología paulina, que desarrolla las profundidades del misterio con una preocupación constante y precisa: ciertamente, anunciar al Jesús vivo y su enseñanza, pero anunciar sobre todo la realidad central de su muerte y resurrección, como culmen de su existencia terrena y raíz del desarrollo sucesivo de toda la fe cristiana, de toda la realidad de la Iglesia.

Para el Apóstol, la resurrección no es un acontecimiento en sí mismo, se-

parado de la muerte: el Resucitado es siempre el mismo que fue crucificado. También ya resucitado lleva sus heridas: la pasión está presente en él y, con Pascal, se puede decir que sufre hasta el fin del mundo, aun siendo el Resucitado y viviendo con nosotros y para nosotros. San Pablo comprendió esta identidad del Resucitado con el Cristo crucificado en el camino de Damasco: en ese momento se le reveló con claridad que el Crucificado es el Resucitado y el Resucitado es el Crucificado, que dice a san Pablo: “¿Por qué me persigues?” (*Hch* 9, 4). San Pablo, cuando persigue a Cristo en la Iglesia, comprende que la cruz no es “una maldición de Dios” (*Dt* 21, 23), sino sacrificio para nuestra redención.

El Apóstol contempla fascinado el secreto escondido del Crucificado-resucitado y a través de los sufrimientos experimentados por Cristo en su humanidad (*dimensión terrena*) se remonta a la existencia eterna en la que es uno con el Padre (*dimensión pre-temporal*): “Al llegar la plenitud de los tiempos —escribe— envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva” (*Ga* 4, 4-5).

Estas dos dimensiones, la *preexistencia* eterna junto al Padre y el descenso del Señor en la *encarnación*, se anuncian ya en el Antiguo Testamento, en la figura de la Sabiduría. En los Libros sapienciales del Antiguo Testamento

encontramos algunos textos que exaltan el papel de la Sabiduría, que existe desde antes de la creación del mundo. En este sentido deben leerse pasajes como este del Salmo 90: “Antes de que nacieran los montes, o fuera engendrado el orbe de la tierra, desde siempre y por siempre tú eres Dios” (v. 2); o pasajes como el que habla de la Sabiduría creadora: “El Señor me creó, primicia de su camino, antes que sus obras más antiguas. Desde la eternidad fui fundada, desde el principio, antes que la tierra” (*Pr* 8, 22-23). También es sugestivo el elogio de la Sabiduría, contenido en el libro homónimo: “La Sabiduría se despliega vigorosamente de un confín al otro del mundo y gobierna de excelente manera el universo” (*Sb* 8, 1).

Los mismos textos sapienciales que hablan de la preexistencia eterna de la Sabiduría, hablan de su descenso, del abajamiento de esta Sabiduría, que se creó una tienda entre los hombres. Así ya sentimos resonar las palabras del Evangelio de san Juan que habla de la tienda de la carne del Señor. Se creó una tienda en el Antiguo Testamento: aquí se refiere al templo, al culto según la “Torá”; pero, desde el punto de vista del Nuevo Testamento, podemos entender que era sólo una prefiguración de la tienda mucho más real y significativa: la tienda de la carne de Cristo. Y ya en los libros del Antiguo Testamento vemos que este abajamiento de la Sabiduría, su descenso a la carne, implica también la posibilidad de ser rechazada.

San Pablo, desarrollando su cristología, se refiere precisamente a esta perspectiva sapiencial: reconoce en Jesús a la Sabiduría eterna que existe desde siempre, la Sabiduría que desciende y se crea una tienda entre nosotros; así, puede describir a Cristo como “fuerza y sabiduría de Dios”; puede decir que Cristo se ha convertido para nosotros en “sabiduría de origen divino, justicia, santificación y redención” (*1 Co* 1, 24.30). De la misma forma, san Pablo aclara que Cristo, al igual que la Sabiduría, puede ser rechazado sobre todo por los dominadores de este mundo (cf. *1 Co* 2, 6-9), de modo que en los planes de Dios puede crearse una situación paradójica: la cruz, que se transformará en camino de salvación para todo el género humano.

Un desarrollo posterior de este ciclo sapiencial, según el cual la Sabiduría se abaja para después ser exaltada a pesar del rechazo, se encuentra en el famoso himno contenido en la *carta a los Filipenses* (cf. *Flp* 2, 6-11). Se trata de uno de los textos más elevados de todo el Nuevo Testamento. Los exegetas, en su gran mayoría, concuerdan en considerar que este pasaje contiene una composición anterior al texto de la *carta a los Filipenses*. Éste es un dato de gran importancia, porque significa que el judeo-cristianismo, antes de san Pablo, creía en la divinidad de Jesús. En otras palabras, la fe en la divinidad de Jesús no es un invento helenístico, surgido mucho después de la vida terrena de Jesús, un invento que, olvidando su

humanidad, lo habría divinizado. En realidad, vemos que el primer judeo-cristianismo creía en la divinidad de Jesús; más aún, podemos decir que los Apóstoles mismos, en los grandes momentos de la vida de su Maestro, comprendieron que era el Hijo de Dios, como dijo san Pedro en Cesarea de Filipo: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16, 16).

Pero volvamos al himno de la *carta a los Filipenses*. Este texto puede estar estructurado en tres estrofas, que ilustran los momentos principales del recorrido realizado por Cristo. Su preexistencia está expresada en las palabras: “A pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios” (v. 6). Sigue después el abajamiento voluntario del Hijo en la segunda estrofa: “Se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo” (v. 7), hasta humillarse “obediendo hasta la muerte y una muerte de cruz” (v. 8). La tercera estrofa del himno anuncia la respuesta del Padre a la humillación del Hijo: “Por eso Dios lo exaltó y le concedió el Nombre que está sobre todo nombre” (v. 9).

Lo que impresiona es el contraste entre el abajamiento radical y la siguiente glorificación en la gloria de Dios. Es evidente que esta segunda estrofa está en contraste con la pretensión de Adán, que quería hacerse Dios, y también está en contraste con el gesto de los constructores de la torre de Babel, que querían edificar por sí solos el puente hasta el cielo y convertirse ellos mismos

en divinidad. Pero esta iniciativa de la soberbia acabó en la autodestrucción: así no se llega al cielo, a la verdadera felicidad, a Dios. El gesto del Hijo de Dios es exactamente lo contrario: no la soberbia, sino la humildad, que es la realización del amor, y el amor es divino. La iniciativa de abajamiento, de humildad radical de Cristo, con la cual contrasta la soberbia humana, es realmente expresión del amor divino; a ella le sigue la elevación al cielo a la que Dios nos atrae con su amor.

Además de la *carta a los Filipenses*, hay otros lugares de la literatura paulina donde los temas de la preexistencia y el descenso del Hijo de Dios a la tierra están unidos entre sí. Una reafirmación de la identificación entre Sabiduría y Cristo, con todas sus implicaciones cósmicas y antropológicas, se encuentra en la primera *carta a Timoteo*: “Él ha sido manifestado en la carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, proclamado a los gentiles, creído en el mundo, levantado a la gloria” (1 Tm 3, 16). Sobre todo con estas premisas se puede definir mejor la función de Cristo como Mediador único, en la perspectiva del único Dios del Antiguo Testamento (cf. 1 Tm 2, 5 en relación con Is 43, 10-11; 44, 6). Cristo es el verdadero puente que nos guía al cielo, a la comunión con Dios.

Por último, sólo una alusión a los últimos desarrollos de la cristología de san Pablo en las *cartas a los Colosenses* y *a los Efesios*. En la primera, a Cristo se le

califica como “primogénito de toda la creación” (cf. *Col* 1, 15-20). La palabra “primogénito” implica que el primero entre muchos hijos, el primero entre muchos hermanos y hermanas, bajó para atraernos y hacernos sus hermanos y hermanas. En la *carta a los Efesios* encontramos la hermosa exposición del *plan divino de la salvación*, cuando san Pablo dice que Dios quería recapitularlo todo en Cristo (cf. *Ef* 1, 3-23). Cristo es la recapitulación de todo, lo asume todo y nos guía a Dios. Así nos implica en un movimiento de descenso y de ascenso, invitándonos a participar en su humildad, es decir, en su amor al prójimo, para ser así partícipes también de su glorificación, convirtiéndonos con él en hijos en el Hijo. Pidamos al Señor que nos ayude a conformarnos a su humildad, a su amor, para ser así partícipes de su divinización.

Miércoles, 29 de octubre de 2008

La teología de la cruz en la predicación de san Pablo

Queridos hermanos y hermanas:

En la experiencia personal de san Pablo hay un dato incontrovertible: mientras que al inicio había sido un perseguidor y había utilizado la violencia contra los cristianos, desde el momento de su conversión en el camino de Damasco, se había pasado a la parte de Cristo crucificado, haciendo de él

la razón de su vida y el motivo de su predicación. Entregó toda su vida por las almas (cf. *2 Co* 12, 15), una vida nada tranquila, llena de insidias y dificultades. En el encuentro con Jesús le quedó muy claro el significado central de la cruz: comprendió que Jesús *había muerto y resucitado por todos* y por él mismo. Ambas cosas eran importantes; la universalidad: Jesús murió realmente por todos; y la subjetividad: murió también por mí. En la cruz, por tanto, se había manifestado el amor gratuito y misericordioso de Dios.

Este amor san Pablo lo experimentó ante todo en sí mismo (cf. *Ga* 2, 20) y de pecador se convirtió en creyente, de perseguidor en apóstol. Día tras día, en su nueva vida, experimentaba que la salvación era “gracia”, que todo brotaba de la muerte de Cristo y no de sus méritos, que por lo demás no existían. Así, el “evangelio de la gracia” se convirtió para él en la única forma de entender la cruz, no sólo el criterio de su nueva existencia, sino también la respuesta a sus interlocutores. Entre estos estaban, ante todo, los judíos que ponían su esperanza en las obras y esperaban de ellas la salvación; y estaban también los griegos, que oponían su sabiduría humana a la cruz; y, por último, estaban ciertos grupos de herejes, que se habían formado su propia idea del cristianismo según su propio modelo de vida.

Para san Pablo, la cruz tiene un primado fundamental en la historia de la

humanidad; representa el punto central de su teología, porque decir cruz quiere decir *salvación como gracia* dada a toda criatura. El tema de la cruz de Cristo se convierte en un elemento esencial y primario de la predicación del Apóstol: el ejemplo más claro es la comunidad de Corinto. Frente a una Iglesia donde había, de forma preocupante, desórdenes y escándalos, donde la comunión estaba amenazada por partidos y divisiones internas que ponían en peligro la unidad del Cuerpo de Cristo, san Pablo se presenta no con sublimidad de palabras o de sabiduría, sino con el anuncio de Cristo, de Cristo crucificado. Su fuerza no es el lenguaje persuasivo sino, paradójicamente, la debilidad y la humildad de quien confía sólo en el “poder de Dios” (cf. *1 Co 2, 1-5*).

La cruz, por todo lo que representa y también por el mensaje teológico que contiene, es escándalo y necedad. Lo afirma el Apóstol con una fuerza impresionante, que conviene escuchar de sus mismas palabras: “La predicación de la cruz es una necedad para los que se pierden; mas para los que se salvan —para nosotros— es fuerza de Dios. (...) Quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necedad de la predicación. Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles” (*1 Co 1, 18-23*).

Las primeras comunidades cristianas, a las que san Pablo se dirige, saben muy

bien que Jesús ya ha resucitado y vive; el Apóstol quiere recordar, no sólo a los Corintios o a los Gálatas, sino a todos nosotros, que el Resucitado sigue siendo siempre Aquél que fue crucificado. El “escándalo” y la “necedad” de la cruz radican precisamente en el hecho de que donde parece haber sólo fracaso, dolor, derrota, precisamente allí está todo el poder del Amor ilimitado de Dios, porque la cruz es expresión de amor y el amor es el verdadero poder que se revela precisamente en esta aparente debilidad. Para los judíos la cruz es *skandalon*, es decir, trampa o piedra de tropiezo: parece obstaculizar la fe del israelita piadoso, que no encuentra nada parecido en las Sagradas Escrituras.

San Pablo, con gran valentía, parece decir aquí que la apuesta es muy alta: para los judíos, la cruz contradice la esencia misma de Dios, que se manifestó con signos prodigiosos. Por tanto, aceptar la cruz de Cristo significa realizar una profunda conversión en el modo de relacionarse con Dios. Si para los judíos el motivo de rechazo de la cruz se encuentra en la Revelación, es decir, en la fidelidad al Dios de sus padres, para los griegos, es decir, para los paganos, el criterio de juicio para oponerse a la cruz es la razón. En efecto, para estos últimos la cruz es *moría*, necedad, literalmente *insipidez*, un alimento sin sal; por tanto, más que un error, es un insulto al buen sentido.

San Pablo mismo, en más de una ocasión, sufrió la amarga experiencia

del rechazo del anuncio cristiano considerado “insípido”, irrelevante, ni siquiera digno de ser tomado en cuenta en el plano de la lógica racional. Para quienes, como los griegos, veían la perfección en el espíritu, en el pensamiento puro, ya era inaceptable que Dios se hiciera hombre, sumergiéndose en todos los límites del espacio y del tiempo. Por tanto, era totalmente inconcebible creer que un Dios pudiera acabar en una cruz.

Y esta lógica griega es también la lógica común de nuestro tiempo. El concepto de *apátheia* indiferencia, como ausencia de pasiones en Dios, ¿cómo habría podido comprender a un Dios hecho hombre y derrotado, que incluso habría recuperado luego su cuerpo para vivir como resucitado? “Te escucharemos sobre esto en otra ocasión” (*Hch* 17, 32), le dijeron despectivamente los atenienses a san Pablo, cuando oyeron hablar de resurrección de los muertos. Creían que la perfección consistía en liberarse del cuerpo, concebido como una prisión. ¿Cómo no iban a considerar una aberración recuperar el cuerpo? En la cultura antigua no parecía haber espacio para el mensaje del Dios encarnado. Todo el acontecimiento “Jesús de Nazaret” parecía estar marcado por la más total necedad y ciertamente la cruz era el aspecto más emblemático.

¿Pero por qué san Pablo, precisamente de esto, de la palabra de la cruz, hizo el punto fundamental de su predicación? La respuesta no es difícil: la cruz

revela “el poder de Dios” (cf. *1 Co* 1, 24), que es diferente del poder humano, pues revela su amor: “La necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres” (*1 Co* 1, 25). Nosotros, a siglos de distancia de san Pablo, vemos que en la historia ha vencido la cruz y no la sabiduría que se opone a la cruz. El Crucificado es sabiduría, porque manifiesta de verdad quién es Dios, es decir, poder de amor que llega hasta la cruz para salvar al hombre. Dios se sirve de modos e instrumentos que a nosotros, a primera vista, nos parecen sólo debilidad.

El Crucificado desvela, por una parte, la debilidad del hombre; y, por otra, el verdadero poder de Dios, es decir, la gratuidad del amor: precisamente esta gratuidad total del amor es la verdadera sabiduría. San Pablo lo experimentó incluso en su carne, como lo testimonia en varios pasajes de su itinerario espiritual, que se han convertido en puntos de referencia precisos para todo discípulo de Jesús: “Él me dijo: “Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza”” (*2 Co* 12, 9); y también: “Ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir lo fuerte” (*1 Co* 1, 28). El Apóstol se identifica hasta tal punto con Cristo que también él, aun en medio de numerosas pruebas, vive en la fe del Hijo de Dios que lo amó y se entregó por sus pecados y por los de todos (cf. *Ga* 1, 4; 2, 20). Este dato autobiográfico del Apóstol es paradigmático para todos nosotros.

San Pablo ofreció una admirable síntesis de la teología de la cruz en la segunda *carta a los Corintios* (cf. *2 Co* 5, 14-21), donde todo está contenido en dos afirmaciones fundamentales: por una parte, Cristo, a quien Dios ha tratado como pecado en nuestro favor (v.21), *murió por todos* (v. 14); por otra, Dios nos ha *reconciliado consigo*, no imputándonos nuestras culpas (vv.18-20). Por este “ministerio de la reconciliación” toda esclavitud ha sido ya rescatada (cf. *1 Co* 6, 20; 7, 23). Aquí se ve cómo todo esto es relevante para nuestra vida. También nosotros debemos entrar en este “ministerio de la reconciliación”, que supone siempre la renuncia a la propia

superioridad y la elección de la necesidad del amor.

San Pablo renunció a su propia vida entregándose totalmente al ministerio de la reconciliación, de la cruz, que es salvación para todos nosotros. Y también nosotros debemos saber hacer esto: podemos encontrar nuestra fuerza precisamente en la humildad del amor y nuestra sabiduría en la debilidad de renunciar para entrar así en la fuerza de Dios. Todos debemos formar nuestra vida según esta verdadera sabiduría: no vivir para nosotros mismos, sino vivir en la fe en el Dios del que todos podemos decir: “Me amó y se entregó a sí mismo por mí”.

DISCURSOS

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en un simposio organizado por la “Pave the way foundation”

Sala de los Suizos del palacio pontificio de Castelgandolfo. Jueves, 18 de septiembre de 2008

Estimado señor Krupp; señoras y señores:

Para mí es un verdadero placer encontrarme con vosotros al final del importante simposio organizado por la *Pave the Way Foundation*, en el que han participado eminentes expertos

para reflexionar sobre la generosa obra realizada por mi venerado predecesor, el siervo de Dios Pío XII durante el difícil período del siglo pasado, que gira en torno a la segunda guerra mundial. A cada uno de vosotros os doy mi más cordial bienvenida.

Saludo en particular al señor Gary Krupp, presidente de la Fundación, y le agradezco los sentimientos que ha expresado en nombre de todos los presentes. Le agradezco, además, la información que me ha dado sobre el desarrollo de vuestras sesiones de trabajo de este simposio, en las que habéis analizado sin prejuicios los acon-

tecimientos de la historia, preocupados sólo de buscar la verdad. Mi saludo se extiende a todos los que se han unido a vosotros en esta visita, y aprovecho de buen grado la ocasión para enviar mi cordial saludo a vuestros familiares y seres queridos.

Durante estos días vuestra atención se ha centrado en la figura y la incansable acción pastoral y humanitaria de Pío XII, *Pastor angelicus*. Ha pasado medio siglo desde su piadosa muerte, acaecida aquí, en Castelgandolfo, en las primeras horas del 9 de octubre de 1958, después de una enfermedad que redujo gradualmente su vigor físico. Este aniversario constituye una importante oportunidad para profundizar en su conocimiento, para meditar en sus ricas enseñanzas y para analizar de una manera completa su obra. Se ha escrito y dicho mucho sobre él en estos cinco decenios y no siempre se han examinado a la debida luz los diferentes aspectos de su multiforme acción pastoral. Vuestro simposio tiene como finalidad precisamente colmar algunas de esas lagunas mediante un análisis documentado y atento de muchas de sus intervenciones, sobre todo de las que realizó en favor de los judíos, que en aquellos años eran perseguidos en toda Europa de acuerdo con el plan criminal de quienes querían eliminarlos de la faz de la tierra.

Cuando uno se acerca sin prejuicios ideológicos a la noble figura de este Papa, además de quedar impresionado

por su elevado perfil humano y espiritual, queda conquistado por su vida ejemplar y por la extraordinaria riqueza de sus enseñanzas. Se aprecia la sabiduría humana y el celo pastoral que lo guiaron en su largo ministerio y, de manera particular, en la organización de las ayudas al pueblo judío.

Gracias a la amplia documentación que habéis recogido, enriquecida por múltiples y autorizados testimonios, vuestro simposio ofrece a la opinión pública la posibilidad de conocer mejor y de manera más completa lo que Pío XII promovió y realizó en favor de los judíos perseguidos por los regímenes nazi y fascista. Así se puede constatar que no escatimó esfuerzos, donde fue posible, para intervenir directamente o a través de instrucciones dadas a personas e instituciones de la Iglesia católica en su favor. En las sesiones de vuestro simposio se han puesto de manifiesto muchas intervenciones que realizó de manera secreta y silenciosa precisamente porque, teniendo en cuenta las situaciones concretas de ese complejo momento histórico, sólo de ese modo era posible evitar lo peor y salvar el mayor número posible de judíos.

De hecho, su entrega valiente y paterna fue reconocida y apreciada durante y después del tremendo conflicto mundial por comunidades y personalidades judías, que no dejaron de manifestar su gratitud por lo que el Papa había hecho por ellos. Basta recordar el encuentro que mantuvo Pío XII, el 29

de noviembre de 1945, con los ochenta delegados de los campos de concentración alemanes, los cuales en una audiencia especial que les concedió en el Vaticano quisieron darle personalmente las gracias por su generosidad con ellos durante el terrible período de la persecución nazi-fascista.

Señoras y señores, gracias por vuestra visita y por el trabajo de investigación que estáis realizando. Agradezco a la *Pave the Way Foundation* la constante acción que desarrolla para fomentar las relaciones y el diálogo entre las diferentes religiones, de manera que ofrezcan un testimonio de paz, de caridad y de reconciliación. Deseo vivamente que este año, en el que se conmemora el 50° aniversario de la muerte de este venerado predecesor mío, brinde la oportunidad de promover estudios más profundos sobre los diferentes aspectos de su persona y actividad, para llegar a conocer juntos la verdad histórica, superando de este modo los prejuicios que aún persisten. Con estos sentimientos invoco sobre vuestras personas y sobre los trabajos de vuestro simposio abundantes bendiciones divinas.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
al Congreso Internacional de la
Confederación Benedictina***

Sala de los Suizos del palacio pontificio de Castelgandolfo. Sábado, 20 de septiembre de 2008

Queridos padres abades; queridas hermanas abadesas:

Con gran alegría os acojo y os saludo con ocasión del congreso internacional que cada cuatro años reúne en Roma a todos los abades de vuestra Confederación y a los superiores de los prioratos independientes, para reflexionar y discutir sobre las modalidades con las cuales encarnar el carisma benedictino en el actual contexto social y cultural, y responder a los desafíos siempre nuevos que plantea al testimonio del Evangelio. Saludo, ante todo, al abad primado dom Notker Wolf y le agradezco las palabras que me ha dirigido en nombre de todos. Saludo, asimismo, al grupo de abadesas, que han venido en representación de la *Communio Internationalis Benedictinarum*, así como a los representantes ortodoxos.

En un mundo desacralizado y en una época marcada por una preocupante cultura del vacío y del “sin sentido”, estáis llamados a anunciar sin componendas el primado de Dios y a realizar propuestas de posibles nuevos itinerarios de evangelización. El compromiso de santificación, personal y comunitaria, que queréis vivir y la oración litúrgica que cultiváis os habilitan para un testimonio de particular eficacia. En vuestros monasterios sois los primeros en renovar y profundizar diariamente el encuentro con la persona de Cristo, a quien tenéis siempre con vosotros como huésped, amigo y compañero. Por eso, vuestros con-

ventos son lugares a donde hombres y mujeres, también en nuestra época, acuden para buscar a Dios y aprender a reconocer los signos de la presencia de Cristo, de su caridad, de su misericordia. Con humilde confianza no os canséis de compartir, con cuantos requieren vuestra asistencia espiritual, la riqueza del mensaje evangélico, que se resume en el anuncio del amor del Padre misericordioso, dispuesto a abrazar en Cristo a toda persona. Así seguiréis dando vuestra valiosa contribución a la vitalidad y a la santificación del pueblo de Dios, según el carisma peculiar de san Benito de Nursia.

Queridos abades y abadesas, sois custodios del patrimonio de una espiritualidad anclada radicalmente en el Evangelio. “*Per ducatum evangelii pergamus itinera eius*”, dice san Benito en el Prólogo de su *Regla*. Precisamente esto os compromete a comunicar y dar a los demás los frutos de vuestra experiencia interior. Conozco y aprecio mucho la generosa y competente obra cultural y formativa que tantos monasterios vuestros llevan a cabo, especialmente en favor de las generaciones jóvenes, creando un clima de acogida fraterna que favorece una singular experiencia de Iglesia. En efecto, es de suma importancia preparar a los jóvenes para afrontar su futuro y responder a las múltiples exigencias de la sociedad teniendo como referencia constante el mensaje evangélico, que siempre es actual, inagotable y vivificante. Por tanto, dedicaos con renovado ardor

apostólico a los jóvenes, que son el futuro de la Iglesia y de la humanidad. En efecto, para construir una Europa “nueva” es necesario comenzar por las nuevas generaciones, ofreciéndoles la posibilidad de aprovechar íntimamente las riquezas espirituales de la liturgia, de la meditación y de la *lectio divina*.

En realidad, esta acción pastoral y formativa es muy necesaria para toda la familia humana. En muchas partes del mundo, especialmente en Asia y África, hay gran necesidad de espacios vitales de encuentro con el Señor, en los cuales, a través de la oración y la contemplación, se recupere la serenidad y la paz consigo mismos y con los demás. Por tanto, con corazón abierto, no dejéis de salir al encuentro de las expectativas de cuantos, también fuera de Europa, expresan el vivo deseo de vuestra presencia y de vuestro apostolado para poder gozar de la riqueza de la espiritualidad benedictina. Dejaos guiar por el íntimo deseo de servir con caridad a todos los hombres, sin distinción de raza o de religión. Con libertad profética y sabio discernimiento, sed presencias significativas dondequiera que la Providencia os llame a estableceros, distinguiéndoos siempre por el equilibrio armonioso de oración y de trabajo que caracteriza vuestro estilo de vida.

Y ¿qué decir de la célebre hospitalidad benedictina? Es una peculiar vocación vuestra, una experiencia plenamente espiritual, humana y cultural. También aquí debe haber equilibrio: el corazón

de la comunidad debe abrirse de par en par, pero los tiempos y los modos de la acogida han de ser bien proporcionados. Así podréis ofrecer a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo la posibilidad de profundizar el sentido de la existencia en el horizonte infinito de la esperanza cristiana, cultivando el silencio interior en la comunión de la Palabra de salvación. Una comunidad capaz de auténtica vida fraterna, fervorosa en la oración litúrgica, en el estudio, en el trabajo, en la disponibilidad cordial hacia el prójimo sediento de Dios constituye el mejor impulso para despertar en el corazón, especialmente de los jóvenes, la vocación monástica y, en general, un fecundo camino de fe.

Quiero dirigir unas palabras en especial a las representantes de las monjas y religiosas benedictinas. Queridas hermanas, también vosotras, como otras familias religiosas, sufrís por la escasez de nuevas vocaciones, sobre todo en algunos países. No os desaniméis; al contrario, afrontad estas dolorosas situaciones de crisis con serenidad y con la convicción de que a cada uno no se le pide tanto el éxito cuanto el compromiso de la fidelidad. Lo que se debe evitar absolutamente es la falta de adhesión espiritual al Señor y a la propia vocación y misión. En cambio, perseverando fielmente en ella, se confiesa con gran eficacia también ante el mundo la firme confianza en el Señor de la historia, en cuyas manos están los tiempos y el destino de las personas, de las instituciones, de los pueblos, y en sus manos

debemos ponernos también por lo que respecta a las actuaciones históricas de sus dones. Haced vuestra la actitud espiritual de la Virgen María, dichosa de ser “*ancilla Domini*”, totalmente disponible a la voluntad del Padre celestial.

Queridos monjes, monjas y religiosas, gracias por esta grata visita. Os acompaño con mi oración, para que en vuestros encuentros de estas jornadas del congreso podáis discernir las modalidades más oportunas para testimoniar visible y claramente, mediante el estilo de vida, el trabajo y la oración, el compromiso de una imitación radical del Señor. Que María santísima sostenga todos vuestros proyectos de bien, os ayude a tener siempre la mirada puesta en Dios, antes que en cualquier otra cosa, y os acompañe maternalmente en vuestro camino.

A la vez que invoco abundantes dones celestiales en apoyo de todos vuestros generosos propósitos, os imparto de corazón a vosotros y a toda la familia benedictina una especial bendición apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los nuevos obispos de los países
de misión que participan en un
Seminario de actualización***

Sala de los Suizos del palacio pontificio de Castelgandolfo. Sábado, 20 de septiembre de 2008

Amadísimos hermanos en el episcopado:

Os acojo con alegría, con ocasión del seminario de actualización organizado por la Congregación para la evangelización de los pueblos. Agradezco vivamente el saludo fraterno que me ha dirigido el prefecto, señor cardenal Ivan Dias, en nombre de todos vosotros. El seminario en el que participáis tiene lugar durante el Año paulino, que estamos celebrando en toda la Iglesia con el fin de profundizar el conocimiento del espíritu misionero y de la personalidad carismática de san Pablo, considerado por todos como el gran Apóstol de los gentiles.

Estoy seguro de que el espíritu de este “maestro de los gentiles en la fe y en la verdad” (1Tm 2,7; cf. 2Tm 1,11) se ha hecho presente en vuestra oración, en vuestras reflexiones y en vuestro intercambio de experiencias, y no dejará de iluminar y enriquecer vuestro ministerio pastoral y episcopal. En la homilía para la inauguración del Año paulino, comentando la expresión “maestro de los gentiles”, hice notar cómo estas palabras se abren al futuro, proyectando el corazón del Apóstol hacia todos los pueblos y hacia todas las generaciones. San Pablo no es para nosotros simplemente una figura del pasado, que recordamos con veneración. Es también *nuestro* maestro, es el apóstol y el heraldo de Jesucristo también para nosotros. Sí, es nuestro maestro y de él debemos aprender a mirar con simpatía a los pueblos a los

que somos enviados. De él debemos aprender también a buscar en Cristo la luz y la gracia para anunciar hoy la buena nueva; debemos seguir su ejemplo para recorrer incansablemente los senderos humanos y geográficos del mundo actual, llevando a Cristo a los que ya le han abierto el corazón y a los que aún no lo han conocido.

En muchos aspectos vuestra vida de pastores se asemeja a la del apóstol san Pablo. A menudo el campo de vuestro trabajo pastoral es muy vasto y sumamente difícil y complejo. Desde el punto de vista geográfico, vuestras diócesis, en su mayor parte, son muy extensas y con frecuencia carecen de caminos y de medios de comunicación. Esto dificulta llegar a los fieles más alejados del centro de vuestras comunidades diocesanas. Además, en vuestras sociedades, como en otras partes, se abate cada vez con mayor violencia el viento de la descristianización, del indiferentismo religioso, de la secularización y de la relativización de los valores. Esto crea un ambiente ante el cual las armas de la predicación pueden parecer, como en el caso de Pablo en Atenas, carentes de la fuerza necesaria. En muchas regiones, los católicos son una minoría, a veces incluso escasa. Esto os compromete a confrontaros con otras religiones mucho más fuertes y no siempre acogedoras con respecto a vosotros. Por último, no faltan situaciones en las que, como pastores, debéis defender a vuestros fieles ante la persecución y ataques violentos.

No tengáis miedo y no os desaniméis por todos estos inconvenientes, a veces incluso serios; al contrario, seguid los consejos y las sugerencias de san Pablo, que tuvo que sufrir mucho por esas mismas causas, como vemos en su *segunda carta a los Corintios*. Al recorrer los mares y las tierras, sufrió persecuciones, azotes e incluso la lapidación; afrontó los peligros de los viajes, el hambre, la sed, ayunos frecuentes, frío y desnudez; trabajó incansablemente viviendo a fondo la preocupación por todas las Iglesias (cf. *2 Co* 11, 24 ss). No huía de las dificultades y los sufrimientos, porque era muy consciente de que forman parte de la cruz que, como cristianos, es necesario llevar cada día. Comprendió a fondo la condición a la que la llamada de Cristo expone al discípulo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (*Mt* 16, 24). Por este motivo, recomendaba a su hijo espiritual y discípulo Timoteo: “Soporta conmigo los sufrimientos por el Evangelio” (*2 Tm* 1, 8), indicando de este modo que la evangelización y su éxito pasan por la cruz y el sufrimiento. San Pablo nos dice a cada uno: “Sufre también tú conmigo por el Evangelio”. El sufrimiento une a Cristo y a los hermanos, y expresa la plenitud del amor, cuya fuente y prueba suprema es la misma cruz de Cristo.

San Pablo llegó a esta convicción tras la experiencia de las persecuciones que tuvo que afrontar al anunciar el Evangelio; pero por este camino des-

cubrió la riqueza del amor de Cristo y la verdad de su misión de Apóstol. En la homilía de la inauguración del Año paulino dije a este propósito: “La verdad que había experimentado en el encuentro con el Resucitado bien merecía la lucha, la persecución y el sufrimiento. Pero lo que lo motivaba en lo más profundo era el hecho de ser amado por Jesucristo y el deseo de transmitir a los demás este amor” (28 de junio de 2008: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 4 de julio de 2008, p.5). Sí, san Pablo fue un hombre “conquistado” (*Flp* 3, 12) por el amor de Cristo, y todo su obrar y sufrir sólo se explican a partir de este centro.

Amadísimos hermanos en el episcopado, estáis en el inicio de vuestro ministerio episcopal. No dudéis en recurrir a este poderoso maestro de la evangelización, aprendiendo de él a amar a Cristo, a sacrificaros al servicio de los demás, a identificaros con los pueblos en medio de los cuales estáis llamados a anunciar el Evangelio, a proclamar y testimoniar su presencia de Resucitado. Para aprender estas lecciones es indispensable invocar con insistencia la ayuda de la gracia de Cristo. San Pablo con frecuencia hace referencia a esta gracia en sus cartas. Vosotros, que como sucesores de los Apóstoles sois continuadores de la misión de san Pablo de llevar el Evangelio a los gentiles, inspiraos en él para comprender vuestra vocación en estrecha dependencia de la luz del Espíritu de Cristo. Él os

guiará por los caminos a menudo arduos, pero siempre apasionantes, de la nueva evangelización. Os acompaño en vuestra misión pastoral con mi oración y con una afectuosa bendición apostólica, que os imparto a cada uno de vosotros y a todos los fieles de vuestras comunidades cristianas.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en un Encuentro
para los nuevos obispos organizado
por las Congregaciones para
los Obispos y para las Iglesias
Orientales***

Sala de los Suizos del palacio pontificio de Castelgandolfo. Lunes, 22 de septiembre de 2008

Queridos hermanos en el episcopado:

Me alegra acogeros al inicio de vuestro ministerio episcopal y os saludo con afecto, consciente del inseparable vínculo colegial que une, mediante el lazo de la unidad, de la caridad y de la paz, al Papa con los obispos. Estos días que estáis pasando en Roma para profundizar en las tareas que os esperan y renovar la profesión de vuestra fe ante la tumba de san Pedro deben constituir también una singular experiencia de la colegialidad que, “basada (...) en la ordenación episcopal y en la comunión jerárquica (...), atañe a la profundidad del ser de cada obispo y pertenece a la estructura de la Iglesia como Jesucristo la ha querido” (*Pastores gregis*, 8).

Esta experiencia de fraternidad, de oración y de estudio junto a la sede de Pedro ha de alimentar en cada uno de vosotros el sentimiento de comunión con el Papa y con vuestros hermanos en el episcopado, y os ha de impulsar a la solicitud por toda la Iglesia. Agradezco al cardenal Giovanni Battista Re las amables palabras con que ha interpretado vuestros sentimientos. Dirijo un saludo particular al cardenal Leonardo Sandri, prefecto de la Congregación para las Iglesias orientales, y a través de vosotros envío un saludo afectuoso a todos los fieles encomendados a vuestra solicitud pastoral.

Este encuentro tiene lugar en el Año paulino y en vísperas de la XII Asamblea general del Sínodo de los obispos sobre la Palabra de Dios: dos momentos significativos de la vida eclesial, que nos ayudan a poner de manifiesto algunos aspectos de la espiritualidad y de la misión del obispo. Quiero detenerme brevemente en la figura de san Pablo.

San Pablo fue un maestro y un modelo sobre todo para los obispos. San Gregorio Magno lo define “el más grande de todos los pastores” (*Regla pastoral*, 1, 8). Como obispos debemos aprender del Apóstol, ante todo, un gran amor a Jesucristo. Desde el momento de su encuentro con el Maestro divino en el camino de Damasco, toda su existencia fue un itinerario de configuración interior y apostólica a él entre las persecuciones y los sufrimientos (cf. *2 Tm* 3, 11). San Pablo se define a sí

mismo un hombre “conquistado por Cristo” (cf. *Flp* 3, 12), hasta el punto de poder decir: “Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (*Ga* 2, 20); y también: “Estoy crucificado con Cristo. (...) La vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (*Ga* 2, 19-20).

El amor de san Pablo a Cristo nos conmueve por su intensidad. Era un amor tan fuerte y tan vivo que lo impulsó a afirmar: “Juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo” (*Flp* 3, 8). El ejemplo del gran Apóstol nos estimula a los obispos a crecer cada día en la santidad de la vida para tener los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo (cf. *Flp* 2, 5).

La exhortación apostólica *Pastores gregis*, hablando del compromiso espiritual del obispo, afirma con claridad que debe ser ante todo “hombre de Dios”, porque no es posible estar al servicio de los hombres sin ser antes “siervo de Dios” (cf. n. 13).

Por consiguiente, el primer compromiso espiritual y apostólico del obispo debe ser precisamente progresar en el camino de la perfección evangélica, en el camino del amor a Jesucristo. Al igual que el apóstol san Pablo, debe estar convencido de que “nuestra capacidad viene de Dios, el cual nos capacitó

para ser ministros de una nueva Alianza” (*2 Co* 3, 5-6). Entre los medios que le ayudan a progresar en la vida espiritual está, ante todo, la Palabra de Dios, que de modo indiscutible debe ocupar el lugar central en la vida y en la misión del obispo. La exhortación apostólica *Pastores gregis* recuerda que “antes de ser transmisor de la Palabra, el obispo, al igual que sus sacerdotes y los fieles, (...) tiene que ser oyente de la Palabra” y añade que “no hay primacía de la santidad sin escucha de la Palabra de Dios, que es guía y alimento de la santidad” (n. 15). Por tanto, queridos obispos, os exhorto a impregnaros cada día de la Palabra de Dios para ser maestros de la fe y auténticos educadores de vuestro fieles; no como los que negocian con esa Palabra, sino como los que, con sinceridad y movidos por Dios y bajo su mirada, hablan de él (cf. *2 Co* 2, 17).

Amadísimos obispos, para afrontar el gran desafío del laicismo propio de la sociedad contemporánea es necesario que el obispo medite cada día la Palabra en la oración, a fin de que pueda ser heraldo eficaz al anunciarla, doctor auténtico al explicarla y defenderla, maestro iluminado y sabio al transmitirla. En la inminencia del inicio de los trabajos de la próxima Asamblea general del Sínodo de los obispos os encomiendo al poder de la Palabra del Señor, para que seáis fieles a las promesas que habéis hecho ante Dios y ante la Iglesia el día de vuestra consagración episcopal, perseverantes en el cumpli-

miento del ministerio que se os ha confiado, fieles al conservar puro e íntegro el depósito de la fe, arraigados en la comunión eclesial juntamente con todo el orden episcopal. Debemos ser siempre conscientes de que la Palabra de Dios garantiza la presencia divina en cada uno de nosotros de acuerdo con las palabras del Señor: “Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (*Jn* 14, 23).

Cuando se os entregó la mitra, el día de vuestra consagración episcopal, se os dijo: “Resplandezca en ti el fulgor de la santidad”. El apóstol san Pablo, con su enseñanza y con su testimonio personal, nos exhorta a crecer en la virtud delante de Dios y de los hombres. El camino de perfección del obispo debe inspirarse en los rasgos característicos del buen Pastor, para que en su rostro y en su obrar los fieles puedan descubrir las virtudes humanas y cristianas que deben caracterizar a todo obispo (cf. *Pastores gregis*, 18).

Al progresar en el camino de la santidad, expresaréis la indispensable autoridad moral y la prudente sabiduría que se requiere a quien está al frente de la familia de Dios. Esa autoridad moral hoy es muy necesaria. Vuestro ministerio sólo será pastoralmente eficaz si se apoya en vuestra santidad de vida: la autoridad del obispo —afirma la exhortación apostólica *Pastores gregis*— nace del testimonio, sin el cual difícilmente los fieles podrán descubrir

en el obispo la presencia activa de Cristo en su Iglesia (cf. n. 43).

Con la consagración episcopal y con la misión canónica se os ha encomendado el oficio pastoral, es decir, el cuidado habitual y diario de vuestras diócesis. El apóstol san Pablo, con las conocidas palabras que dirigió a Timoteo, os indica el camino para ser pastores buenos y autorizados de vuestras Iglesias particulares: “Proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, amenaza, exhorta con toda paciencia y doctrina. (...) Vigila atentamente” (*2 Tm* 4, 2.5). A la luz de estas palabras del Apóstol, no dejéis de comprometeros “no sólo con el consejo, la persuasión y el ejemplo, sino también con la autoridad y la potestad sagrada” (*Lumen gentium*, 27), para hacer que la grey encomendada a vosotros progrese en la santidad y en la verdad. Éste será el modo más adecuado para ejercer en plenitud la paternidad propia del obispo con respecto a los fieles. Tened una solicitud especial por los sacerdotes, vuestros primeros e insustituibles colaboradores en el ministerio, y por los jóvenes.

Estad cerca de los sacerdotes prescindiéndoles la máxima atención. No escatiméis esfuerzos al poner en práctica todas las iniciativas, incluida la de una concreta comunión de vida, que indicó el concilio Vaticano II, gracias a la cual se ayude a los sacerdotes a crecer en la entrega a Cristo y en la fidelidad al ministerio sacerdotal. Procurad promover

una auténtica fraternidad sacerdotal que contribuya a vencer el aislamiento y la soledad, favoreciendo la ayuda mutua. Es importante que todos los sacerdotes sientan la cercanía paterna y la amistad del obispo.

Para construir el futuro de vuestras Iglesias particulares, sed animadores y guías de los jóvenes. La reciente Jornada mundial de la juventud, que tuvo lugar en Sydney, puso una vez más de manifiesto que a numerosos muchachos y jóvenes les fascina el Evangelio y que están dispuestos a comprometerse en la Iglesia. Es necesario que los sacerdotes y los educadores sepan transmitir a las nuevas generaciones, juntamente con el entusiasmo por el don de la vida, el amor a Jesucristo y a la Iglesia. Conscientes de que el seminario es el corazón de la diócesis, entre los jóvenes animad con especial solicitud a los seminaristas. No dejéis de proponer a los muchachos y a los jóvenes la opción de una entrega plena a Cristo en la vida sacerdotal y religiosa. Sensibilizad a las familias, las parroquias, los centros educativos, para que ayuden a las nuevas generaciones a buscar y a descubrir el proyecto de Dios sobre su vida.

Recordándoos una vez más las palabras de san Pablo a Timoteo: “Procura ser para los creyentes modelo en la palabra, en el comportamiento, en la caridad, en la fe, en la pureza” (1 Tm 4, 12) e invocando la ayuda de Dios para vuestro ministerio episcopal, os imparto de corazón una bendición apostóli-

ca especial a cada uno de vosotros y a vuestras diócesis.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
al Centro de Estudios para la
Escuela Católica de la Conferencia
Episcopal Italiana***

Sala de los Suizos del palacio pontificio de Castelgandolfo. Jueves, 25 de septiembre de 2008

Queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Este encuentro tiene lugar con ocasión del décimo aniversario de la fundación del *Centro de estudios para la escuela católica*, instituido por la Conferencia episcopal italiana como expresión de la responsabilidad de los obispos con respecto a la escuela católica, incluidos los centros de formación de inspiración cristiana. Por tanto, es una feliz circunstancia para renovar mi estima y mi aliento por todo lo que se ha hecho hasta ahora en este importante sector de la vida civil y eclesial. Mi más cordial bienvenida a vosotros, queridos hermanos y hermanas aquí presentes, que representáis, en cierto modo, a todos los que en cada nivel —CeI, Usmi, Cism, institutos religiosos educativos, universidades, federaciones, asociaciones, movimientos laicales y demás organizaciones— están al servicio de la escuela católica en Italia. A cada uno

va mi afectuoso saludo y la gratitud de la Iglesia por el valioso servicio que, mediante la escuela católica, se presta a la evangelización de la juventud y del mundo de la cultura.

Dirijo un saludo especial a monseñor Agostino Superbo, vicepresidente de la Conferencia episcopal italiana; a los obispos miembros de la Comisión episcopal para la educación católica, la escuela y la universidad y, especialmente, a su presidente, monseñor Diego Coletti, que se ha hecho intérprete de vuestros sentimientos comunes. Sus palabras me han permitido conocer mejor las metas alcanzadas y las perspectivas que se presentan al Centro de estudios para la escuela católica. Mi saludo va, además, a los participantes en el congreso organizado especialmente para conmemorar este aniversario y que tiene como tema: “Más allá de la emergencia educativa, la escuela católica al servicio de los jóvenes”.

La importancia de la misión de la escuela católica fue reafirmada muchas veces por mis venerados predecesores en varias intervenciones, recogidas en significativos documentos del Episcopado italiano. El documento de la Conferencia episcopal que tiene por título “La escuela católica hoy en Italia” afirma, por ejemplo, que la misión salvífica de la Iglesia se cumple en estrecha unión entre el anuncio de fe y la promoción del hombre, y para este fin encuentra un apoyo particular en la escuela católica que, como instrumento

privilegiado, está orientada a la formación integral del hombre (cf. n. 11). E inmediatamente añade que la “escuela católica es una expresión del derecho de todos los ciudadanos a la libertad de educación, y del correspondiente deber de solidaridad en la construcción de la convivencia civil” (n. 12). Por tanto, en la perspectiva de consolidar juntos la doble conciencia eclesial y civil, el Episcopado italiano vio, hace diez años, la necesidad de fundar un Centro de estudios dedicado a la escuela católica. Para que se elija y aprecie la escuela católica, es preciso que se conozca su finalidad pedagógica; es necesario que se tenga una conciencia madura no sólo de su identidad eclesial y de su proyecto cultural, sino también de su significado civil, que no debe considerarse como defensa de un interés parcial, sino como valiosa contribución a la edificación del bien común de toda la sociedad italiana.

Durante este primer decenio de actividad, vuestro Centro de estudios ha prestado un servicio verdaderamente valioso a la Iglesia y a la sociedad italiana. Esto es mérito de la excelente colaboración que se ha establecido entre la Conferencia episcopal italiana y sus oficinas con las Federaciones y Asociaciones de escuelas católicas, la Facultad de ciencias de la educación de la Pontificia Universidad salesiana, el Ministerio de educación, el Comité técnico-científico, en el que están representadas la Universidad católica del Sagrado Corazón y la Libre Universidad María

Santísima Asunta, y con todos los que, de diversas maneras, han colaborado en sus actividades.

Gracias a esta colaboración constante, el Centro de estudios ha logrado efectuar una radiografía atenta de la situación de la escuela católica en Italia, siguiendo con particular interés las vicisitudes de la equiparación y de las reformas de la escuela en Italia. A este propósito, se ha hecho notar que la asistencia a la escuela católica en algunas regiones de Italia está aumentando con respecto al decenio precedente, aunque persisten situaciones difíciles y a veces incluso críticas. Precisamente en el contexto de la renovación, a la que tienden quienes se preocupan por el bien de los jóvenes y del país, es preciso favorecer la igualdad efectiva entre escuelas estatales y escuelas equiparadas, que permita a los padres una oportuna libertad de elección de la escuela que frecuentar.

Queridos hermanos y hermanas, ciertamente el aniversario que estáis conmemorando es una ocasión propicia para proseguir con renovado entusiasmo el servicio que estáis prestando con provecho. En particular, os aliento a centrar vuestro compromiso, como ya es vuestra intención, en los cinco sectores siguientes: la difusión de una cultura dirigida a cualificar la pedagogía de la escuela católica en orden a la finalidad de la educación cristiana; el estudio atento de la calidad y la recogida de datos sobre la situación de la

escuela católica; el comienzo de nuevas investigaciones para profundizar las emergencias educativas, culturales y organizativas hoy relevantes; la profundización de la cultura de la equiparación, no siempre apreciada, cuando no marcada por interpretaciones equívocas; y el incremento de la colaboración proficua con las Federaciones y Asociaciones de escuelas católicas, en el respeto de las competencias y finalidades recíprocas. Encomiendo vuestra actividad y los proyectos futuros a la intercesión materna de María, Reina de la familia y Sede de la Sabiduría, a la vez que os agradezco esta visita y con afecto os bendigo a todos.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en un Encuentro
Internacional del movimiento
“Retrouvaille”***

Sala de los Suizos del palacio pontificio de Castelgandolfo. Viernes, 26 de septiembre de 2008

Señor cardenal; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Os acojo con alegría hoy, con ocasión del encuentro mundial del movimiento *Retrouvaille*. Os saludo a todos vosotros, esposos y presbíteros, con los responsables internacionales de esta asociación, que desde hace más de treinta años trabaja con gran dedica-

ción al servicio de las parejas en dificultad. En particular, saludo al cardenal Ennio Antonelli, presidente del Consejo pontificio para la familia, y le doy las gracias por sus amables palabras, así como por haberme ilustrado las finalidades de vuestro Movimiento.

Me ha emocionado, queridos amigos, vuestra experiencia, que os pone en contacto con familias marcadas por la crisis del matrimonio. Reflexionando sobre vuestra actividad, he reconocido una vez más el “dedo” de Dios, es decir, la acción del Espíritu Santo, que suscita en la Iglesia respuestas adecuadas a las necesidades y emergencias de cada época. Ciertamente, una emergencia muy viva en nuestros días es la de las separaciones y los divorcios. Por tanto, fue providencial la intuición de los esposos canadienses Guy y Jeannine Beland, en 1977, de ayudar a las parejas en grave crisis a afrontarla a través de un programa específico, que mira a la reconstrucción de sus relaciones, no como alternativa a las terapias psicológicas, sino con un itinerario distinto y complementario. En efecto, vosotros no sois profesionales; sois esposos que a menudo han vivido personalmente las mismas dificultades, las han superado con la gracia de Dios y el apoyo de *Retrouvaille*, y han sentido el deseo y la alegría de poner, a su vez, su experiencia al servicio de los demás. Entre vosotros hay diversos sacerdotes que acompañan a los esposos en su camino, partiendo para ellos la Palabra y el Pan de vida. “Gratis lo recibisteis; dadlo

gratis” (*Mt* 10, 8): a estas palabras de Jesús, dirigidas a sus discípulos, hacéis constantemente referencia.

Como demuestra vuestra experiencia, la crisis conyugal —aquí hablamos de crisis serias y graves— constituye una realidad con dos facetas. Por una parte, especialmente en su fase aguda y más dolorosa, se presenta como un fracaso, como la prueba de que el sueño ha terminado o se ha transformado en una pesadilla y, por desgracia, “ya no hay nada que hacer”. Esta es la faceta negativa. Pero hay otra faceta, a menudo desconocida para nosotros, pero que Dios ve. En efecto, toda crisis —nos lo enseña la naturaleza— es un paso hacia una nueva fase de vida. Pero si en las criaturas inferiores esto sucede automáticamente, en el hombre implica la libertad, la voluntad y, por tanto, una “esperanza mayor” que la desesperación. En los momentos más oscuros, los esposos pierden la esperanza; entonces, es necesario que otros la custodien, un “nosotros”, una compañía de verdaderos amigos que, con el máximo respeto pero también con sincera voluntad de bien, estén dispuestos a compartir algo de su propia esperanza con quien la ha perdido. No de modo sentimental o veleidoso, sino organizado y realista. Así, en el momento de la ruptura, os convertís en la posibilidad concreta para la pareja de tener una referencia positiva en la que confiar en medio de la desesperación. En efecto, cuando la relación degenera, los esposos caen en la soledad, tanto individual como de pareja.

Pierden el horizonte de la comunión con Dios, con los demás y con la Iglesia. Entonces, vuestros encuentros ofrecen el “apoyo” para no extraviarse del todo y para superar gradualmente las dificultades. Me complace pensar en vosotros como custodios de una esperanza mayor para los esposos que la han perdido.

La crisis, pues, como paso hacia el crecimiento. En esta perspectiva se puede leer el relato de las bodas de Caná (cf. *Jn* 2, 1-11). La Virgen María se da cuenta de que los esposos “ya no tienen vino” y se lo dice a Jesús. Esta falta de vino hace pensar en el momento en que, en la vida de la pareja, se termina el amor, se agota la alegría y disminuye bruscamente el entusiasmo del matrimonio. Después de que Jesús transformó el agua en vino, felicitaron al esposo porque —decían— había conservado hasta ese momento “el vino bueno”. Esto significa que el vino de Jesús era mejor que el precedente. Sabemos que este “vino bueno” es símbolo de la salvación, de la nueva alianza nupcial que Jesús vino a realizar con la humanidad. Pero precisamente todo matrimonio cristiano, incluso el más desdichado y vacilante, es sacramento de esta alianza y por eso puede encontrar en la humildad la valentía de pedir ayuda al Señor. Cuando una pareja pasa por dificultades o —como demuestra vuestra experiencia— incluso ya está separada, si se encomienda a María y se dirige a Aquél que hizo de dos “una sola carne”, puede estar segura de que esa crisis será, con la ayuda del Señor, un paso hacia

el crecimiento, y su amor se purificará, madurará y se reforzará. Esto sólo puede hacerlo Dios, que quiere servirse de sus discípulos como de valiosos colaboradores para acercarse a las parejas, escucharlas y ayudarles a redescubrir el tesoro escondido del matrimonio, el fuego que ha quedado enterrado bajo las cenizas. Es él quien reaviva y vuelve a hacer arder la llama; ciertamente, no del mismo modo del enamoramiento, sino de manera diversa, más intensa y profunda: pero siempre la misma llama.

Queridos amigos, que habéis elegido poneros al servicio de los demás en un campo tan delicado, os aseguro mi oración para que vuestro compromiso no se convierta en mera actividad, sino que, en el fondo, siga siendo siempre testimonio del amor de Dios. Vuestro servicio es un servicio “contra corriente”. En efecto, hoy, cuando una pareja entra en crisis, encuentra a muchas personas dispuestas a aconsejar la separación. También a los esposos casados en el nombre del Señor se les propone con facilidad el divorcio, olvidando que el hombre no puede separar lo que Dios ha unido (cf. *Mt* 19, 6; *Mc* 10, 9). Para cumplir vuestra misión, también vosotros necesitáis alimentar continuamente vuestra vida espiritual, poner amor en lo que hacéis para que, en contacto con realidades difíciles, vuestra esperanza no se agote o no se reduzca a una fórmula. Que os ayude en esta delicada obra apostólica la Sagrada Familia de Nazaret, a la que encomiendo vuestro servicio y, especialmente, los casos más

difíciles. María, Reina de la familia, esté junto a vosotros, a la vez que de corazón os imparto la bendición apostólica a vosotros y a todos los miembros del movimiento *Retrouvaille*.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en un Encuentro organizado por el Centro Turístico Juvenil y la Oficina Internacional del Turismo Social

Sala de los Suizos del Palacio Apostólico de Castelgandolfo. Sábado, 27 de septiembre de 2008

Señor cardenal; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos amigos:

Con alegría os acojo y os doy mi cordial bienvenida. Doy las gracias al cardenal Martino, presidente del Consejo pontificio para la pastoral de los emigrantes e itinerantes, por haberme ilustrado las motivaciones de este encuentro y también por haberse hecho intérprete de vuestros sentimientos. Saludo al arzobispo Agostino Marchetto, secretario de dicho dicasterio dedicado a la pastoral de la movilidad humana, al que compete también la atención pastoral al turismo. Mi saludo se extiende a la señora Maria Pia Bertolucci y a monseñor Guido Lucchiari, respectivamente presidenta y consiliario eclesiástico del Centro turístico juvenil (CTG), principal artífice de esta visita,

así como al doctor Norberto Tonini, presidente de la Oficina internacional de turismo social (BITS), que se ha unido a la iniciativa. Un saludo afectuoso a todos vosotros aquí presentes.

Nuestro encuentro tiene lugar con ocasión de la celebración hoy de la *Jornada mundial del turismo*. El tema de este año —*El turismo afronta el desafío del cambio climático*— indica una problemática de gran actualidad, que hace referencia al potencial del sector turístico con respecto al estado del planeta y del bienestar de la humanidad. Vuestras dos instituciones ya están comprometidas en un turismo atento a la promoción integral de la persona, con una visión de sustentabilidad y solidaridad, y esto os convierte en protagonistas cualificados de la obra de custodia y valoración responsable de los recursos de la creación, inmenso don de Dios a la humanidad.

La humanidad tiene el deber de proteger este tesoro y evitar un uso indiscriminado de los bienes de la tierra. En efecto, sin un adecuado límite ético y moral, el comportamiento humano puede transformarse en amenaza y desafío. La experiencia enseña que la gestión responsable de la creación forma parte, o así debería ser, de una economía sana y sostenible del turismo. Al contrario, el uso impropio de la naturaleza y el daño causado a la cultura de las poblaciones locales perjudican al mismo tiempo al turismo. Aprender a respetar el ambiente enseña también a respetar a los demás y a sí mismos.

Ya en 1991, en la encíclica *Centesimus annus*, mi amado predecesor, Juan Pablo II, había denunciado el consumo excesivo y arbitrario de los recursos, recordando que el hombre es colaborador de Dios en la obra de la creación y no puede sustituirlo. Había subrayado, además, cómo la humanidad de hoy debe “ser consciente de sus deberes y de su cometido para con las generaciones futuras” (n. 37).

Por tanto, es necesario, sobre todo en el ámbito del turismo, gran usuario de la naturaleza, que todos tiendan a una gestión equilibrada de nuestro *hábitat*, de la que es nuestra casa común y lo será para todos los que vengan después de nosotros. La degradación ambiental sólo puede frenarse difundiendo una adecuada cultura de comportamiento, que comprenda estilos de vida más sobrios. De ahí la importancia, como recordé recientemente, de educar en *una ética de la responsabilidad* y proceder a “hacer propuestas más constructivas para garantizar el bien de las generaciones futuras” (*Discurso en el Elíseo*, 12 de septiembre de 2008: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 19 de septiembre de 2008, p. 5).

La Iglesia, además, comparte con vuestras instituciones y otras organizaciones análogas el compromiso por la difusión del llamado turismo social, que promueve la participación de los sectores más débiles y puede ser así un valioso instrumento de lucha contra la pobreza y contra numerosas formas de

fragilidad, proporcionando empleos, custodiando los recursos y promoviendo la igualdad. Este turismo constituye un motivo de esperanza en un mundo en el que se han acentuado las distancias entre quienes tienen todo y los que sufren hambre, carestía y sequía. Ojalá que la reflexión suscitada por esta Jornada mundial del turismo, gracias al tema propuesto, logre influir positivamente en el estilo de vida de muchos turistas, de modo que cada uno dé su contribución al bienestar de todos, que, en definitiva, resulta ser el de cada uno.

Por último, dirijo una invitación a los jóvenes para que, a través de estas instituciones vuestras, sostengan y se hagan protagonistas de comportamientos que tiendan al aprecio de la naturaleza y a su defensa, dentro de una correcta perspectiva ecológica, como lo subrayé más de una vez con ocasión de la Jornada mundial de la juventud en Sydney, en julio pasado. También les compete a las nuevas generaciones promover un turismo sano y solidario, que evite el consumismo y el derroche de los recursos de la tierra, para dar cabida a gestos de solidaridad y amistad, de conocimiento y comprensión. De este modo, el turismo puede transformarse en un instrumento privilegiado de educación para la convivencia pacífica. Que Dios os ayude en vuestro trabajo. Por mi parte, os aseguro un recuerdo en la oración, a la vez que con afecto os imparto la bendición apostólica a vosotros aquí presentes, a vuestros seres queridos y a los miembros de vuestras beneméritas instituciones.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en su visita oficial al Presidente de
la República italiana***

Palacio del Quirinal. Sábado, 4 de octubre de 2008

Señor presidente:

Con verdadero placer cruzo nuevamente el umbral de este palacio, donde fui acogido por primera vez pocas semanas después del inicio de mi ministerio de Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal. Entro en su residencia oficial, señor presidente, casa simbólica de todos los italianos, recordando con gratitud la amable visita que usted me hizo en noviembre de 2006 en el Vaticano, inmediatamente después de su elección a la presidencia de la República italiana. Aprovecho esta circunstancia para renovar mi agradecimiento también por el inolvidable y grato don del concierto musical de elevado valor artístico que usted me ofreció el pasado 24 de abril. Por tanto, con profunda gratitud le expreso mi deferente y cordial saludo a usted, señor presidente, a su amable esposa y a todos los que han venido aquí. Mi saludo se dirige de modo especial a las distinguidas autoridades que tienen la misión de guiar el Estado italiano, a las ilustres personalidades aquí presentes, y se extiende a todo el pueblo de Italia, muy querido por mí, heredero de una tradición secular de civilización y de valores cristianos.

Mi visita, la visita del Romano Pontífice al Quirinal, no es sólo un acto

que se inserta en el contexto de las múltiples relaciones entre la Santa Sede e Italia; podríamos decir que asume un valor mucho más profundo y simbólico. En efecto, varios de mis predecesores vivieron aquí y desde aquí gobernaron la Iglesia universal durante más de dos siglos, experimentando también pruebas y persecuciones, como sucedió con los pontífices Pío VI y Pío VII, ambos arrancados con violencia de su sede episcopal y arrastrados al exilio. El Quirinal, que a lo largo de los siglos ha sido testigo de tantas páginas alegres, y de algunas tristes, de la historia del papado conserva muchos signos de la promoción del arte y de la cultura por parte de los Sumos Pontífices.

En cierto momento de la historia, este palacio se convirtió casi en un signo de contradicción, cuando, por una parte, Italia anhelaba convertirse en un Estado unitario y, por otra, la Santa Sede estaba preocupada por conservar su propia independencia como garantía de su misión universal. Un contraste que duró algunos decenios y fue causa de sufrimiento para quienes amaban sinceramente a la patria y a la Iglesia. Me refiero a la compleja “cuestión romana”, resuelta de modo definitivo e irrevocable por parte de la Santa Sede con la firma de los Pactos lateranenses, el 11 de febrero de 1929. A fines de 1939, a diez años del Tratado lateranense, tuvo lugar la primera visita realizada por un pontífice al Quirinal desde 1870. En aquella circunstancia, mi venerado predecesor, el siervo de Dios

Pío XII, de cuya muerte recordamos este mes el 50° aniversario, se expresó así con imágenes casi poéticas: “El Vaticano y el Quirinal, separados por el Tíber, están unidos por el vínculo de la paz con los recuerdos de la religión de los padres y de los antepasados. Las ondas del Tíber han arrastrado y sumergido en los remolinos del mar Tirreno las turbias olas del pasado y han hecho que volvieran a florecer en sus orillas ramos de olivo” (*Discurso*, 28 de diciembre de 1939).

En verdad, hoy se puede afirmar con satisfacción que en la ciudad de Roma conviven pacíficamente y colaboran fructuosamente el Estado italiano y la Sede apostólica. Mi visita confirma también que el Quirinal y el Vaticano no son colinas que se ignoran o se enfrentan rencorosamente; son, más bien, lugares que simbolizan el respeto recíproco de la soberanía del Estado y de la Iglesia, dispuestos a colaborar juntos para promover y servir al bien integral de la persona humana y al desarrollo pacífico de la convivencia social. Ésta es —me complace reafirmarlo— una realidad positiva que se puede comprobar casi a diario en diversos niveles, y que también otros Estados pueden observar para sacar enseñanzas útiles.

Señor presidente, mi visita de hoy tiene lugar el día en que Italia celebra con gran solemnidad a su especial protector, san Francisco de Asís. Precisamente a san Francisco hizo referencia Pío XI, entre otras cosas, al anunciar

la firma de los Pactos lateranenses y, sobre todo, la constitución del Estado de la Ciudad del Vaticano: para aquel Pontífice, la nueva realidad soberana era, como para el *Poverello*, “el cuerpo que bastaba para mantener unida el alma” (*Discurso*, 11 de febrero de 1929). Junto con santa Catalina de Siena, san Francisco fue propuesto por los obispos italianos y confirmado por el siervo de Dios, Pío XII, como patrono celestial de Italia (cf. carta apostólica *Licet commissa*, 18 de junio de 1939, *AAS* 31 [1939] 256-257). A la protección de este gran santo e ilustre italiano el Papa Pacelli quiso encomendar el destino de Italia, en un momento en que sobre Europa se cernían amenazas de guerra, implicando dramáticamente también a vuestro “hermoso país”.

Por tanto, la elección de san Francisco como patrono de Italia tiene su razón de ser en la profunda correspondencia entre la personalidad y la acción del *Poverello* de Asís y la noble nación italiana. Como recordó el siervo de Dios, Juan Pablo II, en su visita al Quirinal, realizada este mismo día de 1985, “difícilmente se podría encontrar otra figura que encarne de modo igualmente rico y armonioso las características propias del genio itálico”. “En un tiempo en el que la constitución de los municipios libres iba suscitando fermentos de renovación social, económica y política, que transformaban desde los fundamentos el viejo mundo feudal —proseguía el Papa Juan Pablo II—, san Francisco

supo elevarse de entre las facciones en lucha, predicando el Evangelio de la paz y del amor, con plena fidelidad a la Iglesia, de la que se sentía hijo, y con total adhesión al pueblo, del que se reconocía parte” (*Discurso*, 4 de octubre de 1985, n. 2: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 13 de octubre de 1985, p. 9).

En este santo, cuya figura atrae a creyentes y no creyentes, podemos ver la imagen de la misión perenne de la Iglesia, también en su relación con la sociedad civil. La Iglesia, en la época actual de profundos y a menudo dolorosos cambios, sigue proponiendo a todos el mensaje de salvación del Evangelio y se compromete a contribuir a la edificación de una sociedad fundada en la verdad y la libertad, en el respeto de la vida y de la dignidad humana, en la justicia y la solidaridad social. Por eso, como recordé en otras circunstancias, “la Iglesia no ambiciona poder, ni pretende privilegios, ni aspira a posiciones de ventaja económica o social. Su único objetivo es servir al hombre, inspirándose, como norma suprema de conducta, en las palabras y en el ejemplo de Jesucristo, que “pasó haciendo el bien y curando a todos” (*Hch* 10, 38)” (*Discurso al nuevo embajador de Italia ante la Santa Sede*, 4 de octubre de 2007: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 19 de octubre de 2007, p. 7).

Para cumplir su misión, la Iglesia debe poder gozar, por doquier y siempre, del derecho de libertad religiosa,

considerado en toda su amplitud. En la Asamblea de las Naciones Unidas, durante este año en que se conmemora el 60° aniversario de la Declaración de derechos humanos, reafirmé que “no se puede limitar la plena garantía de la libertad religiosa al libre ejercicio del culto, sino que se ha de tener en la debida consideración la dimensión pública de la religión y, por tanto, la posibilidad de que los creyentes contribuyan a la construcción del orden social” (*Discurso*, 18 de abril de 2008: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 25 de abril de 2008, p. 11). La Iglesia ofrece de muchas maneras esta contribución a la edificación de la sociedad, al ser un cuerpo con muchos miembros, una realidad al mismo tiempo espiritual y visible, en la que los miembros tienen vocaciones, tareas y funciones diversas. Siente una responsabilidad especial con respecto a las nuevas generaciones, pues hoy es urgente el problema de la educación, clave indispensable para permitir el acceso a un futuro inspirado en los valores perennes del humanismo cristiano. Por tanto, la formación de los jóvenes es una empresa en la que también la Iglesia se siente implicada, juntamente con la familia y la escuela. En efecto, es muy consciente de la importancia que reviste la educación en el aprendizaje de la auténtica libertad, presupuesto necesario para un servicio positivo al bien común. Sólo un serio compromiso educativo permitirá construir una sociedad solidaria, realmente animada por el sentido de la legalidad.

Señor presidente, me complace renovar aquí el deseo de que las comunidades cristianas y las múltiples realidades eclesiales italianas formen a las personas, de modo especial a los jóvenes, también como ciudadanos responsables y comprometidos en la vida civil. Estoy seguro de que los pastores y los fieles seguirán dando su importante contribución para construir, también en estos momentos de incertidumbre económica y social, el bien común del país, así como de Europa y de toda la familia humana, prestando particular atención a los pobres y a los marginados, a los jóvenes que buscan empleo y a los que están en el paro, a las familias y a los ancianos que, con fatiga y empeño, han construido nuestro presente y por eso merecen la gratitud de todos.

Deseo, además, que todos acojan la aportación de la comunidad católica con el mismo espíritu de disponibilidad con que se ofrece. No hay razón para temer una prevaricación en detrimento de la libertad por parte de la Iglesia y de sus miembros, los cuales, por lo demás, esperan que se les reconozca la libertad de no traicionar su propia conciencia iluminada por el Evangelio. Esto será aún más fácil si no se olvida nunca que todos los componentes de la sociedad deben comprometerse, con respeto recíproco, a conseguir en la comunidad el verdadero bien del hombre, del que son muy conscientes el corazón y la mente de la gente italiana, alimentados, desde hace veinte siglos, de cultura impregnada de cristianismo.

Señor presidente, desde este lugar tan significativo, quiero renovar la expresión de mi afecto, más aún, de mi predilección por esta amada nación. Le aseguro mi oración por usted y por todos los italianos e italianas, invocando la protección materna de María, venerada con tanta devoción en todos los rincones de la península y de las islas, de norte a sur, como he podido comprobar también con ocasión de mis visitas pastorales. Al despedirme, hago mía la exhortación que, con tono poético, el beato Juan XXIII, peregrino en Asís en vísperas del concilio Vaticano II, dirigió a Italia: “Tú, amada Italia, en cuyas costas vino a atracar la barca de Pedro —y éste es el principal motivo por el que vienen a ti gentes de todos los lugares, de todo el mundo, a las que sabes acoger con sumo respeto y amor—, conserva el testamento sagrado que te compromete ante el cielo y la tierra” (*Discurso*, 4 de octubre de 1962).

¡Dios proteja y bendiga a Italia y a todos sus habitantes!

***Meditación del Papa, Benedicto XVI,
durante la celebración de la Hora
Tercia en la XII Asamblea General
Ordinaria del Sínodo de los Obispos***

Lunes, 6 de octubre de 2008

*Queridos hermanos en el episcopado;
queridos hermanos y hermanas:*

Al inicio de nuestro Sínodo la liturgia de las Horas nos propone un pasaje del gran Salmo 118 sobre la Palabra de Dios: un elogio de esta Palabra, expresión de la alegría de Israel por poder conocerla y, en ella, poder conocer su voluntad y su rostro. Quiero meditar con vosotros algunos versículos de este pasaje del Salmo.

Comienza así: *"In aeternum, Domine, verbum tuum constitutum est in caelo... Firmasti terram, et permanet"*. Se habla de la solidez de la Palabra. Es sólida, es la verdadera realidad sobre la cual podemos fundar nuestra vida. Recordemos las palabras de Jesús que sigue esas palabras del Salmo: "Los cielos y la tierra pasarán, pero mi palabra no pasará jamás". En realidad, humanamente hablando, la palabra, nuestra palabra humana casi no es nada, es un suspiro. En cuanto es pronunciada, desaparece. Parece que no es nada.

Pero la palabra humana tiene ya una fuerza increíble. Son las palabras que luego crean la historia; son las palabras que dan forma a los pensamientos, los pensamientos de los cuales viene la palabra. Es la palabra que forma la historia, la realidad.

Con mayor razón, la Palabra de Dios es el fundamento de todo, es la verdadera realidad. Y, para ser realistas, debemos contar precisamente con esta realidad. Debemos cambiar nuestra idea de que la materia, las cosas sólidas, que se tocan, serían la realidad más

sólida, más segura. Al final del Sermón de la Montaña, el Señor nos habla de las dos posibilidades de construir la casa de nuestra vida: sobre arena o sobre roca. Sobre arena construye quien construye sólo sobre las cosas visibles y tangibles, sobre el éxito, sobre la carrera, sobre el dinero. Aparentemente estas son las verdaderas realidades. Pero todo esto un día pasará. Lo vemos ahora en la caída de los grandes bancos: este dinero desaparece, no es nada.

Así, todas estas cosas, que parecen la verdadera realidad con la que podemos contar, son realidades de segundo orden. Quien construye su vida sobre estas realidades, sobre la materia, sobre el éxito, sobre todo lo que es apariencia, construye sobre arena. Únicamente la Palabra de Dios es el fundamento de toda la realidad, es estable como el cielo y más que el cielo, es la realidad. Por eso, debemos cambiar nuestro concepto de realismo. Realista es quien reconoce en la Palabra de Dios, en esta realidad aparentemente tan débil, el fundamento de todo. Realista es quien construye su vida sobre este fundamento que permanece siempre. Así, estos primeros versículos del Salmo nos invitan a descubrir qué es la realidad y a encontrar de esta manera el fundamento de nuestra vida, cómo construir la vida.

En el versículo siguiente se lee: *"Omnia serviunt tibi"*. Todas las cosas vienen de la Palabra, son un producto de la Palabra. "Al principio era la Pala-

bra". Al principio el cielo habló. Así, la realidad nace de la Palabra, es "*creatura Verbi*". Todo es creado por la Palabra y todo está llamado a servir a la Palabra. Esto quiere decir que toda la creación, en definitiva, está pensada para crear el lugar de encuentro entre Dios y su criatura, un lugar donde el amor de la criatura responda al amor divino, un lugar en el que se desarrolle la historia del amor entre Dios y su criatura.

"*Omnia serviunt tibi*". La historia de la salvación no es un acontecimiento insignificante, en un planeta pobre, en la inmensidad del universo. No es una cosa mínima, que sucede por casualidad en un planeta perdido. Es el móvil de todo, el motivo de la creación. Todo es creado para que exista esta historia, el encuentro entre Dios y su criatura. En este sentido, la historia de la salvación, la alianza, precede la creación. En el período helenístico, el judaísmo desarrolló la idea de que la *Torá* habría precedido la creación del mundo material. Este mundo material habría sido creado sólo para dar lugar a la *Torá*, a esta Palabra de Dios que crea la respuesta y se convierte en historia de amor.

Aquí aparece ya de forma misteriosa el misterio de Cristo. Es lo que nos dicen las cartas a los Efesios y a los Colosenses: Cristo es el *prototipo*, la primicia de la creación, la idea por la cual es concebido el universo. Él acoge todo. Nosotros entramos en el movimiento del universo cuando nos

unimos a Cristo. Se puede decir que, mientras la creación material es la condición para la historia de la salvación, la historia de la alianza es la verdadera causa del cosmos. Llegamos a las raíces del ser llegando al misterio de Cristo, a su palabra viva, que es el fin de toda la creación. "*Omnia serviunt tibi*". Sirviendo al Señor, realizamos el objetivo del ser, el objetivo de nuestra propia existencia.

Demos ahora un paso más: "*Man-data tua exquisivi*". Nosotros estamos siempre en busca de la Palabra de Dios. Esta Palabra no está simplemente presente en nosotros. Si nos quedamos en la letra, entonces no hemos comprendido realmente la Palabra de Dios. Existe el peligro de que sólo veamos las palabras humanas y no encontremos dentro al verdadero actor, el Espíritu Santo. No encontramos en las palabras la Palabra.

San Agustín, en este contexto, nos recuerda a los escribas y a los fariseos consultados por Herodes en el momento de la llegada de los Magos. Herodes quiere saber dónde debía nacer el Salvador del mundo. Ellos lo saben, dan la respuesta correcta: en Belén. Son grandes especialistas, que conocen todo. Y, sin embargo, no ven la realidad, no conocen al Salvador. San Agustín dice: indican el camino a los demás, pero ellos mismos no se mueven. Éste es un gran peligro también en nuestra lectura de la Escritura: nos quedamos en las palabras humanas, palabras del

pasado, historia del pasado, y no descubrimos el presente en el pasado, el Espíritu Santo que nos habla hoy en las palabras del pasado. De esta manera no entramos en el movimiento interior de la Palabra, que en palabras humanas esconde y abre las palabras divinas. Por esto siempre necesitamos el “*exquisivi*”. Debemos buscar la Palabra en las palabras.

Así pues, la exégesis, la verdadera lectura de la Sagrada Escritura, no es solamente un fenómeno literario, no es sólo la lectura de un texto. Es el movimiento de mi existencia. Es moverse hacia la Palabra de Dios en las palabras humanas. Sólo cuando nos conformamos al misterio de Dios, al Señor que es la Palabra, podemos entrar en el interior de la Palabra, podemos encontrar verdaderamente en palabras humanas la Palabra de Dios. Oremos al Señor para que nos ayude a buscar no sólo con el intelecto, sino con toda nuestra existencia, para encontrar la palabra.

Al final: “*Omni consummationi vidi finem, latum praeceptum tuum nimis*”. Todas las cosas humanas, todas las cosas que nosotros podemos inventar, crear, son finitas. Incluso todas las experiencias religiosas humanas son finitas, muestran un aspecto de la realidad, porque nuestro ser es finito y comprende siempre sólo una parte, algunos elementos: “*latum praeceptum tuum nimis*”. Sólo Dios es infinito. Por eso, también su Palabra es universal y no tiene fronteras. Así pues, al entrar

en la Palabra de Dios, entramos realmente en el universo divino. Salimos de la limitación de nuestras experiencias y entramos en la realidad que es verdaderamente universal. Al entrar en la comunión con la Palabra de Dios, entramos en la comunión de la Iglesia que vive la Palabra de Dios. No entramos en un pequeño grupo, en la regla de un pequeño grupo, sino que salimos de nuestros límites. Salimos hacia el espacio abierto, en la verdadera amplitud de la única verdad, la gran verdad de Dios. Estamos realmente en lo universal.

Así salimos a la comunión de todos los hermanos y hermanas, de toda la humanidad, porque en nuestro corazón se esconde el deseo de la Palabra de Dios, que es una. Por eso, incluso la evangelización, el anuncio del Evangelio, la misión, no son una especie de colonialismo eclesial con el que queremos integrar a los demás en nuestro grupo. Es salir de los límites de cada cultura para entrar en la universalidad que nos relaciona a todos, que une a todos, que nos hace a todos hermanos. Oremos de nuevo para que el Señor nos ayude a entrar realmente en la “amplitud” de su Palabra, de forma que nos abramos al horizonte universal de la humanidad, el que nos une a pesar de todas las diversidades.

Al final, volvemos a un versículo anterior: “*Tuus sum ego: salvum me fac*”. El texto italiano traduce: “Yo soy tuyo”. La Palabra de Dios es como una

escalera con la que podemos subir y, con Cristo, también bajar a la profundidad de su amor. Es una escalera para llegar a la Palabra en las palabras. “Yo soy tuyo”. La palabra tiene un rostro, es persona, Cristo. Antes de que podamos decir “Yo soy tuyo”, él ya nos ha dicho “Yo soy tuyo”. La carta a los Hebreos, citando el Salmo 39, dice: “En cambio, me has preparado un cuerpo... Entonces dije: He aquí que vengo”. El Señor se ha hecho preparar un cuerpo para venir. Con su encarnación dijo: “Yo soy tuyo”. Y en el bautismo me dijo: “Yo soy tuyo”. En la sagrada Eucaristía lo dice siempre de nuevo: “Yo soy tuyo”, para que nosotros podamos responder: “Señor, yo soy tuyo”. En el camino de la Palabra, al entrar en el misterio de su encarnación, de su ser con nosotros, queremos apropiarnos de su ser, queremos expropiarnos de nuestra existencia, dándonos a él que se nos ha dado a nosotros.

“Yo soy tuyo”. Oremos al Señor para poder aprender con toda nuestra existencia a decir estas palabras. Así estaremos en el corazón de la Palabra. Así seremos salvados.

***Intervención del Papa, Benedicto XVI,
durante la XIV Congregación
General en la XII Asamblea General
Ordinaria del Sínodo de los Obispos***

Aula del Sínodo. Martes, 14 de octubre de 2008

Queridos hermanos y hermanas, el trabajo para mi libro sobre Jesús nos ofrece ampliamente la ocasión de ver todo el bien que nos llega de la exégesis moderna, pero también de reconocer sus problemas y sus riesgos. La *Dei Verbum* (n. 12) ofrece dos indicaciones metodológicas para un adecuado trabajo exegético. En primer lugar, confirma la necesidad de la utilización del método histórico-crítico, cuyos elementos esenciales describe brevemente. Esta necesidad es la consecuencia del principio cristiano formulado en el evangelio de san Juan: “*Verbum caro factum est*” (Jn1, 14). El hecho histórico es una dimensión constitutiva de la fe cristiana. La historia de la salvación no es una mitología, sino una verdadera historia y, por tanto, hay que estudiarla con los métodos de la investigación histórica seria.

Sin embargo, esta historia posee otra dimensión, la de la acción divina. En consecuencia la *Dei Verbum* habla de un segundo nivel metodológico necesario para una interpretación correcta de las palabras, que son al mismo tiempo palabras humanas y Palabra divina. El Concilio, siguiendo una regla fundamental para la interpretación de cualquier texto literario, dice que la Escritura se ha de interpretar con el mismo espíritu con que fue escrita y para ello indica tres elementos metodológicos fundamentales cuyo fin es tener en cuenta la dimensión divina, pneumatológica de la Biblia; es decir: 1) Se debe interpretar el texto teniendo presente la

unidad de toda la Escritura; esto hoy se llama exégesis canónica; en los tiempos del Concilio este término no había sido creado aún, pero el Concilio dice lo mismo: es necesario tener presente la unidad de toda la Escritura. 2) También se debe tener presente la tradición viva de toda la Iglesia. 3) Es necesario, por último, observar la analogía de la fe.

Sólo donde se aplican los dos niveles metodológicos, el histórico-crítico y el teológico, se puede hablar de una exégesis teológica, de una exégesis adecuada a este Libro. Mientras que, con respecto al primer nivel la actual exégesis académica trabaja a un altísimo nivel y nos ayuda realmente, no se puede decir lo mismo del otro nivel. A menudo este segundo nivel, el nivel constituido por los tres elementos teológicos indicados por la *Dei Verbum*, casi no existe. Y esto tiene consecuencias bastante graves.

La primera consecuencia de la ausencia de este segundo nivel metodológico es que la Biblia se convierte en un libro sólo del pasado. Se pueden extraer de él consecuencias morales, se puede aprender la historia, pero el libro como tal habla sólo del pasado y la exégesis ya no es realmente teológica, sino que se convierte en pura historiografía, en historia de la literatura. Esta es la primera consecuencia: la Biblia queda como algo del pasado, habla sólo del pasado.

Existe también una segunda consecuencia aún más grave: donde desapa-

rece la hermenéutica de la fe indicada por la *Dei Verbum*, aparece necesariamente otro tipo de hermenéutica, una hermenéutica secularizada, positivista, cuya clave fundamental es la convicción de que lo divino no aparece en la historia humana. Según esta hermenéutica, cuando parece que hay un elemento divino, se debe explicar de dónde viene esa impresión y reducir todo al elemento humano. Por consiguiente, se proponen interpretaciones que niegan la historicidad de los elementos divinos.

Hoy, el llamado *mainstream* de la exégesis en Alemania niega, por ejemplo, que el Señor haya instituido la sagrada Eucaristía y dice que el cuerpo de Jesús permaneció en la tumba. La Resurrección no sería un hecho histórico, sino una visión teológica. Esto sucede porque falta una hermenéutica de la fe: se consolida entonces una hermenéutica filosófica profana, que niega la posibilidad de la entrada y de la presencia real de lo Divino en la historia.

La consecuencia de la ausencia del segundo nivel metodológico es la creación de una profunda brecha entre exégesis científica y *lectio divina*. Precisamente de aquí surge, a veces, cierta perplejidad también en la preparación de las homilías. Cuando la exégesis no es teología, la Escritura no puede ser el alma de la teología y, viceversa, cuando la teología no es esencialmente interpretación de la Escritura en la Iglesia, esta teología ya no tiene fundamento.

Por eso, para la vida y para la misión de la Iglesia, para el futuro de la fe, es absolutamente necesario superar este dualismo entre exégesis y teología. La teología bíblica y la teología sistemática son dos dimensiones de una única realidad, que llamamos teología. Por consiguiente, sería de desear que en una de las *propuestas* se hable de la necesidad de tener presentes en la exégesis los dos niveles metodológicos indicados en el número 12 de la *Dei Verbum*, en donde se habla de la necesidad de desarrollar una exégesis no sólo histórica, sino también teológica. Así pues, será necesario ampliar la formación de los futuros exegetas en este sentido, para abrir realmente los tesoros de la Escritura al mundo de hoy y a todos nosotros.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en un Congreso sobre el tema "Confianza en la razón" con motivo del X Aniversario de la Encíclica Fides et ratio

Sala Clementina. Jueves, 16 de octubre de 2008

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; amables señoras, ilustres señores:

Me alegra encontrarme con vosotros con ocasión del Congreso oportunamente organizado en el décimo aniversario de la encíclica *Fides et ratio*.

Agradezco ante todo a monseñor Rino Fisichella las cordiales palabras que me ha dirigido al inicio de este encuentro. Me complace que en las jornadas de estudio de vuestro Congreso colaboren concretamente la Universidad Lateranense, la Academia pontificia de ciencias y la Conferencia mundial de instituciones universitarias católicas de filosofía. Esa colaboración es siempre deseable, sobre todo cuando se está llamado a dar razón de la propia fe ante los desafíos cada vez más complejos que afrontan los creyentes en el mundo contemporáneo.

A diez años de distancia, una mirada atenta a la encíclica *Fides et ratio* permite percibir con admiración su actualidad perdurable: en ella se revela la clarividente profundidad de mi inolvidable predecesor. En efecto, la encíclica se caracteriza por su gran apertura con respecto a la razón, sobre todo en una época en la que se ha teorizado la debilidad de la razón. Juan Pablo II subraya en cambio la importancia de conjugar la fe y la razón en su relación recíproca, aunque respetando la esfera de autonomía propia de cada una.

La Iglesia, con este magisterio, se ha hecho intérprete de una exigencia emergente en el contexto cultural actual. Ha querido defender la fuerza de la razón y su capacidad de alcanzar la verdad, presentando una vez más la fe como una forma peculiar de conocimiento, gracias a la cual nos abrimos a la verdad de la Revelación (cf. *Fides et*

ratio, 13). En la encíclica se lee que hay que tener confianza en la capacidad de la razón humana y no prefijarse metas demasiado modestas: “La fe mueve a la razón a salir de todo aislamiento y a apostar de buen grado por lo que es bello, bueno y verdadero. Así, la fe se hace abogada convencida y convincente de la razón” (n. 56).

Por lo demás, el paso del tiempo manifiesta cuántos objetivos ha sabido alcanzar la razón, movida por la pasión por la verdad. ¿Quién podría negar la contribución que los grandes sistemas filosóficos han dado al desarrollo de la autoconciencia del hombre y al progreso de las diversas culturas? Éstas, por otra parte, se hacen fecundas cuando se abren a la verdad, permitiendo a cuantos participan en ellas alcanzar objetivos que hacen cada vez más humana la convivencia social. La búsqueda de la verdad da sus frutos sobre todo cuando está sostenida por el amor a la verdad. San Agustín escribió: “Lo que se posee con la mente se tiene conociéndolo, pero ningún bien se conoce perfectamente si no se ama perfectamente” (*De diversis quaestionibus* 35, 2).

Con todo, no podemos ignorar que se ha verificado un deslizamiento desde un pensamiento preferentemente especulativo a uno más experimental. La investigación se ha orientado sobre todo a la observación de la naturaleza tratando de descubrir sus secretos. El deseo de conocer la naturaleza se ha transformado después en la voluntad

de reproducirla. Este cambio no ha sido indoloro: la evolución de los conceptos ha menoscabado la relación entre la *fides* y la *ratio* con la consecuencia de llevar a una y a otra a seguir caminos distintos. La conquista científica y tecnológica, con que la *fides* es cada vez más provocada a confrontarse, ha modificado el antiguo concepto de *ratio*; de algún modo, ha marginado a la razón que buscaba la verdad última de las cosas para dar lugar a una razón satisfecha con descubrir la verdad contingente de las leyes de la naturaleza.

La investigación científica tiene ciertamente su valor positivo. El descubrimiento y el incremento de las ciencias matemáticas, físicas, químicas y de las aplicadas son fruto de la razón y expresan la inteligencia con que el hombre consigue penetrar en las profundidades de la creación. La fe, por su parte, no teme el progreso de la ciencia y el desarrollo al que conducen sus conquistas, cuando estas tienen como fin al hombre, su bienestar y el progreso de toda la humanidad. Como recordaba el desconocido autor de la *Carta a Diogneto*: “Lo que mata no es el árbol de la ciencia, sino la desobediencia. No se tiene vida sin ciencia, ni ciencia segura sin vida verdadera” (XII, 2.4).

Sucede, sin embargo, que no siempre los científicos dirigen sus investigaciones a estos fines. La ganancia fácil, o peor aún, la arrogancia de sustituir al Creador desempeñan, a veces, un papel determinante. Ésta es una forma de *hybris* de la

razón, que puede asumir características peligrosas para la propia humanidad. La ciencia, por otra parte, no es capaz de elaborar principios éticos; puede sólo acogerlos en sí y reconocerlos como necesarios para erradicar sus eventuales patologías. En este contexto, la filosofía y la teología son ayudas indispensables con las que es preciso confrontarse para evitar que la ciencia avance sola por un sendero tortuoso, lleno de imprevistos y no privado de riesgos. Esto no significa en absoluto limitar la investigación científica o impedir a la técnica producir instrumentos de desarrollo; consiste, más bien, en mantener vigilante el sentido de responsabilidad que la razón y la fe poseen frente a la ciencia, para que permanezca en su estela de servicio al hombre.

La lección de san Agustín está siempre llena de significado, también en el contexto actual: “¿A qué llega —se pregunta el santo obispo de Hipona— quien sabe usar bien la razón, sino a la verdad? No es la verdad la que se alcanza a sí misma con el razonamiento, sino que a ella la buscan quienes usan la razón. (...) Confiesa que no eres tú la verdad, porque ella no se busca a sí misma; en cambio, tú no has llegado a ella pasando de un lugar a otro, sino buscándola con la disposición de la mente” (*De vera religione*, 39, 72). Equivale a decir: venga de donde venga la búsqueda de la verdad, permanece como dato que se ofrece y que puede ser reconocido ya presente en la naturaleza. De hecho, la inteligibilidad de la creación no es fruto del esfuerzo del científico,

sino condición que se le ofrece para permitirle descubrir la verdad presente en ella. “El razonamiento no crea estas verdades —continúa san Agustín en su reflexión— sino que las descubre. Por tanto, éstas subsisten en sí antes incluso de ser descubiertas, y una vez descubiertas nos renuevan” (*ib.*, 39, 73). En síntesis, la razón debe cumplir plenamente su recorrido, con su plena autonomía y su rica tradición de pensamiento.

La razón, por otro lado, siente y descubre que, más allá de lo que ya ha alcanzado y conquistado, existe una verdad que nunca podrá descubrir partiendo de sí misma, sino sólo recibir como don gratuito. La verdad de la Revelación no se sobrepone a la alcanzada por la razón; más bien purifica la razón y la exalta, permitiéndole así dilatar sus propios espacios para insertarse en un campo de investigación insondable como el misterio mismo. La verdad revelada, en la “plenitud de los tiempos” (*Ga* 4, 4), tomó el rostro de una persona, Jesús de Nazaret, que trae la respuesta última y definitiva a la pregunta de sentido de todo hombre. La verdad de Cristo, en cuanto toca a cada persona que busca la alegría, la felicidad y el sentido, supera ampliamente cualquier otra verdad que la razón pueda encontrar. Por tanto, en torno al misterio es donde la *fides* y la *ratio* encuentran la posibilidad real de un trayecto común.

En estos días está teniendo lugar el Sínodo de los obispos sobre el tema: “La Palabra de Dios en la vida y en la

misión de la Iglesia”. ¿Cómo no ver la coincidencia providencial de este momento con vuestro Congreso? La pasión por la verdad nos impulsa a volver a entrar en nosotros mismos para captar en el interior del hombre el sentido profundo de nuestra vida. Una filosofía verdadera conducirá de la mano a cada persona para hacerle descubrir cuán fundamental es para su propia dignidad conocer la verdad de la Revelación. Ante esta exigencia de sentido que no da tregua hasta que no desemboca en Jesucristo, la Palabra de Dios revela su carácter de respuesta definitiva. Una Palabra de revelación que se convierte en vida y que pide ser acogida como fuente inagotable de verdad.

A la vez que deseo a cada uno que sienta siempre en sí esta pasión por la verdad y haga cuanto esté a su alcance para satisfacer sus exigencias, quiero aseguraros que sigo con aprecio y simpatía vuestro trabajo, acompañando vuestra investigación también con mi oración. Para confirmar estos sentimientos, de buen grado os imparto a vosotros y a vuestros seres queridos la bendición apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
al Congreso Nacional de la Sociedad
Italiana de cirugía***

Sala Clementina. Lunes, 20 de octubre de 2008

Ilustres señores; amables señoras:

Me alegra acogerlos en esta audiencia especial, que tiene lugar con ocasión del congreso nacional de la Sociedad italiana de cirugía. Dirijo a todos y a cada uno mi cordial saludo, y expreso mi agradecimiento en especial al profesor Gennaro Nuzzo por las palabras con que ha expresado los sentimientos comunes y ha ilustrado los trabajos del Congreso, que tratan sobre un tema de importancia fundamental. Vuestro congreso nacional se ha centrado en esta prometedora y comprometida afirmación: “Por una cirugía que respete al enfermo”. Hoy, en un tiempo de gran progreso tecnológico, se habla con razón de la necesidad de humanizar la medicina, desarrollando los gestos del comportamiento médico que mejor responden a la dignidad de la persona enferma a la que se presta servicio. Vuestra profesión médica y quirúrgica tiene como misión específica perseguir tres objetivos: curar a la persona enferma o al menos intentar influir de forma eficaz en la evolución de la enfermedad; aliviar los síntomas dolorosos que la acompañan, sobre todo cuando está en fase avanzada; y cuidar de la persona enferma en todas sus expectativas humanas.

En el pasado, cuando no se podía frenar el curso del mal y mucho menos curarlo, a menudo se consideraba suficiente aliviar el sufrimiento de la persona enferma. En el siglo pasado el desarrollo de la ciencia y de la técnica quirúrgica permitieron intervenir cada vez con más éxito en la situación del

enfermo. Así la curación, que en muchos casos antes era sólo una posibilidad marginal, hoy es una perspectiva normalmente realizable, hasta el punto de atraer la atención casi exclusiva de la medicina contemporánea.

Sin embargo, con este enfoque se corre un nuevo peligro: el de abandonar al paciente cuando se advierte la imposibilidad de obtener resultados apreciables. En cambio, sigue siendo cierto que, aunque no existan perspectivas de curación, aún se puede hacer mucho por el enfermo: se puede aliviar su sufrimiento, sobre todo acompañándolo en su camino, mejorando en lo posible la calidad de su vida. Esto no se debe subestimar, porque todo paciente, también el incurable, lleva en sí un valor incondicional, una dignidad que es preciso honrar, la cual constituye el fundamento ineludible de cualquier actuación médica. En efecto, el respeto de la dignidad humana exige el respeto incondicional de cada ser humano, nacido o no nacido, sano o enfermo, cualquiera que sea la condición en que se encuentre.

Desde esta perspectiva cobra especial importancia la relación de confianza mutua que se instaura entre médico y paciente. Gracias a esta relación de confianza el médico, escuchando al paciente, puede reconstruir su historia clínica y entender cómo vive su enfermedad. En el contexto de esta relación, gracias a la estima recíproca y compartiendo la búsqueda de objetivos realistas, se puede definir también el plan terapéutico:

un plan que puede llevar a intervenciones audaces para salvar la vida o a la decisión de contentarse con los medios ordinarios que ofrece la medicina.

Cuando el médico se comunica con el paciente directa o indirectamente, de palabra o de cualquier otra forma, ejerce un notable influjo sobre él: puede motivarlo, sostenerlo, movilizarlo e incluso potenciar sus recursos físicos y mentales; o por el contrario, puede debilitarlo y frustrar sus esfuerzos, reduciendo así la misma eficacia de los tratamientos realizados. Por tanto, se debe tender a una verdadera alianza terapéutica con el paciente, haciendo uso de la específica racionalidad clínica que permite al médico darse cuenta de cuál es el modo más adecuado de comunicar con el paciente.

Ésta estrategia de comunicación buscará sobre todo sostener, siempre respetando la verdad de los hechos, la esperanza, elemento esencial del contexto terapéutico. Conviene no olvidar nunca que son precisamente estas cualidades humanas las que, además de la competencia profesional en sentido estricto, aprecia el paciente en el médico. Quiere ser mirado con benevolencia, no sólo examinado; quiere ser escuchado, no sólo sometido a análisis sofisticados; quiere percibir con seguridad que está en la mente y en el corazón del médico que lo cura.

También la insistencia con que hoy se subraya la autonomía individual del

paciente debe orientarse a promover una manera de ver al enfermo que no lo considere como antagonista, sino como colaborador activo y responsable del tratamiento terapéutico. Es necesario mirar con sospecha cualquier tentativa de entrometerse desde fuera en esta delicada relación entre médico y paciente. Por una parte, es innegable que hay que respetar la autodeterminación del paciente, pero sin olvidar que la exaltación individualista de la autonomía acaba por llevar a una lectura no realista, y ciertamente empobrecida, de la realidad humana. Por otra, la responsabilidad profesional del médico debe llevarlo a proponer un tratamiento que busque el verdadero bien del paciente, consciente de que su competencia específica generalmente lo capacita para evaluar la situación mejor que el paciente mismo.

La enfermedad, por otro lado, se manifiesta dentro de una historia humana precisa y se proyecta sobre el futuro del paciente y de su ambiente familiar. En los contextos de la sociedad actual con alta tecnología, el paciente corre el riesgo de ser considerado un mero objeto. En efecto, se encuentra sometido a reglas y prácticas a menudo extrañas a su forma de ser. En nombre de las exigencias de la ciencia, de la técnica y de la organización de la asistencia sanitaria, su estilo de vida habitual se ve alterado. En cambio, es muy importante no separar de la relación terapéutica el contexto existencial del paciente, en particular su familia. Por esto es necesario

promover el sentido de responsabilidad de los familiares con respecto a su ser querido: es un elemento importante para evitar la ulterior alienación que éste, casi inevitablemente, sufre cuando se pone en manos de una medicina de alta tecnología pero que carece de una vibración humana suficiente.

Así pues, sobre vosotros, queridos cirujanos, recae en gran medida la responsabilidad de ofrecer una cirugía verdaderamente respetuosa con la persona del enfermo. Es un deber en sí fascinante, aunque también muy comprometedor. El Papa, precisamente por su misión de pastor, está cerca de vosotros y os sostiene con su oración. Con estos sentimientos, deseándoos pleno éxito en vuestro trabajo, os imparto de buen grado la bendición apostólica a vosotros y a vuestros seres queridos.

***Saludo del Papa, Benedicto XVI,
al final de la comida con los
participantes en la XII Asamblea
General Ordinaria del Sínodo de los
Obispos***

*Atrio de la Sala Pablo VI. Sábado, 25
de octubre de 2008*

*Queridos hermanos en el episcopado y
en el sacerdocio; queridos hermanos y her-
manas:*

El Sínodo está a punto de concluir,
pero el caminar juntos bajo la guía de la

Palabra de Dios continúa. En este sentido, siempre seguimos en “sínodo”, en camino común hacia el Señor bajo la guía de la Palabra de Dios.

El *Instrumentum laboris* hablaba de la polifonía de las Sagradas Escrituras. Y podemos decir que ahora, en las contribuciones de este Sínodo, también hemos oído una bella polifonía de la fe, una sinfonía de la fe, con muchas contribuciones, incluso por parte de los delegados fraternos. Así hemos experimentado realmente la belleza y la riqueza de la Palabra de Dios.

También ha sido una escuela de escucha. Nos hemos escuchado unos a otros. Ha sido una escucha recíproca. Y precisamente escuchándonos unos a otros hemos aprendido mejor a escuchar la Palabra de Dios. Hemos experimentado la verdad de las palabras de san Gregorio Magno: “La Escritura crece con quien la lee”. Sólo a la luz de las diferentes realidades de nuestra vida, sólo en la confrontación con la realidad de cada día, se descubren las potencialidades, las riquezas escondidas de la Palabra de Dios. Vemos que en la confrontación con la realidad se abre de modo nuevo también el sentido de la Palabra que nos es donada en las Sagradas Escrituras.

Así, nos hemos enriquecido realmente. Hemos visto que ninguna meditación, ninguna reflexión científica por sí misma puede sacar de esta Palabra de Dios todos los tesoros, todas las

potencialidades que se descubren sólo en la historia de cada vida.

No sé si el Sínodo ha sido muy interesante o edificante. En todo caso ha sido conmovedor. Nos hemos enriquecido con esta escucha recíproca. Al escuchar a los demás, escuchamos mejor también al Señor mismo. Y en este diálogo del escuchar aprendemos la realidad más profunda, la obediencia a la Palabra de Dios, la conformación de nuestro pensamiento, de nuestra voluntad, al pensamiento y a la voluntad de Dios. Una obediencia que no es ataque a la libertad, sino que desarrolla todas las posibilidades de nuestra libertad.

He llegado ahora al momento del agradecimiento a todos aquellos que han trabajado para el Sínodo. No me atrevo a enumerar a todos y cada uno de los que han actuado, porque seguramente podría olvidar a muchos. No obstante, agradezco a todos el gran trabajo que han realizado: los presidentes delegados, el relator, con su secretario adjunto, todos los relatores, los colaboradores, los técnicos, los expertos, los auditores y las auditoras, de los que hemos aprendido cosas conmovedoras. Gracias cordialmente a todos.

Estoy un poco preocupado porque me parece que hemos violado el derecho humano de algunos al descanso nocturno, así como al descanso del domingo, porque son realmente derechos fundamentales. Debemos reflexionar sobre el modo de mejorar esta situación

en los próximos Sínodos. Quiero ahora dar las gracias también a la empresa que nos ha preparado esta magnífica comida y a todos los que han servido. Gracias por este regalo.

Ahora debemos empezar a elaborar el documento postsinodal con la ayuda de todos estos textos. También ésta será una escuela de escucha. En este sentido, permanecemos juntos, escuchamos todas las voces de los demás. Y vemos que sólo puedo entrar en la riqueza de la Escritura si el otro me la lee. Siempre necesitamos este diálogo, escuchar la Escritura leída por el otro desde su perspectiva, desde su punto de vista, para aprender conjuntamente la riqueza de este don.

A todos os deseo ahora buen viaje y os agradezco todo vuestro trabajo.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, al final de la Misa celebrada con ocasión del 50 Aniversario de la elección a la Cátedra de Pedro del beato Juan XXIII

Basílica Vaticana. Martes, 28 de octubre de 2008

Señor cardenal secretario de Estado; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Me alegra poder compartir con vosotros este homenaje al beato Juan

XXIII, mi amado predecesor, en el aniversario de su elección a la Cátedra de Pedro. Me congratulo con vosotros por la iniciativa y doy gracias al Señor que nos permite revivir el anuncio de “gran alegría” (*gaudium magnum*) que resonó hace cincuenta años en este día y a esta hora desde el balcón de la basílica vaticana.

Fue un preludeo y una profecía de la *experiencia de paternidad* que Dios nos ofrecería abundantemente a través de las palabras, los gestos y el servicio eclesial del Papa Bueno. La gracia de Dios estaba preparando una estación comprometedora y prometedora para la Iglesia y para la sociedad, y encontró en la docilidad al Espíritu Santo, que caracterizó toda la vida de Juan XXIII, la tierra buena para hacer germinar la concordia, la esperanza, la unidad y la paz, para el bien de toda la humanidad. El Papa, Juan XXIII, presentó la fe en Cristo y la pertenencia a la Iglesia, *madre y maestra*, como garantía de fecundo testimonio cristiano en el mundo. Así, en las fuertes contraposiciones de su tiempo, el Papa, Juan XXIII, fue hombre y pastor de paz, que supo abrir en Oriente y en Occidente horizontes inesperados de fraternidad entre los cristianos y de diálogo con todos.

La diócesis de Bérgamo está de fiesta y no podía faltar el encuentro espiritual con su hijo más ilustre, “un hermano convertido en padre por voluntad de nuestro Señor”, como él mismo dijo. Junto a la Confesión del apóstol san

Pedro descansan sus venerados restos mortales. Desde este lugar amado por todos los bautizados, os repite: “Soy José, vuestro hermano”. Habéis venido para reafirmar los vínculos comunes y la fe los abre a una dimensión verdaderamente católica. Por eso, habéis querido encontraros con el Obispo de Roma, que es Padre universal. Os guía vuestro pastor, monseñor Roberto Amadei, acompañado por el obispo auxiliar. Agradezco a monseñor Amadei las amables palabras que me ha dirigido en nombre de todos y expreso a cada uno mi gratitud por el afecto y la devoción que os animan. Me siento alentado por vuestra oración, y os exhorto a seguir el ejemplo y la enseñanza del Papa Juan XXIII, vuestro paisano. El siervo de Dios, Juan Pablo II, lo proclamó beato, reconociendo que las huellas de su santidad de *padre* y de *pastor* seguían resplandeciendo ante toda la familia humana.

En la santa misa presidida por el señor cardenal secretario de Estado, la Palabra de Dios os ha acogido e introducido en la acción de gracias perfecta de Cristo al Padre. En él encontramos a los santos y a los beatos, así como a cuantos nos han precedido en el signo de la fe. Su herencia está en nuestras manos. Un don verdaderamente especial que Dios regaló a la Iglesia con Juan XXIII fue el concilio ecuménico Vaticano II, que él decidió, preparó e inició. Todos estamos comprometidos en acoger de manera adecuada ese don, meditando en sus enseñanzas y

traduciendo en la vida sus indicaciones prácticas. Es lo que vosotros mismos habéis tratado de hacer en estos años, personalmente y como comunidad diocesana.

En particular, recientemente, os habéis comprometido en el Sínodo diocesano, dedicado a la parroquia: en él habéis acudido de nuevo al manantial conciliar para sacar la luz y el calor necesarios para hacer que la parroquia vuelva a ser una articulación viva y dinámica de la comunidad diocesana. En la parroquia se aprende a vivir concretamente la propia fe. Esto permite mantener viva la rica tradición del pasado y proponer nuevamente los valores en un ambiente social secularizado, que con frecuencia resulta hostil o indiferente.

Precisamente, pensando en situaciones de este tipo, el Papa, Juan XXIII, dijo en la encíclica *Pacem in terris*: los creyentes han de ser “como centellas de luz, vivos de amor y levadura para toda la masa. Efecto que será tanto mayor cuanto más estrecha sea la unión de cada alma con Dios” (n. 164). Éste fue el programa de vida del gran Pontífice, y puede convertirse en el ideal de todo creyente y de toda comunidad cristiana que sepa encontrar, en la celebración eucarística, la fuente del amor gratuito, fiel y misericordioso del Crucificado resucitado.

Permitidme aludir en particular a la familia, sujeto central de la vida eclesial, seno de educación en la fe y célula insustituible de la vida social. En este

sentido, el futuro Papa, Juan XXIII, escribía en una carta a sus familiares: “La educación que deja huellas más profundas es siempre la de la casa. Yo he olvidado mucho de lo que he leído en los libros, pero recuerdo muy bien todo lo que aprendí de mis padres y de los ancianos” (20 de diciembre de 1932). En la familia se aprende de modo especial a vivir en la cotidianidad el mandamiento cristiano fundamental del amor. Precisamente por esto la Iglesia atribuye tanta importancia a la familia, que tiene la misión de manifestar por doquier, por medio de sus hijos, “la grandeza de la caridad cristiana, pues no hay nada más adecuado para extirpar las semillas de discordia, no hay nada más eficaz para favorecer la concordia, la justa paz y la unión fraterna de todos” (*Gaudet Mater Ecclesia*, 33).

Para concluir, quiero referirme de nuevo a la parroquia, tema del Sínodo diocesano. Vosotros conocéis la solicitud del Papa, Juan XXIII, por este organismo tan importante en la vida eclesial. Con mucha confianza el Papa Roncalli encomendaba a la parroquia, familia de familias, la tarea de alimentar entre los fieles los sentimientos de comunión y fraternidad. La parroquia, plasmada por la Eucaristía, podrá convertirse —así lo creía él— en levadura de sana inquietud en el generalizado consumismo e individualismo de nuestro tiempo, despertando la solidaridad y abriendo en la fe la mirada del corazón para reconocer al Padre, que es amor gratuito, deseo de compartir con sus hijos su misma alegría.

Queridos amigos, os ha acompañado a Roma la imagen de la Virgen que el Papa, Juan XXIII, recibió como don en su visita a Loreto, pocos días antes de la inauguración del Concilio. Él quiso que la estatua fuera colocada en el seminario episcopal que lleva su nombre en la diócesis natal, y veo con alegría que hay muchos seminaristas entusiasmados con su vocación. Pongo en las manos de la Madre de Dios a todas las familias y las parroquias, proponiéndoles el modelo de la Sagrada Familia de Nazaret: que ellas sean el primer seminario y sepan hacer crecer en su ámbito vocaciones al sacerdocio, a la misión, a la consagración religiosa, a la vida familiar según el Corazón de Cristo.

En una célebre visita durante los primeros meses de su pontificado, el Beato preguntó a quienes lo escuchaban cuál era, según ellos, el sentido de aquel encuentro, y él mismo dio la respuesta: “El Papa ha puesto sus ojos en los vuestros y su corazón junto al vuestro” (en su primera Navidad como Papa, 1958). Pido al Papa, Juan XXIII, que nos conceda experimentar la cercanía de su mirada y de su corazón, para sentirnos verdaderamente *familia de Dios*.

Con estos deseos, imparto de buen grado mi afectuosa bendición apostólica a los peregrinos de Bérgamo, en particular a los de Sotto il Monte, pueblo donde nació el beato Pontífice, que tuve la alegría de visitar hace algunos

años, así como a las autoridades, a los fieles romanos y orientales aquí presentes, y a todos sus seres queridos.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a una delegación del Comité Judío
Internacional para las consultas
interreligiosas***

Jueves, 30 de octubre de 2008

Queridos amigos:

Me alegra dar la bienvenida a esta delegación del Comité judío internacional para las consultas interreligiosas. Desde hace más de treinta años, vuestro Comité y la Santa Sede mantienen contactos regulares y fructíferos, que han contribuido a un entendimiento y aceptación mayores entre católicos y judíos. Aprovecho de buen grado esta ocasión para reafirmar el compromiso de la Iglesia de llevar a la práctica los principios expuestos en la histórica declaración *Nostra aetate* del concilio Vaticano II. Esta Declaración, que condenó firmemente toda forma de antisemitismo, ha constituido tanto un hito en la larga historia de las relaciones entre católicos y judíos, como una invitación a una renovada comprensión teológica de las relaciones entre la Iglesia y el pueblo judío.

Hoy los cristianos son cada vez más conscientes del patrimonio espiritual que comparten con el pueblo de la

Torá, el pueblo elegido por Dios en su misericordia inefable, un patrimonio que impulsa a un aprecio, respeto y amor mutuo mayor (cf. *Nostra aetate*, 4). También a los judíos se les exhorta a descubrir lo que tienen en común con todos los que creen en el Señor, el Dios de Israel, quien se reveló primero a sí mismo a través de su Palabra poderosa y que da la vida. Como nos recuerda el salmista, la Palabra de Dios es lámpara para nuestros pasos, luz en nuestro sendero; nos mantiene vivos y nos da nueva vida (cf. *Sal* 119, 105). Esta Palabra nos impulsa a dar un testimonio común del amor, de la misericordia y de la verdad de Dios. Éste es un servicio vital en nuestro tiempo, amenazado por la pérdida de los valores morales y espirituales que garantizan la dignidad humana, la solidaridad, la justicia y la paz.

En nuestro atormentado mundo, marcado con tanta frecuencia por la pobreza, la violencia y la explotación, el diálogo entre las culturas y las religiones debe considerarse cada vez más como un deber sagrado que incumbe a todos aquellos que están comprometidos en la construcción de un mundo digno del hombre. La capacidad de aceptarnos y respetarnos unos a otros, y de decir la verdad con amor, es esencial para superar diferencias, prevenir incomprendimientos y evitar enfrentamientos inútiles. Como vosotros mismos habéis experimentado a lo largo de los años en los encuentros del Comité internacional de unión, el diálogo sólo es serio y honra-

do cuando respeta las diferencias y reconoce a los otros en su alteridad. Un diálogo sincero necesita tanto apertura como un fuerte sentido de identidad por ambas partes, a fin de enriquecerse mutuamente con los dones del otro.

En los meses pasados, tuve el placer de encontrarme con comunidades judías en Nueva York, en París y aquí en el Vaticano. Doy gracias al Señor por estos encuentros y por el progreso de las relaciones entre católicos y judíos que reflejan. Con este espíritu, por tanto, os animo a perseverar en vuestra importante labor con paciencia y con renovado empeño. Os expreso mis mejores deseos y mi oración por el encuentro que vuestro Comité prepara para el mes próximo en Budapest con una delegación de la Comisión de la Santa Sede para las relaciones religiosas con los judíos, a fin de tratar sobre el tema: “La religión y la sociedad civil hoy”.

Con estos sentimientos, queridos amigos, pido al Todopoderoso que continúe velando sobre vosotros y vuestras familias, y que guíe vuestros pasos por el sendero de la paz.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los profesores y alumnos de
las Universidades Eclesiásticas
Pontificias y Ateneos de Roma***

Basilica de San Pedro. Jueves, 30 de octubre de 2008

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Para mí siempre es motivo de alegría este encuentro tradicional con las universidades eclesásticas romanas al inicio del año académico. Os saludo a todos con gran afecto, comenzando por el señor cardenal Zenon Grocholewski, prefecto de la Congregación para la educación católica, que ha presidido la santa misa y al que agradezco las palabras con las que se ha hecho intérprete de vuestros sentimientos. Me complace saludar a los demás cardenales y prelados presentes, como también a los rectores, a los profesores, a los responsables y a los superiores de los seminarios y de los colegios, y naturalmente a vosotros, queridos estudiantes, que habéis venido a Roma desde distintos países para realizar vuestros estudios.

En este año, en el que celebramos el jubileo bimilenario del nacimiento del apóstol san Pablo, quiero reflexionar brevemente con vosotros en un aspecto de su mensaje que me parece particularmente adecuado para vosotros, estudiosos y estudiantes, y sobre el que hablé también ayer en la catequesis durante la Audiencia general. Me refiero a lo que escribe san Pablo sobre la sabiduría cristiana, de modo particular en su primera *carta a los Corintios*, comunidad en la que habían surgido rivalidades entre los discípulos. El Apóstol afronta el problema de esas divisiones en la comunidad, afirmando que son

un signo de la falsa sabiduría, es decir, de una mentalidad aún inmadura por ser carnal y no espiritual (cf. *1 Co* 3, 1-3). Refiriéndose después a su propia experiencia, san Pablo recuerda a los Corintios que Cristo lo envió a anunciar el Evangelio “no con sabiduría de palabras, para no desvirtuar la cruz de Cristo” (*1 Co* 1, 17).

Partiendo de allí, desarrolla una reflexión sobre la “sabiduría de la cruz”, es decir, sobre la sabiduría de Dios, que se contrapone a la sabiduría de este mundo. El Apóstol insiste en el contraste existente entre las dos sabidurías, de las cuales sólo una es verdadera, la divina, mientras que la otra en realidad es “necedad”. Ahora bien, la novedad sorprendente, que exige ser siempre redescubierta y acogida, es el hecho de que la sabiduría divina, en Cristo, nos ha sido dada, nos ha sido participada. Al final del capítulo 2 de esa Carta, hay una expresión que resume esta novedad y que, precisamente por esto, nunca deja de sorprender. San Pablo escribe: “Ahora tenemos el pensamiento de Cristo” (*1 Co* 2, 16). Esta contraposición entre las dos sabidurías no se ha de identificar con la diferencia entre la teología, por una parte, y la filosofía y las ciencias, por otra. En realidad, se trata de dos posturas fundamentales. La “sabiduría de este mundo” es un modo de vivir y de ver las cosas prescindiendo de Dios y siguiendo las opiniones dominantes, según los criterios del éxito y del poder. La “sabiduría divina” consiste en seguir el pensamiento

de Cristo: es Cristo quien nos abre los ojos del corazón para seguir el camino de la verdad y del amor.

Queridos estudiantes, habéis venido a Roma para profundizar vuestros conocimientos en el campo teológico; y, aunque estudiéis otras materias distintas de la teología, por ejemplo derecho, historia, ciencias humanas, arte, etc., sin embargo la formación espiritual según el pensamiento de Cristo sigue siendo fundamental para vosotros, y ésta es la perspectiva de vuestros estudios. Por eso para vosotros son importantes estas palabras del apóstol san Pablo y las que leemos inmediatamente después, también en la primera *carta a los Corintios*: “¿Quién conoce lo íntimo del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado” (*1 Co* 2, 11-12). Seguimos dentro del esquema de contraposición entre la sabiduría humana y la sabiduría divina. Para conocer y comprender las cosas espirituales es preciso ser hombres y mujeres *espirituales*, porque si se es carnal, se recae inevitablemente en la necedad, aunque uno estudie mucho y sea “docto” y “sutil razonador de este mundo” (cf. *1 Co* 1, 20).

En este texto paulino podemos ver un acercamiento muy significativo a los versículos del Evangelio que narran

la bendición de Jesús dirigida a Dios Padre, porque —dice el Señor— “has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños” (*Mt* 11, 25). Los “sabios” de los que habla Jesús son aquéllos a quienes san Pablo llama “los sabios de este mundo”. En cambio, los “pequeños” son aquéllos a quienes el Apóstol califica de “necios”, “débiles”, “plebeyos y despreciables” para el mundo (*1 Co* 1, 27-28), pero que en realidad, si acogen “la palabra de la cruz” (*1 Co* 1, 18), se convierten en los verdaderos sabios. Hasta el punto de que san Pablo exhorta a quienes se creen sabios según los criterios del mundo a “hacerse necios”, para llegar a ser verdaderamente sabios ante Dios (cf. *1 Co* 3, 18). Ésta no es una actitud anti-intelectual, no es oposición a la “*recta ratio*”. San Pablo, siguiendo a Jesús, se opone a un tipo de soberbia intelectual en la que el hombre, aunque sepa mucho, pierde la sensibilidad por la verdad y la disponibilidad a abrirse a la novedad del obrar divino.

Queridos amigos, esta reflexión paulina no quiere en absoluto llevar a subestimar el empeño humano necesario para el conocimiento, sino que se pone en otro plano: a san Pablo le interesa subrayar —y lo hace con claridad— qué es lo que vale realmente para la salvación y qué, en cambio, puede ocasionar división y ruina. El Apóstol, por tanto, denuncia el veneno de la falsa sabiduría, que es el orgullo humano. En efecto, no es el conocimiento en sí

lo que puede hacer daño, sino la presunción, el “vanagloriarse” de lo que se ha llegado —o se presume haber llegado— a conocer.

Precisamente, de aquí derivan las facciones y las discordias en la Iglesia y, análogamente, en la sociedad. Así pues, se trata de cultivar la sabiduría no según la carne, sino según el Espíritu. Sabemos bien que san Pablo con las palabras “carne, carnal” no se refiere al cuerpo, sino a una forma de vivir sólo para sí mismos y según los criterios del mundo. Por eso, según san Pablo, siempre es necesario purificar el propio corazón del veneno del orgullo, presente en cada uno de nosotros. Por consiguiente, también nosotros debemos gritar como san Pablo: “¿Quién nos librará?” (cf. *Rm* 7, 24). Y también nosotros podemos recibir como él la respuesta: la gracia de Jesucristo, que el Padre nos ha dado mediante el Espíritu Santo (cf. *Rm* 7, 25).

El “pensamiento de Cristo”, que por gracia hemos recibido, nos purifica de la falsa sabiduría. Y este “pensamiento de Cristo” lo acogemos a través de la Iglesia y en la Iglesia, dejándonos llevar por el río de su tradición viva. Lo expresa muy bien la iconografía que representa a Jesús-Sabiduría en el seno de su Madre María, símbolo de la Iglesia: *In gremio Matris sedet Sapientia Patris*: en el regazo de la Madre está la Sabiduría del Padre, es decir, Cristo. Permaneciendo fieles a ese Jesús que María nos ofrece, al Cristo que la Igle-

sia nos presenta, podemos dedicarnos intensamente al trabajo intelectual, libres interiormente de la tentación del orgullo y gloriándonos siempre y sólo en el Señor.

Queridos hermanos y hermanas, éste es el deseo que os expreso al inicio del nuevo año académico, invocando sobre todos vosotros la protección maternal de María, *Sedes Sapientiae*, y del apóstol san Pablo. Que os acompañe también mi afectuosa bendición.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a la Asamblea Plenaria de la
Academia Pontificia de Ciencias***

Sala Clementina. Viernes, 31 de octubre de 2008

Ilustres señoras y señores:

Me alegra saludaros a vosotros, miembros de la Academia pontificia de ciencias, con ocasión de vuestra asamblea plenaria, y agradezco al profesor Nicola Cabibbo las palabras que me ha dirigido amablemente en vuestro nombre.

Con la elección del tema: “Visión científica de la evolución del universo y de la vida”, tratáis de concentraros en un área de investigación que despierta mucho interés. De hecho, hoy muchos de nuestros contemporáneos desean reflexionar sobre el origen fundamen-

tal de los seres, sobre su causa, sobre su fin y sobre el sentido de la historia humana y del universo.

En este contexto se plantean naturalmente cuestiones concernientes a la relación entre la lectura del mundo que hacen las ciencias y la que ofrece la Revelación cristiana. Mis predecesores el Papa, Pío XII, y el Papa, Juan Pablo II, reafirmaron que no hay oposición entre la visión de la creación por parte de la fe y la prueba de las ciencias empíricas. En sus inicios, la filosofía propuso imágenes para explicar el origen del cosmos, basándose en uno o varios elementos del mundo material. Esta génesis no se consideraba una creación, sino más bien una mutación o una transformación. Implicaba una interpretación en cierto modo horizontal del origen del mundo.

Un avance decisivo en la comprensión del origen del cosmos fue la consideración del ser en cuanto ser y el interés de la metafísica por la cuestión fundamental del origen primero o trascendente del ser participado. Para desarrollarse y evolucionar, el mundo primero debe *existir* y, por tanto, haber pasado de la nada al ser. Dicho de otra forma, debe haber sido creado por el primer Ser, que es tal por esencia.

Afirmar que el fundamento del cosmos y de su desarrollo es la sabiduría providente del Creador no quiere decir que la creación sólo tiene que ver con

el inicio de la historia del mundo y la vida. Más bien, implica que el Creador funda este desarrollo y lo sostiene, lo fija y lo mantiene continuamente. Santo Tomás de Aquino enseñó que la noción de creación debe trascender el origen horizontal del desarrollo de los acontecimientos, es decir, de la historia, y en consecuencia todos nuestros modos puramente naturalistas de pensar y hablar sobre la evolución del mundo. Santo Tomás afirmaba que la creación no es ni un movimiento ni una mutación. Más bien, es la relación fundacional y continua que une a la criatura con el Creador, porque él es la causa de todos los seres y de todo lo que llega a ser (cf. *Summa theologiae*, I, q.45, a.3).

“Evolucionar” significa literalmente “desenrollar un rollo de pergamino”, o sea, leer un libro. La imagen de la naturaleza como un libro tiene sus raíces en el cristianismo y ha sido apreciada por muchos científicos. Galileo veía la naturaleza como un libro cuyo autor es Dios, del mismo modo que lo es de la Escritura. Es un libro cuya historia, cuya evolución, cuya “escritura” y cuyo significado “leemos” de acuerdo con los diferentes enfoques de las ciencias, mientras que durante todo el tiempo presupone la presencia fundamental del autor que en él ha querido revelarse a sí mismo.

Esta imagen también nos ayuda a comprender que el mundo, lejos de tener su origen en el caos, se parece

a un libro ordenado: es un cosmos. A pesar de algunos elementos irracionales, caóticos y destructores en los largos procesos de cambio en el cosmos, la materia como tal se puede “leer”. Tiene una “matemática” ínsita. Por tanto, la mente humana no sólo puede dedicarse a una “cosmografía” que estudia los fenómenos mensurables, sino también a una “cosmología” que discierne la lógica interna y visible del cosmos.

Al principio, tal vez, no somos capaces de ver la armonía tanto del todo como de las relaciones entre las partes individuales, o su relación con el todo. Sin embargo, hay siempre una amplia gama de acontecimientos inteligibles, y el proceso es racional en la medida que revela un orden de correspondencias evidentes y finalidades innegables: en el mundo inorgánico, entre microestructuras y macroestructuras; en el mundo orgánico y animal, entre estructura y función; y en el mundo espiritual, entre el conocimiento de la verdad y la aspiración a la libertad. La investigación experimental y filosófica descubre gradualmente estos órdenes; percibe que actúan para mantenerse en el ser, defendiéndose de los desequilibrios y superando los obstáculos. Y, gracias a las ciencias naturales, hemos ampliado mucho nuestra comprensión del lugar único que ocupa la humanidad en el cosmos.

La distinción entre un simple ser vivo y un ser espiritual, que es

capax Dei, indica la existencia del alma intelectual de un sujeto libre y trascendente. Por eso, el magisterio de la Iglesia ha afirmado constantemente que “cada alma espiritual es directamente creada por Dios —no es “producida” por los padres—, y es inmortal” (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 366). Esto pone de manifiesto la peculiaridad de la antropología e invita al pensamiento moderno a explorarla.

Ilustres académicos, deseo concluir recordando las palabras que os dirigió mi predecesor, el Papa Juan Pablo II en noviembre de 2003: “La verdad científica, que es en sí misma participación en la Verdad divina, puede ayudar a la filosofía y a la teología a comprender cada vez más plenamente la persona humana y la revelación de Dios sobre el hombre, una revelación completada y perfeccionada en Jesucristo. Estoy profundamente agradecido, junto con toda la Iglesia, por este importante enriquecimiento mutuo en la búsqueda de la verdad y del bien de la humanidad” (*Discurso a la Academia pontificia de ciencias*, 10 de noviembre de 2003: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 21 de noviembre de 2003, p. 5).

Sobre vosotros, sobre vuestras familias y sobre todas las personas relacionadas con el trabajo de la Academia pontificia de ciencias, invoco de corazón las bendiciones divinas de sabiduría y paz.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a la Renovación Carismática Católica

Viernes 31 de octubre de 2008

Eminencia; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Con mucho gusto os doy mi más cordial bienvenida y os agradezco esta visita con motivo del II Encuentro internacional de obispos que acompañan a las nuevas comunidades de la Renovación carismática católica, del Consejo internacional de la Fraternidad católica de comunidades y asociaciones carismáticas de la Alianza y, por último, de la XIII Conferencia internacional, convocada en Asís, sobre el tema: “Nosotros predicamos a Cristo crucificado, fuerza y sabiduría de Dios” (cf. *1 Co* 1, 23-24), en el que participan las principales comunidades de la Renovación carismática en el mundo. Os saludo a vosotros, queridos hermanos en el episcopado, así como a todos los que trabajáis al servicio de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades. Dirijo un saludo especial al profesor Matteo Calisi, presidente de la Fraternidad católica, que se ha hecho intérprete de vuestros sentimientos.

Como ya he afirmado en otras circunstancias, los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, que han florecido después del concilio Vaticano II, constituyen un don singular del Señor y

un valioso recurso para la vida de la Iglesia. Es preciso acogerlos con confianza y valorarlos en sus diferentes contribuciones que han de ponerse al servicio de la utilidad común de manera ordenada y fecunda. Es de gran interés vuestra reflexión actual sobre el carácter central de Cristo en la predicación, así como sobre la importancia de “los carismas en la vida de la Iglesia particular”, haciendo referencia a la teología paulina, al Nuevo Testamento y a la experiencia de la Renovación carismática.

Lo que vemos en el Nuevo Testamento sobre los carismas, que surgieron como signos visibles de la venida del Espíritu Santo, no es un acontecimiento histórico del pasado, sino una realidad siempre viva: el mismo Espíritu divino, alma de la Iglesia, actúa en ella en todas las épocas, y sus intervenciones, misteriosas y eficaces, se manifiestan en nuestro tiempo de manera providencial. Los movimientos y las nuevas comunidades son como irrupciones del Espíritu Santo en la Iglesia y en la sociedad contemporánea. Entonces podemos decir muy bien que uno de los elementos y de los aspectos positivos de las comunidades de la Renovación carismática católica es precisamente la importancia que en ellas tienen los carismas o dones del Espíritu Santo y su mérito consiste en haber recordado en la Iglesia su actualidad.

El concilio Vaticano II, en varios documentos, hace referencia a los movimientos y a las nuevas comunidades

eclesiales, especialmente en la constitución dogmática *Lumen gentium*, donde se dice: “Los carismas, tanto los extraordinarios como los más sencillos y comunes, por el hecho de que son muy conformes y útiles a las necesidades de la Iglesia, hay que recibirlos con agradecimiento y consuelo” (n. 12). Después, también el *Catecismo de la Iglesia católica* ha subrayado el valor y la importancia de los nuevos carismas en la Iglesia, cuya autenticidad es garantizada por la disponibilidad a someterse al discernimiento de la autoridad eclesiástica (cf. n. 2003). Precisamente por el hecho de que somos testigos de un prometedor florecimiento de movimientos y comunidades eclesiales, es importante que los pastores ejerzan con respecto a ellos un discernimiento prudente, sabio y benévolo.

Deseo de corazón que se intensifique el diálogo entre pastores y movimientos eclesiales en todos los niveles: en las parroquias, en las diócesis y con la Sede apostólica. Sé que se están estudiando formas oportunas para dar reconocimiento pontificio a los nuevos movimientos y comunidades eclesiales, y muchos ya lo han recibido. Los pastores, especialmente los obispos, por el deber de discernimiento que les compete, no pueden desconocer este dato: el reconocimiento o la erección de asociaciones internacionales por parte de la Santa Sede para la Iglesia universal (cf. Congregación para los obispos, Directorio para el ministerio pastoral de los obispos, *Apostolorum Successores*, cap. 4, 8).

Queridos hermanos y hermanas, entre estas nuevas realidades eclesiales reconocidas por la Santa Sede se encuentra también vuestra *Fraternidad católica de comunidades y asociaciones carismáticas de la Alianza*, asociación internacional de fieles, que desempeña una misión específica en el seno de la Renovación carismática católica (cf. Decreto del Consejo pontificio para los laicos, 30 de noviembre de 1990, prot. 1585/S-6//B-SO).

Uno de sus objetivos, según las indicaciones de mi venerado predecesor, Juan Pablo II, consiste en salvaguardar la identidad católica de las comunidades carismáticas y alentarlas a mantener un vínculo estrecho con los obispos y con el Romano Pontífice (cf. Carta autógrafa a la *Fraternidad católica*, 1 de junio de 1998: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 19 de junio de 1998, p. 11). Asimismo, me ha complacido saber que se propone constituir un centro de formación permanente para los miembros y los responsables de las comunidades carismáticas. Esto permitirá a la *Fraternidad católica* desempeñar mejor su propia

misión eclesial orientada a la evangelización, a la liturgia, a la adoración, al ecumenismo, a la familia, a los jóvenes y a las vocaciones de especial consagración; misión que se verá favorecida por el traslado de la sede internacional de la asociación a Roma, para poder mantener un contacto más cercano con el Consejo pontificio para los laicos.

Queridos hermanos y hermanas, la salvaguarda de la fidelidad a la identidad católica y del carácter eclesial de cada una de vuestras comunidades os permitirá dar por doquier un testimonio vivo y operante del profundo misterio de la Iglesia. Y esto promoverá la capacidad de las diferentes comunidades de atraer a nuevos miembros.

Encomiendo los trabajos de vuestros respectivos congresos a la protección de María, Madre de la Iglesia, templo vivo del Espíritu Santo, y a la intercesión de san Francisco y santa Clara de Asís, ejemplos de santidad y de renovación espiritual, mientras os imparto de corazón a vosotros y a todas vuestras comunidades una bendición apostólica especial.

HOMILÍAS

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la inauguración de la XII
Asamblea General Ordinaria del
Sínodo de los Obispos***

*Basilica de San Pablo extramuros.
Domingo, 5 de octubre de 2008*

*Venerados hermanos en el episcopado y en
el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:*

La primera lectura, tomada del libro del profeta Isaías, así como la página del evangelio según san Mateo, han propuesto a nuestra asamblea litúrgica una sugestiva imagen alegórica de la Sagrada Escritura: la imagen de la viña, de la que ya hemos oído hablar los domingos precedentes. El pasaje inicial del relato evangélico hace referencia al “cántico de la viña”, que encontramos en Isaías. Se trata de un canto ambientado en el contexto otoñal de la vendimia: una pequeña obra maestra de la poesía judía, que debía resultar muy familiar a los oyentes de Jesús y gracias a la cual, como gracias a otras referencias de los profetas (cf. *Os* 10, 1; *Jr* 2, 21; *Ez* 17, 3-10; 19, 10-14; *Sal* 79, 9-17), se comprendía bien que la viña indicaba a Israel. Dios dedica a su viña, al pueblo que ha elegido, los mismos cuidados que un esposo fiel reserva a su esposa (cf. *Ez* 16, 1-14; *Ef* 5, 25-33).

Por tanto, la imagen de la viña, junto con la de las bodas, describe el proyecto divino de la salvación y se presenta como una conmovedora alegoría de la alianza de Dios con su pueblo. En el evangelio, Jesús retoma el cántico de Isaías, pero lo adapta a sus oyentes y a la nueva hora de la historia de la salvación. Más que en la viña pone el acento en los viñadores, a quienes los “servidores” del propietario piden, en su nombre, el fruto del arrendamiento. Pero los servidores son maltratados e incluso asesinados.

¿Cómo no pensar en las vicisitudes del pueblo elegido y en la suerte reser-

vada a los profetas enviados por Dios? Al final, el propietario de la viña hace un último intento: manda a su propio hijo, convencido de que, al menos, a él lo escucharán. En cambio, sucede lo contrario: los viñadores lo asesinan precisamente porque es el hijo, es decir, el heredero, convencidos de quedarse fácilmente con la viña. Por tanto, se trata de un salto de calidad con respecto a la acusación de violación de la justicia social, como aparece en el cántico de Isaías. Aquí vemos claramente cómo el desprecio de la orden impartida por el propietario se transforma en desprecio de él: no es una simple desobediencia de un precepto divino, es un verdadero rechazo de Dios: aparece el misterio de la cruz.

Lo que denuncia esta página evangélica interpela nuestro modo de pensar y de actuar. No habla sólo de la “hora” de Cristo, del misterio de la cruz en aquel momento, sino de la presencia de la cruz en todos los tiempos. De modo especial, interpela a los pueblos que han recibido el anuncio del Evangelio. Si contemplamos la historia, nos vemos obligados a constatar a menudo la frialdad y la rebelión de cristianos incoherentes. Como consecuencia de esto, Dios, aun sin faltar jamás a su promesa de salvación, ha tenido que recurrir con frecuencia al castigo.

En este contexto resulta espontáneo pensar en el primer anuncio del Evangelio, del que surgieron comunidades cristianas inicialmente florecientes,

que después desaparecieron y hoy sólo se las recuerda en los libros de historia. ¿No podría suceder lo mismo en nuestra época? Naciones que en otro tiempo eran ricas en fe y en vocaciones ahora están perdiendo su identidad bajo el influjo deletéreo y destructor de una cierta cultura moderna. Hay quien, habiendo decidido que “Dios ha muerto”, se declara a sí mismo “dios”, considerándose el único artífice de su destino, el propietario absoluto del mundo.

Desembarazándose de Dios, y sin esperar de él la salvación, el hombre cree que puede hacer lo que se le antoje y que puede ponerse como la única medida de sí mismo y de su obrar. Pero cuando el hombre elimina a Dios de su horizonte, cuando declara “muerto” a Dios, ¿es verdaderamente más feliz? ¿Se hace verdaderamente más libre? Cuando los hombres se proclaman propietarios absolutos de sí mismos y dueños únicos de la creación, ¿pueden construir de verdad una sociedad donde reinen la libertad, la justicia y la paz? ¿No sucede más bien —como lo demuestra ampliamente la crónica diaria— que se difunden el arbitrio del poder, los intereses egoístas, la injusticia y la explotación, la violencia en todas sus manifestaciones? Al final, el hombre se encuentra más solo y la sociedad más dividida y confundida.

Pero en las palabras de Jesús hay una promesa: la viña no será destruida. Mientras abandona a su suerte a

los viñadores infieles, el propietario no renuncia a su viña y la confía a otros servidores fieles. Esto indica que, si en algunas regiones la fe se debilita hasta extinguirse, siempre habrá otros pueblos dispuestos a acogerla. Precisamente por eso Jesús, citando el salmo 117: “La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular” (v. 22), asegura que su muerte no será la derrota de Dios. Tras su muerte no permanecerá en la tumba; más aún, precisamente lo que parecerá ser una derrota total marcará el inicio de una victoria definitiva. A su dolorosa pasión y muerte en la cruz seguirá la gloria de la resurrección. Entonces, la viña continuará produciendo uva y el dueño la arrendará “a otros labradores que le entreguen los frutos a su tiempo” (*Mt* 21, 41).

La imagen de la viña, con sus implicaciones morales, doctrinales y espirituales aparecerá de nuevo en el discurso de la última Cena, cuando, al despedirse de los Apóstoles, el Señor dirá: “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta; y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto” (*Jn* 15, 1-2). Por consiguiente, a partir del acontecimiento pascual la historia de la salvación experimentará un viraje decisivo, y sus protagonistas serán los “otros labradores” que, injertados como brotes elegidos en Cristo, verdadera vid, darán frutos abundantes de vida eterna (cf. *Oración colecta*). Entre estos “labradores” estamos también

nosotros, injertados en Cristo, que quiso convertirse él mismo en la “verdadera vid”. Pidamos al Señor, que nos da su sangre, que se nos da a sí mismo en la Eucaristía, que nos ayude a “dar fruto” para la vida eterna y para nuestro tiempo.

El mensaje consolador que recogemos de estos textos bíblicos es la certeza de que el mal y la muerte no tienen la última palabra, sino que al final vence Cristo. ¡Siempre! La Iglesia no se cansa de proclamar esta buena nueva, como sucede también hoy, en esta basílica dedicada al Apóstol de los gentiles, el primero en difundir el Evangelio en vastas regiones de Asia menor y Europa. Renovaremos de modo significativo este anuncio durante la XII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos, que tiene como tema: “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”.

Aquí quiero saludaros con afecto cordial a todos vosotros, venerados padres sinodales, y a quienes participáis en este encuentro como expertos, auditores e invitados especiales. Además, me alegra acoger a los delegados fraternos de las otras Iglesias y comunidades eclesiales. Al secretario general del Sínodo de los obispos y a sus colaboradores les expreso la gratitud de todos nosotros por el arduo trabajo que han realizado durante estos meses, así como nuestros buenos deseos ante las fatigas que les esperan en las próximas semanas.

Cuando Dios habla, siempre pide una respuesta; su acción de salvación requiere la cooperación humana; su amor espera correspondencia. Que no suceda jamás, queridos hermanos y hermanas, lo que relata el texto bíblico a propósito de la viña: “Esperó que diese uvas, pero dio agrazones” (*Is* 5, 2). Sólo la Palabra de Dios puede cambiar en profundidad el corazón del hombre; por eso, es importante que tanto los creyentes como las comunidades entren en una intimidad cada vez mayor con ella. La Asamblea sinodal dirigirá su atención a esta verdad fundamental para la vida y la misión de la Iglesia. Alimentarse con la palabra de Dios es para ella la tarea primera y fundamental. En efecto, si el anuncio del Evangelio constituye su razón de ser y su misión, es indispensable que la Iglesia conozca y viva lo que anuncia, para que su predicación sea creíble, a pesar de las debilidades y las pobreza de los hombres que la componen. Sabemos, además, que el anuncio de la Palabra, siguiendo a Cristo, tiene como contenido el reino de Dios (cf. *Mc* 1, 14-15), pero el reino de Dios es la persona misma de Jesús, que con sus palabras y sus obras ofrece la salvación a los hombres de todas las épocas. Es interesante, al respecto, la consideración de san Jerónimo: “El que no conoce las Escrituras no conoce la fuerza de Dios ni su sabiduría. Ignorar las Escrituras significa ignorar a Cristo” (*Prólogo al comentario del profeta Isaías: PL* 24, 17).

En este Año paulino oiremos resonar con particular urgencia el grito del

Apóstol de los gentiles: “¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!” (*1 Co 9, 16*); grito que para todo cristiano se convierte en invitación insistente a ponerse al servicio de Cristo. “La mies es mucha” (*Mt 9, 37*), repite también hoy el Maestro divino: muchos aún no se han encontrado con él y están a la espera del primer anuncio de su Evangelio; otros, a pesar de haber recibido una formación cristiana, han perdido el entusiasmo y sólo conservan un contacto superficial con la Palabra de Dios; y otros se han alejado de la práctica de la fe y necesitan una nueva evangelización. Además, no faltan personas de actitud correcta que se plantean preguntas esenciales sobre el sentido de la vida y de la muerte, preguntas a las que sólo Cristo puede dar respuestas satisfactorias. En esos casos es indispensable que los cristianos de todos los continentes estén preparados para responder a quienes les pidan razón de su esperanza (cf. *1 P 3, 15*), anunciando con alegría la Palabra de Dios y viviendo sin componendas el Evangelio.

Venerados y queridos hermanos, que el Señor nos ayude a interrogarnos juntos, durante las próximas semanas de trabajos sinodales, sobre cómo hacer cada vez más eficaz el anuncio del Evangelio en nuestro tiempo. Todos comprobamos cuán necesario es poner en el centro de nuestra vida la Palabra de Dios, acoger a Cristo como nuestro único Redentor, como Reino de Dios en persona, para hacer que su luz ilumine todos los ámbitos de la humani-

dad: la familia, la escuela, la cultura, el trabajo, el tiempo libre y los demás sectores de la sociedad y de nuestra vida.

Al participar en la celebración eucarística, experimentamos siempre el íntimo vínculo que existe entre el anuncio de la Palabra de Dios y el sacrificio eucarístico: es el mismo Misterio que se ofrece a nuestra contemplación. Por eso “la Iglesia —como puso de relieve el concilio Vaticano II— siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, sobre todo en la sagrada liturgia, y nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo” (*Dei Verbum, 21*). El Concilio concluye con razón: “Como la vida de la Iglesia se desarrolla por la participación asidua del misterio eucarístico, así es de esperar que recibirá nuevo impulso de vida espiritual con la redoblada devoción a la Palabra de Dios, “que dura para siempre”” (*ib.*, 26).

Que el Señor nos conceda acercarnos con fe a la doble mesa de la Palabra y del Cuerpo y la Sangre de Cristo. Que nos obtenga este don María santísima, que “guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón” (*Lc 2, 19*). Que ella nos enseñe a escuchar las Escrituras y a meditarlas en un proceso interior de maduración, que jamás separe la inteligencia del corazón. Que también nos ayuden los santos, en particular el apóstol san Pablo, a quien durante este año estamos descubriendo

cada vez más como intrépido testigo y heraldo de la Palabra de Dios. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Misa de sufragio en el 50º
Aniversario de la muerte del Siervo
de Dios, Pío XII***

Basilica Vaticana. Jueves, 9 de octubre de 2008

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

El pasaje del libro del Sirácida y el prólogo de la primera carta de san Pedro, proclamados como primera y segunda lecturas, nos ofrecen significativos elementos de reflexión en esta celebración eucarística, durante la cual recordamos a mi venerado predecesor, el siervo de Dios, Pío XII. Han transcurrido exactamente cincuenta años desde su muerte, que tuvo lugar en las primeras horas del 9 de octubre de 1958. El Sirácida, como hemos escuchado, ha recordado a todos los que se proponen seguir al Señor que tienen que prepararse para afrontar pruebas, dificultades y sufrimientos. Para no sucumbir a ellos —advierte— se necesita un corazón recto y constante, hacen falta la fidelidad a Dios y la paciencia, unidas a una inflexible determinación de mantenerse en el camino del bien. El sufrimiento afina el corazón del discípulo del Señor, como se purifica el

oro en el fuego. “Todo lo que te sobrevenga, acéptalo —escribe el autor sagrado—; y en las humillaciones sé paciente, porque en el fuego se purifica el oro, y los que agradan a Dios, en el horno de la humillación” (Si 2, 4-5).

San Pedro, por su parte, en el pasaje que hemos escuchado, dirigiéndose a los cristianos de las comunidades de Asia menor que se veían “afligidos con diversas pruebas”, va incluso más allá: les pide que, a pesar de ello, “reboten de alegría” (1 P 1, 6). En efecto, la prueba es necesaria —observa— “a fin de que la calidad probada de vuestra fe, más preciosa que el oro percedero que es probado por el fuego, se convierta en motivo de alabanza, de gloria y de honor, en la revelación de Jesucristo” (1 P 1, 7). Y luego, por segunda vez, los exhorta a rebosar de alegría, incluso a exultar “de alegría inefable y gloriosa” (v. 8). La razón profunda de este gozo espiritual está en el amor a Jesús y en la certeza de su presencia invisible. Él hace inquebrantables la fe y la esperanza de los creyentes, incluso en las fases más complicadas y duras de su existencia.

A la luz de estos textos bíblicos podemos leer la vida terrena del Papa Piacelli y su largo servicio a la Iglesia, que comenzó en 1901 durante el pontificado de León XIII y continuó con san Pío X, Benedicto XV y Pío XI. Estos textos bíblicos nos ayudan sobre todo a comprender cuál fue la fuente de la que sacó valor y paciencia en su minis-

terio pontificio, realizado durante los atormentados años de la segunda guerra mundial y el período siguiente, no menos complejo, de la reconstrucción y de las difíciles relaciones internacionales que pasaron a la historia con el significativo nombre de “guerra fría”.

“*Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam*”. Con esta invocación del Salmo 50 comienza Pío XII su testamento. Y sigue: “Estas palabras, que, consciente de no ser digno y de no estar a la altura, pronuncié en el momento en que acepté, temblando, mi elección a Sumo Pontífice, con mayor fundamento las repito ahora”. En ese momento faltaban dos años para su muerte. Abandonarse en las manos misericordiosas de Dios: esta fue la actitud que cultivó constantemente este venerado predecesor mío, último de los Papas nacidos en Roma y perteneciente a una familia vinculada desde hacía muchos años a la Santa Sede. En Alemania, donde llevó a cabo su misión de nuncio apostólico, primero en Munich y luego en Berlín hasta 1929, dejó tras de sí un grato recuerdo, sobre todo por haber colaborado con Benedicto XV en el intento de detener “la inútil matanza” de la gran guerra, y por haber percibido desde el principio el peligro que constituía la monstruosa ideología nacionalsocialista con su perniciosa raíz antisemita y anticatólica. Creado cardenal en diciembre de 1929, y nombrado poco después secretario de Estado, durante nueve años fue fiel colaborador de Pío XI, en una

época marcada por los totalitarismos: el fascista, el nazi y el comunista soviético, condenados respectivamente en las encíclicas *Non abbiamo bisogno*, *Mit brennender Sorge* y *Divini Redemptoris*.

“El que escucha mi palabra y cree (...) tiene vida eterna” (*Jn* 5, 24). Esta afirmación de Jesús, que hemos escuchado en el Evangelio, nos hace pensar en los momentos más duros del pontificado de Pío XII cuando, al darse cuenta de que fallaban todas las certezas humanas, sentía gran necesidad, también mediante un constante esfuerzo ascético, de adherirse a Cristo, única certeza que no falla. La Palabra de Dios se convertía así en luz de su camino, un camino en el que el Papa Pacelli consoló a desplazados y perseguidos, tuvo que secar lágrimas de dolor y llorar las innumerables víctimas de la guerra. Sólo Cristo es verdadera esperanza del hombre; sólo confiando en él el corazón humano puede abrirse al amor que vence al odio.

Esta certeza acompañó a Pío XII en su ministerio de Sucesor de Pedro, ministerio que comenzó precisamente cuando se adensaban sobre Europa y sobre el resto del mundo las nubes amenazadoras de una nueva guerra mundial, que intentó evitar por todos los medios: “El peligro es inminente, pero todavía hay tiempo. Con la paz, nada está perdido. Todo puede perderse con la guerra”, exclamó en su mensaje por radio del 24 de agosto de 1939 (*AAS*, XXXI, 1939, p. 334).

La guerra puso de relieve el amor que albergaba por su “Roma amada”, un amor testimoniado por la intensa obra de caridad que promovió en defensa de los perseguidos, sin distinción alguna de religión, etnia, nacionalidad o ideología política. Cuando, tras la ocupación de la ciudad, le aconsejaron repetidas veces que dejara el Vaticano para ponerse a salvo, su respuesta fue siempre idéntica y decidida: “No dejaré Roma y mi puesto, aunque tuviese que morir” (cf. *Summarium*, p. 186). Los familiares y otros testigos hablaron también de privaciones de alimento, calefacción, ropa y comodidades, a las que se sometió voluntariamente para compartir las condiciones de la gente duramente probada por los bombardeos y las consecuencias de la guerra (cf. A. Tornielli, *Pío XII, Un uomo sul trono di Pietro*). Y ¿cómo olvidar el mensaje navideño pronunciado por radio en diciembre de 1942? Con la voz quebrada por la emoción deploró la situación de los “centenares de miles de personas, las cuales, sin culpa alguna, a veces sólo por razones de nacionalidad o raza, están destinadas a la muerte o a un progresivo deterioro” (*AAS*, XXXV, 1943, p. 23), con una clara referencia a la deportación y al exterminio perpetrado contra los judíos.

A menudo actuó de manera secreta y silenciosa, precisamente porque, consciente de las situaciones concretas de ese complejo momento histórico, intuía que sólo de ese modo se podía evitar lo peor y salvar el mayor número

posible de judíos. Debido a estas intervenciones, recibió numerosos y unánimes testimonios de gratitud al final de la guerra, así como en el momento de su muerte, de las más altas autoridades del mundo judío, como, por ejemplo, de la ministra de Asuntos exteriores de Israel Golda Meir, que escribió lo siguiente: “Cuando el martirio más espantoso golpeó a nuestro pueblo, durante los diez años de terror nazi, la voz del Pontífice se elevó en favor de las víctimas”, y concluyó con emoción: “Nosotros lloramos la pérdida de un gran servidor de la paz”.

Lamentablemente, el debate histórico, no siempre sereno, sobre la figura del siervo de Dios, Pío XII, ha descuidado algunos aspectos de su poliédrico pontificado. Fueron muchísimos los discursos, las alocuciones y los mensajes que dirigió a científicos, médicos y exponentes de los más variados grupos profesionales, algunos de los cuales conservan todavía hoy una extraordinaria actualidad y siguen siendo un punto seguro de referencia. Pablo VI, que fue su fiel colaborador durante muchos años, lo describió como un erudito, un estudioso atento, abierto a los modernos caminos de la investigación y de la cultura, con una fidelidad siempre firme y coherente tanto a los principios de la racionalidad humana como al intangible depósito de las verdades de la fe. Lo consideraba un precursor del concilio Vaticano II (cf. *Ángelus* del 10 de marzo de 1974).

En esta perspectiva, muchos documentos suyos merecerían ser recordados, pero me limito a citar sólo algunos. Con la encíclica *Mystici Corporis*, publicada el 29 de junio de 1943 mientras la guerra aún arreciaba, él describía las relaciones espirituales y visibles que unen a los hombres con el Verbo encarnado y proponía incluir en esa perspectiva todos los temas principales de la eclesiología, ofreciendo por primera vez una síntesis dogmática y teológica, que sería la base de la constitución dogmática conciliar *Lumen gentium*.

Pocos meses después, el 20 de septiembre de 1943, con la encíclica *Divino afflante Spiritu* estableció las normas doctrinales para el estudio de la Sagrada Escritura, poniendo de relieve su importancia y su papel en la vida cristiana. Se trata de un documento que testimonia una gran apertura a la investigación científica de los textos bíblicos. ¿Cómo no recordar esta encíclica mientras se están desarrollando los trabajos del Sínodo que tiene como tema precisamente: “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”? Se debe a la intuición profética de Pío XII la puesta en marcha de un serio estudio de las características de la historiografía antigua, para comprender mejor la naturaleza de los libros sagrados, sin debilitar ni negar su valor histórico. Un estudio profundo de los “géneros literarios”, cuya finalidad era comprender mejor lo que el autor sagrado quiso decir, hasta el año 1943 se miraba con cierta sospecha, debido

entre otras razones a los abusos que se habían producido.

La encíclica reconocía su justa aplicación, declarando legítimo su uso no sólo para el estudio del Antiguo Testamento, sino también del Nuevo. “Hoy, además, este arte —explicó el Papa— que suele llamarse crítica textual y en las ediciones de los autores profanos se emplea con gran aprobación y también con frutos, se aplica con pleno derecho a los Libros sagrados precisamente por la reverencia debida a la Palabra de Dios”. Y añade: “El objetivo de ese arte es devolver al texto sagrado, con la mayor precisión posible, su contenido originario, limpiándolo de las deformaciones introducidas por los errores de los copistas y liberándolo de las glosas y lagunas, de la trasposición de palabras, de las repeticiones y de otros defectos de todo género, que en los escritos transmitidos a mano durante muchos siglos suelen infiltrarse” (AAS, XXXV, 1943, p. 336).

La tercera encíclica que quiero mencionar es la *Mediator Dei*, dedicada a la liturgia, publicada el 20 de noviembre de 1947. Con este documento el siervo de Dios impulsó el movimiento litúrgico, insistiendo en el “elemento esencial del culto”, que “debe ser el interior: de hecho, —escribió— es necesario vivir siempre en Cristo, dedicarse por completo a él, para que en él, con él y por él se dé gloria al Padre. La sagrada liturgia requiere que estos dos elementos estén íntimamente unidos. (...) De otra for-

ma, la religión se convierte en un formalismo sin fundamento y sin contenido”.

Además, no podemos menos de mencionar el impulso notable que este Pontífice dio a la actividad misionera de la Iglesia con las encíclicas *Evangelii praecones* (1951) y *Fidei donum* (1957), poniendo de relieve el deber de toda comunidad de anunciar el Evangelio a las gentes, como el concilio Vaticano II hará con valiente vigor. Por lo demás, el Papa Pacelli demostró su amor a las misiones desde el inicio de su pontificado cuando, en octubre de 1939, quiso consagrar personalmente a doce obispos de países de misión, entre los cuales un indio, un chino, un japonés, el primer obispo africano y el primer obispo de Madagascar. Una de sus constantes preocupaciones pastorales fue, por último, la promoción del papel de los laicos, para que la comunidad eclesial pudiera aprovechar todos los recursos y las energías disponibles. También por este motivo la Iglesia y el mundo le están agradecidos.

Queridos hermanos y hermanas, mientras oramos para que continúe felizmente la causa de beatificación del siervo de Dios, Pío XII, conviene recordar que la santidad fue su ideal, un ideal que propuso siempre a todos. Por eso impulsó las causas de beatificación y de canonización de personas pertenecientes a pueblos diversos, representantes de todos los estados de vida, funciones y profesiones, reservando un gran espacio a las mujeres.

Y precisamente indicó a María, la Mujer de la salvación, como signo de esperanza cierta para la humanidad cuando proclamó el dogma de la Asunción durante el Año santo de 1950. En este mundo que, como entonces, está afligido por preocupaciones y angustias por su futuro; en este mundo, donde, tal vez más que entonces, el alejamiento de muchos de la verdad y de la virtud deja entrever unos escenarios privados de esperanza, Pío XII nos invita a dirigir nuestra mirada a María elevada a la gloria celestial. Nos invita a invocarla con confianza, para que nos haga apreciar cada vez más el valor de la vida en la tierra y nos ayude a fijar la mirada en la meta verdadera a la que todos estamos destinados: la vida eterna que, como asegura Jesús, posee ya quien escucha y sigue su palabra. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Misa conclusiva de la XII
Asamblea General Ordinaria del
Sínodo de los Obispos***

Basilica Vaticana. Domingo, 26 de octubre de 2008

Hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

La Palabra del Señor, que se acaba de proclamar en el Evangelio, nos ha recordado que el amor es el compendio de toda la Ley divina. El evange-

lista san Mateo narra que los fariseos, después de que Jesús respondiera a los saduceos dejándolos sin palabras, se reunieron para ponerlo a prueba (cf. *Mt* 22, 34-35). Uno de ellos, un doctor de la ley, le preguntó: “Maestro, ¿cuál es el mandamiento mayor de la Ley?” (*Mt* 22, 36). La pregunta deja adivinar la preocupación, presente en la antigua tradición judaica, por encontrar un principio unificador de las diversas formulaciones de la voluntad de Dios. No era una pregunta fácil, si tenemos en cuenta que en la Ley de Moisés se contemplan 613 preceptos y prohibiciones. ¿Cómo discernir, entre todos ellos, el mayor? Pero Jesús no titubea y responde con prontitud: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el mayor y el primer mandamiento” (*Mt* 22, 37-38).

En su respuesta, Jesús cita el *Shemá*, la oración que el israelita piadoso reza varias veces al día, sobre todo por la mañana y por la tarde (cf. *Dt* 6, 4-9; 11, 13-21; *Nm* 15, 37-41): la proclamación del amor íntegro y total que se debe a Dios, como único Señor. Con la enumeración de las tres facultades que definen al hombre en sus estructuras psicológicas profundas: corazón, alma y mente, se pone el acento en la totalidad de esta entrega a Dios. El término, *diánoia*, contiene el elemento racional. Dios no es solamente objeto del amor, del compromiso, de la voluntad y del sentimiento, sino también del intelecto, que por tanto no debe ser

excluido de este ámbito. Más aún, es precisamente nuestro pensamiento el que debe conformarse al pensamiento de Dios.

Sin embargo, Jesús añade luego algo que, en verdad, el doctor de la ley no había pedido: “El segundo es semejante a este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (*Mt* 22, 39). El aspecto sorprendente de la respuesta de Jesús consiste en el hecho de que establece una relación de semejanza entre el primer mandamiento y el segundo, al que define también en esta ocasión con una fórmula bíblica tomada del código levítico de santidad (cf. *Lv* 19, 18). De esta forma, en la conclusión del pasaje los dos mandamientos se unen en el papel de principio fundamental en el que se apoya toda la Revelación bíblica: “De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas” (*Mt* 22, 40).

La página evangélica sobre la que estamos meditando subraya que ser discípulos de Cristo es poner en práctica sus enseñanzas, que se resumen en el primero y mayor de los mandamientos de la Ley divina, el mandamiento del amor. También la primera Lectura, tomada del libro del Éxodo, insiste en el deber del amor, un amor testimoniado concretamente en las relaciones entre las personas: tienen que ser relaciones de respeto, de colaboración, de ayuda generosa. El prójimo al que debemos amar es también el forastero, el huérfano, la viuda y el indigente, es decir, los ciudadanos que no tienen ningún “de-

fensor”. El autor sagrado se detiene en detalles particulares, como en el caso del objeto dado en prenda por uno de estos pobres (cf. *Ex 22, 25-26*). En este caso es Dios mismo quien se hace cargo de la situación de este prójimo.

En la segunda Lectura podemos ver una aplicación concreta del mandamiento supremo del amor en una de las primeras comunidades cristianas. San Pablo, escribiendo a los Tesalonicenses, les da a entender que, aunque los conozca desde hace poco, los aprecia y los lleva con cariño en su corazón. Por este motivo los señala como “modelo para todos los creyentes de Macedonia y de Acaya” (*1 Ts 1, 7*). Por supuesto, no faltan debilidades y dificultades en aquella comunidad fundada hacía poco tiempo, pero el amor todo lo supera, todo lo renueva, todo lo vence: el amor de quien, consciente de sus propios límites, sigue dócilmente las palabras de Cristo, divino Maestro, transmitidas a través de un fiel discípulo suyo.

“Vosotros seguisteis nuestro ejemplo y el del Señor —escribe san Pablo—, acogiendo la Palabra en medio de grandes pruebas”. “Partiendo de vosotros —prosigue el Apóstol—, ha resonado la Palabra del Señor y vuestra fe en Dios se ha difundido no sólo en Macedonia y en Acaya, sino por todas partes” (*1 Ts 1, 6.8*). La lección que sacamos de la experiencia de los Tesalonicenses, experiencia que en verdad se realiza en toda auténtica comunidad cristiana, es que el amor al prójimo

nace de la escucha dócil de la Palabra divina. Es un amor que acepta también pruebas duras por la verdad de la Palabra divina; y precisamente así crece el amor verdadero y la verdad brilla con todo su esplendor. ¡Qué importante es, por tanto, escuchar la Palabra y encarnarla en la existencia personal y comunitaria!

En esta celebración eucarística, con la que concluyen los trabajos sinodales, advertimos de manera singular el especial vínculo que existe entre la *escucha amorosa de la Palabra de Dios* y el *servicio desinteresado a los hermanos*. ¡Cuántas veces, durante los días pasados, hemos escuchado experiencias y reflexiones que ponen de relieve la necesidad, hoy cada vez mayor, de escuchar más íntimamente a Dios, de conocer más profundamente su Palabra de salvación, de compartir más sinceramente la fe que se alimenta constantemente en la mesa de la Palabra divina!

Queridos y venerados hermanos, gracias por la contribución que cada uno de vosotros ha dado a la profundización del tema del Sínodo: “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”. Os saludo a todos con afecto. Dirijo un saludo especial a los señores cardenales presidentes delegados del Sínodo y al secretario general, a quienes agradezco su constante dedicación. Os saludo a vosotros, queridos hermanos y hermanas, que habéis venido de todos los continentes aportando vuestra enriquecedora experiencia.

Cuando regreséis a casa, transmitid a todos el saludo afectuoso del Obispo de Roma. Saludo a los delegados fraternos, a los expertos, a los auditores y a los invitados especiales, a los miembros de la Secretaría general del Sínodo y a los que se han ocupado de las relaciones con la prensa.

Un recuerdo especial va a los obispos de China continental, que no han podido estar representados en esta Asamblea sinodal. Deseo hacerme aquí el intérprete —dando gracias a Dios— de su amor a Cristo, de su comunión con la Iglesia universal y de su fidelidad al Sucesor del apóstol san Pedro. Están presentes en nuestras oraciones, junto con todos los fieles que han sido encomendados a sus cuidados pastorales. Pidamos al “Pastor supremo” de la grey (*1 P 5, 4*) que les dé alegría, fuerza y celo apostólico para guiar con sabiduría y clarividencia a la comunidad católica que está en China, tan querida por todos nosotros.

Todos los que hemos participado en los trabajos sinodales llevamos la renovada conciencia de que la tarea prioritaria de la Iglesia, al inicio de este nuevo milenio, consiste ante todo en alimentarse de la Palabra de Dios, para hacer eficaz el compromiso de la nueva evangelización, del anuncio en nuestro tiempo. Ahora es necesario que esta experiencia eclesial sea llevada a todas las comunidades; es preciso que se comprenda la necesidad de traducir en gestos de amor la Palabra escucha-

da, porque sólo así se vuelve creíble el anuncio del Evangelio, a pesar de las fragilidades humanas que marcan a las personas. Esto exige, en primer lugar, un conocimiento más íntimo de Cristo y una escucha siempre dócil de su Palabra.

En este Año paulino, haciendo nuestras las palabras del Apóstol: “Ay de mí si no predicara el Evangelio” (*1 Co 9, 16*), deseo de corazón que en cada comunidad se sienta con una convicción más fuerte este anhelo de san Pablo como vocación al servicio del Evangelio para el mundo. Al inicio de los trabajos sinodales recordé la llamada de Jesús: “La mies es mucha” (*Mt 9, 37*), llamada a la cual nunca debemos cansarnos de responder, a pesar de las dificultades que podamos encontrar. Mucha gente está buscando, a veces incluso sin darse cuenta, el encuentro con Cristo y con su Evangelio; muchos sienten la necesidad de encontrar en él el sentido de su vida. Por tanto, dar un testimonio claro y compartido de una vida según la Palabra de Dios, atestiguada por Jesús, se convierte en un criterio indispensable de verificación de la misión de la Iglesia.

Las lecturas que la liturgia ofrece hoy a nuestra meditación nos recuerdan que la plenitud de la Ley, como la de todas las Escrituras divinas, es el amor. Por eso, quien cree haber comprendido las Escrituras, o por lo menos alguna parte de ellas, sin comprometerse a construir, mediante su

inteligencia, el doble amor a Dios y al prójimo, demuestra en realidad que está todavía lejos de haber captado su sentido profundo. Pero, ¿cómo poner en práctica este mandamiento?, ¿cómo vivir el amor a Dios y a los hermanos sin un contacto vivo e intenso con las Sagradas Escrituras?

El concilio Vaticano II afirma que “los fieles han de tener fácil acceso a la Sagrada Escritura” (*Dei Verbum*, 22) para que las personas, cuando encuentren la verdad, puedan crecer en el amor auténtico. Se trata de un requisito que hoy es indispensable para la evangelización. Y, ya que el encuentro con la Escritura a menudo corre el riesgo de no ser “un hecho” de Iglesia, sino que está expuesto al subjetivismo y a la arbitrariedad, resulta indispensable una *promoción pastoral intensa y creíble del conocimiento de la Sagrada Escritura*, para anunciar, celebrar y vivir la Palabra en la comunidad cristiana, dialogando con las culturas de nuestro tiempo, poniéndose al servicio de la verdad y no de las ideologías del momento e incrementando el diálogo que Dios quiere tener con todos los hombres (cf. *ib.*, 21).

Con esta finalidad es preciso prestar atención especial a la preparación de los pastores, que luego dirigirán la necesaria acción de difundir la práctica bíblica con los subsidios oportunos. Es preciso estimular los esfuerzos que se están llevando a cabo para suscitar el movimiento bíblico entre los laicos, la

formación de animadores de grupos, con especial atención hacia los jóvenes. Debe sostenerse el esfuerzo por dar a conocer la fe a través de la Palabra de Dios, también a los “alejados” y especialmente a los que buscan con sinceridad el sentido de la vida.

Se podrían añadir otras muchas reflexiones, pero me limito, por último, a destacar que *el lugar privilegiado en el que resuena la Palabra de Dios*, que edifica la Iglesia, como se dijo en el Sínodo, es sin duda la liturgia. En la liturgia se pone de manifiesto que la *Biblia es el libro de un pueblo y para un pueblo*; una herencia, un testamento entregado a los lectores, para que actualicen en su vida la historia de la salvación testimoniada en lo escrito. Existe, por tanto, una relación de recíproca y vital dependencia entre pueblo y Libro: la Biblia es un Libro vivo con el pueblo, su sujeto, que lo lee; el pueblo no subsiste sin el Libro, porque en él encuentra su razón de ser, su vocación, su identidad. Esta mutua dependencia entre pueblo y Sagrada Escritura se celebra en cada asamblea litúrgica, la cual, gracias al Espíritu Santo, escucha a Cristo, ya que es él quien habla cuando en la Iglesia se lee la Escritura y se acoge la alianza que Dios renueva con su pueblo. Así pues, Escritura y liturgia convergen en el único fin de llevar al pueblo al diálogo con el Señor y a la obediencia a su voluntad. La Palabra que sale de la boca de Dios y que testimonian las Escrituras regresa a él en forma de respuesta orante, de respuesta

vivida, de respuesta que brota del amor (cf. *Is* 55, 10-11).

Queridos hermanos y hermanas, oremos para que de la escucha renovada de la Palabra de Dios, bajo la acción del Espíritu Santo, brote una auténtica renovación de la Iglesia universal en todas las comunidades cristianas. Encomendemos los frutos de esta Asamblea sinodal a la intercesión materna de la Virgen María. A ella le encomiendo también la II Asamblea especial del Sínodo para África, que tendrá lugar en Roma en octubre del año próximo. Tengo la intención de ir a Camerún, en

el próximo mes de marzo, para entregar a los representantes de las Conferencias episcopales de África el *Instrumentum laboris* de esa Asamblea sinodal. De allí proseguiré, Dios mediante, hacia Angola para celebrar solemnemente el V centenario de la evangelización de ese país. María santísima, que ofreció su vida como “esclava del Señor” para que todo se cumpliera en conformidad con la divina voluntad (cf. *Lc* 1, 38) y que exhortó a hacer todo lo que dijera Jesús (cf. *Jn* 2, 5), nos enseñe a reconocer en nuestra vida el primado de la Palabra, la única que nos puede dar la salvación. Así sea.

MENSAJES

Mensaje del Papa, Benedicto XVI, para la 95ª Jornada Mundial del emigrante y del refugiado (18 de enero de 2009)

San Pablo migrante, Apóstol de los pueblos

Queridos hermanos y hermanas:

Este año el Mensaje para la Jornada Mundial del Emigrante y el Refugiado tiene por tema «San Pablo migrante, ‘Apóstol de los pueblos’», y toma como punto de partida la feliz coincidencia del Año Jubilar que he convocado en honor del Apóstol con ocasión del bimilenario de su nacimiento. En efecto, la predicación y la obra de mediación

entre las diversas culturas y el Evangelio, que realizó san Pablo «emigrante por vocación», constituyen un punto de referencia significativo también para quienes se encuentran implicados en el movimiento migratorio contemporáneo.

Saulo, nacido en una familia de judíos que habían emigrado de Tarso de Cilicia, fue educado en la lengua y en la cultura judía y helenística, valorando el contexto cultural romano. Después de su encuentro con Cristo, que tuvo lugar en el camino de Damasco (cf. *Ga* 1, 13-16), sin renegar de sus «tradiciones» y albergando estima y gratitud hacia el judaísmo y hacia la Ley (cf. *Rm* 9, 1-5; 10, 1; 2 *Co* 11, 22; *Ga* 1, 13-14; *Flp* 3,

3-6), sin vacilaciones ni retractaciones, se dedicó a la nueva misión con valentía y entusiasmo, dócil al mandato del Señor: «Yo te enviaré lejos, a los gentiles» (*Hch* 22, 21). Su existencia cambió radicalmente (cf. *Flp* 3, 7-11): para él Jesús se convirtió en la razón de ser y el motivo inspirador de su compromiso apostólico al servicio del Evangelio. De perseguidor de los cristianos se transformó en apóstol de Cristo.

Guiado por el Espíritu Santo, se prodigó sin reservas para que se anunciara a todos, sin distinción de nacionalidad ni de cultura, el Evangelio, que es «fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree: del judío primeramente y también del griego» (*Rm* 1, 16). En sus viajes apostólicos, a pesar de repetidas oposiciones, proclamaba primero el Evangelio en las sinagogas, dirigiéndose ante todo a sus compatriotas en la diáspora (cf. *Hch* 18, 4-6). Si éstos lo rechazaban, se volvía a los paganos, convirtiéndose en auténtico «misionero de los emigrantes», emigrante él mismo y embajador itinerante de Jesucristo, para invitar a cada persona a ser, en el Hijo de Dios, «nueva criatura» (*2 Co* 5, 17).

La proclamación del *kerygma* lo impulsó a atravesar los mares del Cercano Oriente y recorrer los caminos de Europa, hasta llegar a Roma. Partió de Antioquía, donde se anunció el Evangelio a poblaciones que no pertenecían al judaísmo y donde a los discípulos de Jesús por primera vez se les llamó «cristianos» (cf. *Hch* 11, 20. 26).

Su vida y su predicación estuvieron totalmente orientadas a hacer que Jesús fuera conocido y amado por todos, porque en él todos los pueblos están llamados a convertirse en un solo pueblo.

También en la actualidad, en la era de la globalización, ésta es la misión de la Iglesia y de todos los bautizados, una misión que con atenta solicitud pastoral se dirige también al variado universo de los emigrantes —estudiantes fuera de su país, inmigrantes, refugiados, prófugos, desplazados—, incluyendo los que son víctimas de las esclavitudes modernas, como por ejemplo en la trata de seres humanos. También hoy es preciso proponer el mensaje de la salvación con la misma actitud del Apóstol de los gentiles, teniendo en cuenta las diversas situaciones sociales y culturales, y las dificultades particulares de cada uno como consecuencia de su condición de emigrante e itinerante. Formulo el deseo de que cada comunidad cristiana tenga el mismo fervor apostólico de san Pablo, el cual, con tal de anunciar a todos el amor salvífico del Padre (cf. *Rm* 8, 15-16; *Ga* 4, 6) a fin de «ganar para Cristo al mayor número posible» (*1 Co* 9, 19) se hizo «débil con los débiles..., todo a todos, para salvar a toda costa a algunos» (*1 Co* 9, 22). Que su ejemplo nos sirva de estímulo también a nosotros para que seamos solidarios con estos hermanos y hermanas nuestros, y promovamos, en todas las partes del mundo y con todos los medios posibles, la convivencia pa-

cífica entre las diversas etnias, culturas y religiones.

Pero, ¿cuál fue el secreto del Apóstol de los gentiles? El celo misionero y la pasión del luchador, que lo caracterizaron, brotaban del hecho de que él, «conquistado por Cristo» (*Flp* 3, 12), permaneció tan íntimamente unido a él que se sintió partícipe de su misma vida, a través de «la comunión en sus padecimientos» (*Flp* 3, 10; cf. también *Rm* 8, 17; *2 Co* 4, 8-12; *Col* 1, 24). Aquí está la fuente del celo apostólico de san Pablo, el cual narra: «Aquél que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelarme a mí a su Hijo, para que lo anunciara entre los gentiles» (*Ga* 1, 15-16; cf. también *Rm* 15, 15-16). Se sintió «crucificado con Cristo» hasta el punto de poder afirmar: «Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (*Ga* 2, 20). Y ninguna dificultad le impidió proseguir su valiente acción evangelizadora en ciudades cosmopolitas como Roma y Corinto, que en aquel tiempo estaban pobladas por un mosaico de etnias y culturas.

Al leer los Hechos de los Apóstoles y las Cartas que san Pablo dirige a varios destinatarios, se aprecia un modelo de Iglesia no exclusiva, sino abierta a todos, formada por creyentes sin distinción de cultura y de raza, pues todo bautizado es miembro vivo del único Cuerpo de Cristo. Desde esta perspectiva, cobra un relieve singular la solidaridad fraterna, que se traduce en gestos

diarios de comunión, de participación y de solicitud gozosa por los demás. Sin embargo, como enseña también san Pablo, no es posible realizar esta dimensión de acogida fraterna recíproca sin estar dispuestos a la escucha y a la acogida de la Palabra predicada y practicada (cf. *1 Ts* 1, 6), Palabra que impulsa a todos a la imitación de Cristo (cf. *Ef* 5, 1-2) imitando al Apóstol (cf. *1 Co* 11, 1). Por tanto, cuanto más unida a Cristo está la comunidad, tanto más solicita se muestra con el prójimo, evitando juzgarlo, despreciarlo o escandalizarlo, y abriéndose a la acogida recíproca (cf. *Rm* 14, 1-3; 15, 7). Los creyentes, configurados con Cristo, se sienten en Él «hermanos» del mismo Padre (cf. *Rm* 8, 14-16; *Ga* 3, 26; 4, 6). Este tesoro de fraternidad los hace «practicar la hospitalidad» (*Rm* 12, 13), que es hija primogénita del *agapé* (cf. *1 Tm* 3, 2; 5, 10; *Tt* 1, 8; *Flm* 17).

Así se realiza la promesa del Señor: «Yo os acogeré y seré para vosotros padre, y vosotros seréis para mí hijos e hijas» (*2 Co* 6, 17-18). Si somos conscientes de esto, ¿cómo no hacernos cargo de las personas que se encuentran en penurias o en condiciones difíciles, especialmente entre los refugiados y los prófugos? ¿Cómo no salir al encuentro de las necesidades de quienes, de hecho, son más débiles e indefensos, marcados por precariedad e inseguridad, marginados, a menudo excluidos de la sociedad? A ellos es preciso prestar una atención prioritaria, pues, parafraseando un conocido texto paulino,

«Dios eligió lo necio del mundo para confundir a los sabios, (...), lo plebeyo y despreciable del mundo, y lo que no es, para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios» (1 Co 1, 27-29).

Queridos hermanos y hermanas, la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado, que se celebrará el día 18 de enero de 2009, ha de ser para todos un estímulo a vivir en plenitud el amor fraterno sin distinciones de ningún tipo y sin discriminaciones, con la convicción de que nuestro prójimo es cualquiera que tiene necesidad de nosotros y a quien podemos ayudar (cf. *Deus caritas est*, 15). Que la enseñanza y el ejemplo de san Pablo, humilde y gran Apóstol y emigrante, evangelizador de pueblos y culturas, nos impulse a comprender que el ejercicio de la caridad constituye el culmen y la síntesis de toda la vida cristiana. Como sabemos bien, el mandamiento del amor se alimenta cuando los discípulos de Cristo participan unidos en la mesa de la Eucaristía que es, por excelencia, el Sacramento de la fraternidad y del amor. Y, del mismo modo que Jesús en el Cenáculo unió el mandamiento nuevo del amor fraterno al don de la Eucaristía, así sus «amigos», siguiendo las huellas de Cristo,

que se hizo «siervo» de la humanidad, y sostenidos por su gracia, no pueden menos de dedicarse al servicio recíproco, ayudándose unos a otros según lo que recomienda el mismo san Pablo: «Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo» (Ga 6, 2). Sólo de este modo crece el amor entre los creyentes y el amor a todos (cf. 1 Ts 3, 12).

Queridos hermanos y hermanas, no nos cansemos de proclamar y testimoniar esta «Buena Nueva» con entusiasmo, sin miedo y sin escatimar esfuerzos. En el amor está condensado todo el mensaje evangélico, y los auténticos discípulos de Cristo se reconocen por su amor mutuo y por acoger a todos. Que nos obtenga este don el Apóstol san Pablo y especialmente María, Madre de la acogida y del amor. A la vez que invoco la protección divina sobre todos los que están comprometidos en ayudar a los emigrantes y, más en general, en el vasto mundo de la emigración, aseguro un constante recuerdo en la oración por cada uno e imparto con afecto a todos la Bendición Apostólica.

Castelgandolfo, 24 de agosto de 2008

VIAJES APOSTÓLICOS - VISITA PASTORAL AL PONTIFICIO SANTUARIO DE POMPEYA EL 19 DE OCTUBRE DE 2008

Homilía del Papa, Benedicto XVI, en la plaza del Pontificio Santuario de Pompeya

Domingo, 19 de octubre de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Siguiendo las huellas del siervo de Dios, Juan Pablo II, he venido en peregrinación hoy a Pompeya para venerar, junto con vosotros, a la Virgen María, Reina del Santo Rosario. He venido, en particular, para encomendar a la Madre de Dios, en cuyo seno el Verbo se hizo carne, la Asamblea del Sínodo de los obispos que se está celebrando actualmente en el Vaticano, sobre el tema de la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia. Mi visita coincide también con la Jornada mundial de las misiones: contemplando a María, que acogió en sí al Verbo de Dios y lo dio al mundo, rezaremos en esta misa por cuantos en la Iglesia dedican sus energías al servicio del anuncio del Evangelio a todas las naciones. ¡Gracias, queridos hermanos y hermanas, por vuestra acogida! Os abrazo a todos con afecto paterno y os agradezco las oraciones que desde aquí eleváis incesantemente al cielo por el Sucesor de Pedro y por las necesidades de la Iglesia universal.

Dirijo un cordial saludo, en primer lugar, al arzobispo Carlo Liberati, pre-

lado de Pompeya y delegado pontificio para el santuario, y le agradezco las palabras con que se ha hecho intérprete de vuestros sentimientos. Mi saludo se extiende a las autoridades civiles y militares presentes, de modo especial al representante del Gobierno, al ministro de Bienes culturales y al alcalde de Pompeya, que a mi llegada me dirigió deferentes palabras de bienvenida en nombre de todos los ciudadanos. Saludo a los sacerdotes de la prelatura, a los religiosos y religiosas que prestan su servicio cotidiano en el santuario, entre los cuales me complace mencionar a las Hermanas Dominicas, Hijas del Santo Rosario de Pompeya y a los Hermanos de las Escuelas Cristianas; saludo a los voluntarios comprometidos en los diversos servicios y a los celosos apóstoles de la Virgen del Rosario de Pompeya.

Y ¿cómo olvidar, en este momento, a las personas que sufren, a los enfermos, a los ancianos solos, a los jóvenes en dificultad, a los encarcelados, a cuantos viven en duras condiciones de pobreza y malestar social y económico? A todos y a cada uno de ellos quiero asegurarles mi cercanía espiritual, haciéndoles llegar el testimonio de mi afecto. A cada uno de vosotros, queridos fieles y habitantes de esta tierra, y también a vosotros que estáis unidos espiritualmente a esta celebración a través de la radio y la televisión, os encomiendo a María y os invito a confiar siempre en su apoyo materno.

Dejemos ahora que sea ella, nuestra Madre y Maestra, quien nos guíe en la reflexión sobre la Palabra de Dios que hemos escuchado. La primera lectura y el salmo responsorial expresan la alegría del pueblo de Israel por la salvación dada por Dios, salvación que es liberación del mal y esperanza de vida nueva. El oráculo de Sofonías se dirige a Israel, que es designado con los apelativos de “hija de Sión” e “hija de Jerusalén”, y se le invita a la alegría: “Alégrate (...). Lanza gritos de gozo (...) Exulta” (*So* 3, 14). Es el mismo saludo que el ángel Gabriel dirige a María, en Nazaret: “Alégrate, llena de gracia” (*Lc* 1, 28). “No temas, Sión” (*So* 3, 16), dice el profeta; “No temas, María” (*Lc* 1, 30), dice el ángel. Y el motivo de la confianza es el mismo: “El Señor, tu Dios, en medio de ti es un salvador poderoso” (*So* 3, 17), dice el profeta; “el Señor está contigo” (*Lc* 1, 28), asegura el ángel a la Virgen.

También el cántico de Isaías concluye así: “Canta y exulta, tú que vives en Sión, porque es grande en medio de ti el Santo de Israel” (*Is* 12, 6). La presencia del Señor es fuente de gozo, porque donde está él, el mal es vencido, y triunfan la vida y la paz. Quiero subrayar, en particular, la estupenda expresión de Sofonías que, dirigiéndose a Jerusalén, dice: el Señor “te renovará con su amor” (*So* 3, 17). Sí, el amor de Dios tiene este poder: de renovarlo todo, a partir del corazón humano, que es su obra maestra y donde el Espíritu Santo realiza mejor su acción transfor-

madora. Con su gracia, Dios renueva el corazón del hombre perdonando su pecado, lo reconcilia e infunde en él el impulso hacia el bien. Todo esto se manifiesta en la vida de los santos, y aquí lo vemos en particular en la obra apostólica del beato Bartolo Longo, fundador de la nueva Pompeya. Y así en esta hora también abrimos nuestro corazón a este amor renovador del hombre y de todas las cosas.

Desde sus inicios, la comunidad cristiana vio en la personificación de Israel y de Jerusalén en una figura femenina una significativa y profética referencia a la Virgen María, a la que se reconoce precisamente como “hija de Sión” y arquetipo del pueblo que “ha encontrado gracia” a los ojos del Señor. Es una interpretación que volvemos a encontrar en el relato evangélico de las bodas de Caná (cf. *Jn* 2, 1-11). El evangelista san Juan pone de relieve simbólicamente que Jesús es el esposo de Israel, del nuevo Israel que somos todos nosotros en la fe, el esposo que vino a traer la gracia de la nueva Alianza, representada por el “vino bueno”. Al mismo tiempo, el Evangelio destaca también el papel de María, a la que al principio se la llama “la madre de Jesús”, pero a quien después el Hijo mismo llama “mujer”. Y esto tiene un significado muy profundo: implica de hecho que Jesús, para maravilla nuestra, antepone al parentesco el vínculo espiritual, según el cual María personifica a la esposa amada del Señor, es decir, al pueblo que él se eligió para

irradiar su bendición sobre toda la familia humana.

El símbolo del vino, unido al del banquete, vuelve a proponer el tema de la alegría y de la fiesta. Además, el vino, como las otras imágenes bíblicas de la viña y de la vid, alude metafóricamente al amor: Dios es el viñador, Israel es la viña, una viña que encontrará su realización perfecta en Cristo, del cual nosotros somos los sarmientos; el vino es el fruto, es decir, el amor, porque precisamente el amor es lo que Dios espera de sus hijos. Y oremos al Señor, que concedió a Bartolo Longo la gracia de traer el amor a esta tierra, para que también nuestra vida y nuestro corazón den este fruto de amor y así renueven la tierra.

Al amor exhorta también el apóstol san Pablo en la segunda lectura, tomada de la *carta a los Romanos*. En esta página encontramos delineado el programa de vida de una comunidad cristiana, cuyos miembros han sido renovados por el amor y se esfuerzan por renovarse continuamente, para discernir siempre la voluntad de Dios y no volver a caer en el conformismo de la mentalidad mundana (cf. *Rm* 12, 1-2). La nueva Pompeya, aun con los límites de toda realidad humana, es un ejemplo de esta nueva civilización, que ha surgido y se ha desarrollado bajo la mirada maternal de María. Y la característica de la civilización cristiana es precisamente la caridad: el amor de Dios que se traduce en amor al prójimo.

Ahora bien, cuando san Pablo escribe a los cristianos de Roma: “Sed diligentes sin flojedad; fervorosos de espíritu, como quien sirve al Señor” (*Rm* 12, 11), nuestro pensamiento se dirige a Bartolo Longo y a las numerosas iniciativas de caridad puestas en marcha por él en favor de los hermanos más necesitados. Impulsado por el amor, fue capaz de proyectar una nueva ciudad, que surgió luego en torno al santuario mariano, casi como irradiación de la luz de su fe y esperanza. Una ciudadela de María y de la caridad, pero no aislada del mundo; no es, como suele decirse, una “catedral en el desierto”, sino insertada en el territorio de este valle para rescatarlo y promoverlo. La historia de la Iglesia, gracias a Dios, está llena de experiencias de este tipo, y también hoy se realizan muchas en todas las partes del mundo. Son experiencias de fraternidad, que muestran el rostro de una sociedad diversa, puesta como fermento dentro del contexto civil. La fuerza de la caridad es irresistible: el amor es lo que verdaderamente hace avanzar el mundo.

¿Quién habría podido pensar que aquí, junto a los restos de la antigua Pompeya, surgiría un santuario mariano de alcance mundial? ¿Y tantas obras sociales para traducir el Evangelio en servicio concreto a las personas que atraviesan más dificultades? Donde Dios llega, el desierto florece. También el beato Bartolo Longo, con su conversión personal, dio testimonio de esta fuerza espiritual que transforma

al hombre interiormente y lo capacita para hacer grandes cosas según el designio de Dios. Las circunstancias de su crisis espiritual y de su conversión son de grandísima actualidad. En el período de sus estudios universitarios en Nápoles, influenciado por filósofos inmanentistas y positivistas, se había alejado de la fe cristiana convirtiéndose en un anticlerical militante y dándose también a prácticas espiritistas y supersticiosas. Su conversión, con el descubrimiento del verdadero rostro de Dios, contiene un mensaje muy elocuente para nosotros, porque, por desgracia, estas tendencias no faltan en nuestros días. En este Año paulino me complace subrayar que también Bartolo Longo, como san Pablo, fue transformado de perseguidor en apóstol: apóstol de la fe cristiana, del culto mariano, y en particular del rosario, en el que encontró una síntesis de todo el Evangelio.

Esta ciudad que él volvió a fundar es, por tanto, una demostración histórica de cómo Dios transforma el mundo: colmando nuevamente de caridad el corazón de un hombre y haciendo de él un “motor” de renovación religiosa y social. Pompeya es un ejemplo de cómo la fe puede actuar en la ciudad del hombre, suscitando apóstoles de caridad que se ponen al servicio de los pequeños y de los pobres, y que trabajan para que también a los últimos se les respete su dignidad y encuentren acogida y promoción.

Aquí, en Pompeya, se entiende que el amor a Dios y el amor al prójimo

son inseparables. Aquí el genuino pueblo cristiano, la gente que afronta la vida con sacrificio cada día, encuentra la fuerza para perseverar en el bien sin ceder a componendas. Aquí, a los pies de María, las familias encuentran o refuerzan la alegría del amor que las mantiene unidas. Así pues, hace exactamente un mes, tuvo lugar oportunamente, en preparación de mi visita, una “peregrinación de las familias para la familia”, a fin de encomendar a la Virgen esta célula fundamental de la sociedad. Que la Virgen santísima vele sobre cada familia y sobre todo el pueblo italiano.

Que este santuario y esta ciudad sigan siempre vinculados, sobre todo, a un don singular de María: la oración del rosario. Cuando, en el célebre cuadro de la Virgen de Pompeya, vemos a la Virgen Madre y al Niño Jesús que entregan los rosarios respectivamente a santa Catalina de Siena y a santo Domingo, comprendemos enseguida que esta oración nos conduce, a través de María, a Jesús, como nos enseñó también el querido Papa, Juan Pablo II, en la carta *Rosarium Virginis Mariae*, en la que se refiere explícitamente al beato Bartolo Longo y al carisma de Pompeya. El rosario es una oración contemplativa accesible a todos: grandes y pequeños, laicos y clérigos, cultos y poco instruidos. Es un vínculo espiritual con María para permanecer unidos a Jesús, para configurarse a él, asimilar sus sentimientos y comportarse como él se comportó. El rosario es

un “arma” espiritual en la lucha contra el mal, contra toda violencia, por la paz en los corazones, en las familias, en la sociedad y en el mundo.

Queridos hermanos y hermanas, en esta Eucaristía, fuente inagotable de vida y de esperanza, de renovación personal y social, demos gracias a Dios porque en Bartolo Longo nos dio un testigo luminoso de esta verdad evangélica. Y volvamos una vez más nuestro corazón a María con las palabras de la súplica, que dentro de poco rezaremos juntos: “Tú, Madre nuestra, eres nuestra Abogada, nuestra esperanza. Ten piedad de nosotros... Misericordia para todos, oh Madre de misericordia”. Amén.

ÁNGELUS

Plaza del Pontificio Santuario de Pompeya. Domingo, 19 de octubre de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Después de la solemne celebración eucarística y de la tradicional súplica a la Virgen de Pompeya, como todos los domingos, dirigimos una vez más nuestra mirada a María con el rezo del Ángelus y a ella le encomendamos las grandes intenciones de la Iglesia y de la humanidad. De modo particular rezamos por la Asamblea ordinaria del Sínodo de los obispos, que se está cele-

brando en Roma y que tiene por tema: “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia” para que dé frutos de auténtica renovación en todas las comunidades cristianas.

La Jornada mundial de las misiones, que celebramos hoy, nos ofrece otra intención especial de oración. En este Año paulino propone a nuestra meditación una célebre expresión del Apóstol de los gentiles: “¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!” (1 Co 9, 16). En este mes de octubre, mes misionero y del rosario, ¡cuántos fieles y cuántas comunidades ofrecen el santo rosario por los misioneros y por la evangelización!

Por eso, me alegra encontrarme hoy precisamente aquí, en Pompeya, en el santuario más importante dedicado a la Virgen del Santo Rosario. Me permite subrayar con mayor fuerza que el primer compromiso misionero de cada uno de nosotros es precisamente la oración. Ante todo, orando, se prepara el camino al Evangelio; orando se abren los corazones al misterio de Dios y se disponen los espíritus a acoger su Palabra de salvación.

Además, en este día, se da otra feliz coincidencia: precisamente hoy, en Lisieux, son proclamados beatos Luis Martín y Celia Guérin, padres de santa Teresa del Niño Jesús, declarada por Pío XI patrona de las misiones. Estos nuevos beatos, con su oración y su testimonio evangélico, acompañaron y compartieron el camino de su

hija, llamada por el Señor a consagrarse a él sin reservas entre las paredes del Carmelo. Allí, en el ocultamiento de la clausura, santa Teresita realizó su vocación: “En el corazón de la Iglesia, mi madre, yo seré el amor” (*Manuscrits autobiographiques*, Lisieux 1957, p. 229).

Pensando en la beatificación de los esposos Martin, quiero recordar otra intención que llevo en el corazón: la familia, cuyo papel es fundamental en la educación de los hijos en un espíritu universal, abierto y responsable hacia el mundo y sus problemas, así como en la formación de las vocaciones a la vida misionera.

Así, continuando espiritualmente la peregrinación que muchas familias hicieron hace un mes a este santuario, invocamos la protección materna de la Virgen de Pompeya sobre todas las familias del mundo, pensando ya en el VI Encuentro mundial de las familias, que se celebrará en la Ciudad de México en enero de 2009.

Meditación del Papa, Benedicto XVI, durante el rezo del Santo Rosario

Pontificio Santuario de Pompeya. Domingo, 19 de octubre de 2008

Venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos religiosos y religiosas; queridos hermanos y hermanas:

Antes de entrar en el santuario para rezar junto con vosotros el santo rosario, me detuve brevemente ante la urna del beato Bartolo Longo y rezando me pregunté: “Este gran apóstol de María, ¿de dónde sacó la energía y la constancia necesarias para llevar a cabo una obra tan imponente, conocida ya en todo el mundo? ¿No es precisamente del rosario, acogido por él como un verdadero don del corazón de la Virgen?”.

Sí, así fue exactamente. Lo atestigua la experiencia de los santos: esta popular oración mariana es un medio espiritual valioso para crecer en la intimidad con Jesús y para aprender, en la escuela de la Virgen santísima, a cumplir siempre la voluntad de Dios. Es contemplación de los misterios de Cristo en unión espiritual con María, como subrayaba el siervo de Dios, Pablo VI, en la exhortación apostólica *Marialis cultus* (n. 46), y como después mi venerado predecesor, Juan Pablo II ilustró ampliamente en la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, que hoy vuelvo a entregar idealmente a la comunidad de Pompeya y a cada uno de vosotros.

Todos vosotros, que vivís y trabajáis aquí en Pompeya, especialmente vosotros, queridos sacerdotes, religiosas, religiosos y laicos comprometidos en esta singular porción de la Iglesia, estáis llamados a hacer vuestro el carisma del beato Bartolo Longo y a llegar a ser, en la medida y del modo que Dios

concede a cada uno, auténticos apóstoles del rosario.

Pero para ser apóstoles del rosario, es necesario experimentar personalmente la belleza y profundidad de esta oración, sencilla y accesible a todos. Es necesario, ante todo, dejarse conducir de la mano por la Virgen María a contemplar el rostro de Cristo: rostro gozoso, luminoso, doloroso y glorioso. Quien, como María y juntamente con ella, conserva y medita asiduamente los misterios de Jesús, asimila cada vez más sus sentimientos y se configura con él.

Al respecto, me complace citar una hermosa consideración del beato Bartolo Longo: “Como dos amigos —escribe—, frecuentándose, suelen parecerse también en las costumbres, así nosotros, conversando familiarmente con Jesús y la Virgen, al meditar los misterios del rosario, y formando juntos una misma vida de comunión, podemos llegar a ser, en la medida de nuestra pequeñez, parecidos a ellos, y aprender de estos eminentes ejemplos el vivir humilde, pobre, escondido, paciente y perfecto” (*I Quindici Sabati del Santissimo Rosario*, 27^a ed., Pompeya 1916, p. 27; citado en *Rosarium Virginis Mariae*, 15).

El rosario es escuela de contemplación y de silencio. A primera vista, podría parecer una oración que acumula palabras, y por tanto difícilmente conciliable con el silencio que se recomienda oportunamente para la meditación

y la contemplación. En realidad, esta cadenciosa repetición del avemaría no turba el silencio interior, sino que lo requiere y lo alimenta. De forma análoga a lo que sucede con los Salmos cuando se reza la liturgia de las Horas, el silencio aflora a través de las palabras y las frases, no como un vacío, sino como una presencia de sentido último que trasciende las palabras mismas y juntamente con ellas habla al corazón.

Así, al rezar las *avemarias* es necesario poner atención para que nuestras voces no “cubran” la de Dios, el cual siempre habla a través del silencio, como “el susurro de una brisa suave” (*I R* 19, 12). ¡Qué importante es, entonces, cuidar este silencio lleno de Dios, tanto en el rezo personal como en el comunitario! También cuando lo rezan, como hoy, grandes asambleas y como hacéis cada día en este santuario, es necesario que se perciba el rosario como oración contemplativa, y esto no puede suceder si falta un clima de silencio interior.

Quiero añadir otra reflexión, relativa a la Palabra de Dios en el rosario, particularmente oportuna en este período en que se está llevando a cabo en el Vaticano el Sínodo de los obispos sobre el tema: “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”. Si la contemplación cristiana no puede prescindir de la Palabra de Dios, también el rosario, para que sea oración contemplativa, debe brotar siempre del silencio del corazón como respuesta a la Palabra, según el modelo de la ora-

ción de María. Bien mirado, el rosario está todo él entretejido de elementos tomados de la Sagrada Escritura. Está, ante todo, la enunciación del misterio, hecha preferiblemente, como hoy, con palabras tomadas de la Biblia. Sigue el *padrenuestro*: al dar a la oración una orientación “vertical”, abre el alma de quien reza el rosario a una correcta actitud filial, según la invitación del Señor: “Cuando oréis decid: Padre...” (Lc 11, 2). La primera parte del *avemaría*, tomada también del Evangelio, nos hace volver a escuchar cada vez las palabras con que Dios se dirigió a la Virgen mediante el ángel, y las palabras de bendición de su prima Isabel. La segunda parte del *avemaría* resuena como la respuesta de los hijos que, dirigiéndose suplicantes a su Madre, no hacen sino expresar su propia adhesión al plan salvífico revelado por Dios. Así el pensamiento de quien reza está siempre anclado en la Escritura y en los misterios que en ella se presentan.

Por último, recordando que hoy celebramos la Jornada mundial de las misiones, quiero aludir a la dimensión apostólica del rosario, una dimensión que el beato Bartolo Longo vivió intensamente inspirándose en ella para

realizar en esta tierra tantas obras de caridad y de promoción humana y social. Además, quiso que este santuario se abriera al mundo entero, como centro de irradiación de la oración del rosario y lugar de intercesión por la paz entre los pueblos. Queridos amigos, deseo confirmar y confiar nuevamente a vuestro compromiso espiritual y pastoral ambas finalidades: el apostolado de la caridad y la oración por la paz. A ejemplo y con el apoyo de vuestro venerado fundador, no os canséis de trabajar con pasión en esta parte de la viña del Señor por la que la Virgen ha mostrado predilección.

Queridos hermanos y hermanas, ha llegado el momento de despedirme de vosotros y de este hermoso santuario. Os agradezco la cordial acogida y sobre todo vuestras oraciones. Expreso mi agradecimiento al arzobispo prelado y delegado pontificio, a sus colaboradores y a todos los que han trabajado para preparar de la mejor manera mi visita. Debo dejaros, pero mi corazón sigue cercano a esta tierra y a esta comunidad. Os encomiendo a todos a la Bienaventurada Virgen del Santo Rosario, e imparto de corazón a cada uno la bendición apostólica.

SANTA SEDE

CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA

Instrucción sobre los Institutos Superiores de Ciencias Religiosas

INTRODUCCIÓN

Con el Concilio Ecuménico Vaticano II se ha intensificado entre los fieles -laicos y religiosos- un vivo interés por el estudio de la Teología y de otras ciencias sagradas, para enriquecer con ellas la propia vida cristiana, ser capaces de dar razón de la propia fe (cf. 1 *Pe* 3, 15), ejercitar fructuosamente su apostolado propio y poder colaborar con los ministros sagrados en su específica misión (cf. can. 229 §§1-2). En el período post-conciliar, mientras las Facultades eclesiásticas, que ya contaban con una larga tradición, se han conformado a las disposiciones de la Constitución Apostólica *Sapientia christiana* (1979), ha ido asumiendo una creciente importancia en la Iglesia la necesidad de velar por una adecuada formación de los fieles laicos, mediante modalidades específicas.

1. Entre las iniciativas creadas para satisfacer tal exigencia se incluyen los Institutos Superiores de Ciencias Religiosas (ISCR) (1). Su configuración jurídico-académica ha sido delineada por dos Documentos, emanados por la Congregación para la Educación Católica: la *Nota ilustrativa* del 10 de abril de 1986 y la *Normativa per l'Istituto di Scienze Religiose* del 12 de mayo de 1987 (2).

A distancia de más de veinte años, con las disposiciones contenidas en la presente Instrucción se entiende redefinir tal normativa, considerando sobre todo las nuevas instancias de carácter pastoral, así como la evolución que se ha ido verificando en el ámbito de las legislaciones civiles de numerosos países en orden a la enseñanza superior, con los cuales estas instituciones académicas eclesiásticas están llamadas a interactuar.

2. El estudio de la Teología y el estudio de las Ciencias Religiosas se articulan en dos itinerarios diferentes, que se distinguen sobre todo por la naturaleza de la enseñanza y por los currículos formativos que ambos proponen.

El itinerario de estudio ofrecido por los Centros académicos eclesiásticos -como son las Facultades de Teología y los Institutos a ellas incorporadas, agregados y afiliados- tiene el objetivo de asegurar al estudiante un conocimiento completo y orgánico de toda la Teología; esto se pide, en manera particular, a los que se preparan al sacerdocio. Además, dicho itinerario se propone profundizar de modo exhaustivo en las distintas áreas de especialización de la Teología, adquirir el necesario uso del método científico específico de

esta disciplina, y también elaborar una contribución científica original.

3. Los ISCR, en cambio, pretenden ofrecer el conocimiento de los principales elementos de la Teología y de sus necesarios presupuestos filosóficos, además de aquellos complementarios que provienen de las ciencias humanas. Más específicamente, este itinerario de estudio, tiene el objetivo de: promover la formación religiosa de los laicos y de las personas consagradas, para una más consciente y activa participación de los mismos en las tareas de evangelización en el mundo actual, favoreciendo también la asunción de empeños profesionales en la vida eclesial y en la animación cristiana de la sociedad; preparar a los candidatos para los diversos ministerios laicales y servicios eclesiales; cualificar a los docentes de religión en las escuelas de diferente orden y grado, exceptuando las Instituciones de nivel universitario.

4. Los ISCR ofrecen una ulterior oportunidad de participar, junto a la Teología, del esfuerzo de profundización de la verdad, con el objetivo de acompañar el crecimiento en la fe de las personas y de toda la comunidad.

El estudio y la enseñanza de las Ciencias Religiosas proveen los elementos necesarios para elaborar una síntesis entre la fe y la cultura en la singularidad de las situaciones que se viven en las Iglesias particulares. Se trata de una perspectiva que responde a la

solicitud de una cualificación del servicio eclesial en las concretas exigencias de los tiempos y los lugares. Ella, por tanto, adopta específicos instrumentos de estudio, métodos pedagógicos y el empleo de energías para un aprendizaje y una aplicación didáctica diferente de los requeridos por las Facultades de Teología.

5. Los ISCR se distinguen tanto de los distintos tipos de Facultades eclesiales autónomas que pueden ser canónicamente erigidas en función de las necesidades de la Iglesia (3), como de todas aquellas iniciativas para la formación teológica, de nivel no académico, que son promovidas a menudo con gran empeño en las Iglesias particulares, como por ejemplo, las Escuelas diocesanas de formación teológica o los Institutos no-académicos denominados de otro modo. En todo caso, también el planteamiento de un Instituto no-académico tiene que ser serio y exigente.

6. Las disposiciones contenidas en la presente Instrucción, en vista a la revisión de la Const. Apost. *Sapientia christiana*, tienen la finalidad de uniformar los diferentes ISCR presentes en la Iglesia universal, asegurar un adecuado nivel académico-científico de los mismos, en fidelidad al Magisterio, y responder a los requerimientos, que las Iglesias particulares manifiestan, de crear tales Institutos *ex-novo*.

La instrucción se articula en tres partes: I. Fisonomía de los Institutos

Superiores de Ciencias Religiosas; II. Procedimiento para la erección de un Instituto; III. Normas finales.

I. FISONOMIA DE LOS INSTITUTOS SUPERIORES DE CIENCIAS RELIGIOSAS

1. Finalidad y promoción de los Institutos Superiores de Ciencias Religiosas

Art. 1. El ISCR es una Institución académica eclesial, cuya naturaleza ya ha sido delineada en la Introducción (*cf.* nn. 3-5). Ella está prevista por el Código de Derecho Canónico (*cf.* can. 821), por el Código de los Cánones de las Iglesias Orientales (*cf.* Can. 404 §2) y viene regulada por la presente Normativa.

Art. 2. El ISCR tiene como finalidad la formación de los fieles -laicos y religiosos- en orden al enriquecimiento de la propia vida cristiana, a la capacidad de dar razón de la propia fe, al ejercicio de su apostolado propio, y en particular a su participación en la evangelización. Al mismo tiempo, el ISCR prepara figuras profesionales integradas en las dinámicas culturales y operativas de la sociedad contemporánea, para que puedan colaborar con los ministros sagrados en su específica misión.

Art. 3. El ISCR propone el tratamiento sistemático de la doctrina católica, mediante el método científico que le es propio, tomado de la Reve-

lación interpretada auténticamente por el Magisterio vivo de la Iglesia (4). Además, promueve la búsqueda de respuestas a los interrogantes humanos, con perspectiva teológica y con la ayuda de las ciencias filosóficas, de las ciencias humanas y de los demás campos disciplinares que se ocupan de estudios religiosos.

Art. 4. El ISCR, ya sea de primero y segundo ciclo, o bien solamente de primer ciclo, está vinculado a una Facultad Eclesial de Teología, que asume la responsabilidad académica del mismo Instituto.

Art. 5. La responsabilidad de la promoción y de la marcha del ISCR corresponde:

a) a los Obispos y a los Eparcos interesados, particularmente en lo que respecta a la salvaguardia y la promoción de la fe católica, la búsqueda y la cualificación del cuerpo docente, la seguridad económica del Instituto;

b) a la Conferencia Episcopal Nacional o a otras Asambleas de la Jerarquía Católica, por cuanto concierne a las Iglesias orientales (5), de acuerdo con la Congregación para la Educación Católica y en estrecha colaboración con ella, en lo que respecta a la evaluación y a la supervisión del cumplimiento de las finalidades pastorales, particularmente a través de la propuesta de disciplinas de orientación conforme a los objetivos pastorales de la misma Conferencia;

c) a la Facultad de Teología, con la cual cada Instituto está vinculado y del cual ella es garante ante la Congregación de la Educación Católica, respecto al nivel académico y a la idoneidad para el logro de sus finalidades.

2. Autoridades Académicas

Art. 6. El ISCR está gobernado por autoridades comunes y por autoridades propias. Las autoridades comunes con la Facultad son el Gran Canciller, el Presidente (Decano) y el Consejo de Facultad. Las autoridades propias del Instituto son el Moderador, el Director y el Consejo de instituto. Si (as circunstancias lo sugieren, puede ser nombrado un Vicedirector.

Art. 7. Al Gran Canciller de la Facultad de Teología corresponde: solicitar a la Congregación para la Educación Católica la erección canónica del ISCR, después de haber obtenido el parecer positivo de la Conferencia Episcopal o de otra Asamblea competente de la Jerarquía Católica (*cf.* art. 5 b); presentar a la Congregación para la Educación Católica el plan de estudios y el texto del Estatuto del ISCR para su debida aprobación; informar a la Congregación para la Educación Católica acerca de las cuestiones más importantes y enviar a la misma, cada cinco años, una relación pormenorizada respecto a la vida y a la actividad del ISCR; nombrar al Director, elegido entre una terna de docentes estables designada por el Consejo de Instituto,

una vez obtenido el parecer favorable del Consejo de la Facultad de Teología y -en caso de que la tarea del Moderador no sea desarrollada por el Rector de la Universidad a norma del art. 10- con el *nulla osta* del Moderador.

Art. 8. Al Presidente (Decano) de la Facultad de Teología compete: convocar y presidir el Consejo de Facultad y el Colegio de los docentes de la Facultad por cuestiones referentes al ISCR; regular, conjuntamente a los Directores de los ISCR, las cuestiones comunes; presidir, personalmente o a través de un delegado suyo, las sesiones para los exámenes de grado; proporcionar anualmente al Consejo de Facultad informaciones sobre la andadura de los ISCR; presentar al Consejo de Facultad, cada cinco años, la relación preparada por el Director sobre la vida y la actividad del ISCR, para su aprobación y presentarla al Gran Canciller, que la transmitirá a la Congregación para la Educación Católica; firmar los diplomas de los grados académicos del ISCR.

Art. 9. Al Consejo de Facultad corresponde: examinar y aprobar, en vía preliminar, los planes de estudio, el Estatuto y el Reglamento del ISCR; expresar el propio parecer acerca de la idoneidad de los docentes del ISCR en vista de su asunción y de su promoción a estables; examinar y aprobar las informaciones que el Presidente (Decano) tiene que proporcionar anualmente sobre el funcionamiento del ISCR; veri-

ficar la consistencia y la funcionalidad de las estructuras y de los subsidios del ISCR, en particular de la biblioteca; aprobar la relación quinquenal sobre la vida y la actividad del ISCR preparadas por el Director; dar su aprobación para el nombramiento del Director del ISCR; proponer al Gran Canciller que sea solicitada a la Congregación para la Educación Católica la suspensión del ISCR en caso de que el mismo resultase insolvente.

Art. 10. El Moderador del ISCR, por norma, es el Obispo o el Eparca del lugar donde tiene su sede el Instituto. Si éste se encuentra dentro de una Universidad eclesiástica, el papel del Moderador lo realiza el Rector Magnífico. Al Moderador corresponde: procurar que la doctrina católica sea custodiada integralmente y fielmente transmitida; nombrar los docentes estables -una vez obtenido el parecer favorable de la Facultad de Teología- y los demás docentes del ISCR, concediendo la *missio canonica* a los que enseñan disciplinas relacionadas con la fe y la moral, una vez emitida la profesión de fe, además de la *venia docendi* a los que enseñan otras disciplinas. En el caso en que la tarea del Moderador sea desarrollada por el Rector de la Universidad, es el Gran Canciller o su delegado, quien concede la *missio canonica* o la *venia docendi*; revocar la *missio canonica* o la *venia docendi*, prevista por el art. 16 c. En el caso que la tarea del Moderador sea desarrollada por el Rector de la Universidad, esta tarea correspon-

de al Gran Canciller o a su delegado; dar el *nulla osta* para el nombramiento del Director; vigilar la andadura doctrina; y disciplinar del ISCR, informando al respecto al Gran Canciller; manifestar a la Facultad de Teología las mayores dificultades de las cuales él tuviera conocimiento, invitándola a tomar las medidas necesarias; nombrar al Vicedirector, al Ecónomo y al Secretario del ISCR, si las circunstancias lo sugieren, después de haber escuchado el parecer del Director; aprobar los balances anuales de entradas y salidas, los presupuestos anuales y los actos de extraordinaria administración del ISCR; firmar los diplomas de los grados académicos del ISCR, junto con el Presidente (Decano) de la Facultad de Teología y con el Director del Instituto. Art. 11. El Director del ISCR permanece cinco años en su cargo y puede ser confirmado en su oficio, consecutivamente, una sola vez. A él le compete: representar el ISCR ante el Moderador, ante las autoridades académicas de la Facultad de Teología y ante las autoridades civiles; dirigir y coordinar la actividad del Instituto, particularmente bajo el aspecto disciplinar, doctrinal y económico; convocar y presidir las diferentes sesiones del Consejo del Instituto; estar presente en las asambleas de los estudiantes personalmente o a través de un delegado; redactar la relación quinquenal sobre la vida y la actividad del ISCR; firmar los diplomas de los grados académicos del ISCR, junto con el Presidente (Decano) de la Facultad de Teología y con el

Moderador; examinar las solicitudes y los recursos de los docentes y los estudiantes, proponiendo, en los casos más graves no resueltos por el Consejo de Instituto, la solución al juicio de la Facultad de Teología.

Art. 12. §1. El Consejo de Instituto está compuesto por el Director, el Vice-director, en el caso de que existiera esta figura, por todos los docentes estables y dos representantes de los docentes no estables elegidos por sus compañeros, por el Presidente (Decano) de la Facultad de Teología o por un delegado suyo, por un delegado del Moderador, por dos estudiantes ordinarios, elegidos por la asamblea de los estudiantes y por el Secretario que cumple la tarea de redactar las Actas. Todos estos son miembros de derecho.

§2. El Consejo de Instituto decide con mayoría de los miembros de derecho y en lo concerniente a cuestiones personales, con una mayoría equivalente a los dos tercios. Cuando se trata de cuestiones inherentes al cuerpo docente, los representantes de los estudiantes no participan en la discusión y tampoco en la correspondiente votación.

§3. El Consejo de Instituto es convocado por el Director al menos dos veces al año y, por vía extraordinaria, a petición de la mayoría del mismo Consejo.

§4. A dicho organismo corresponde: establecer el plan de estudios, el tex-

to del Estatuto y del Reglamento del ISCR que deberá someterse a la aprobación del Consejo de Facultad; designar la terna de docentes estables que han de ser propuestos al Moderador para el nombramiento del Director; proponer al Moderador los nombramientos de los docentes; aprobar la relación quinquenal sobre la vida y sobre la actividad del ISCR preparada por el Director.

3. Docentes

Art. 13. §1. Todos los docentes, de cualquier categoría, tienen que distinguirse siempre por la idoneidad científico-pedagógica, la honestidad de vida, la integridad de doctrina, la dedicación al propio deber, de modo tal que puedan contribuir eficazmente al logro de los objetivos propios del Instituto. La enseñanza tendrá que estar orientada a la adhesión a la divina Revelación, a la fidelidad al Magisterio de la Iglesia y al respeto de la verdad científica.

§2. Quienes enseñan en los ISCR tienen que recibir la *missio canonica* o la *venia docendi*, de acuerdo con el art. 10 b de esta instrucción.

Art. 14. §1. Los docentes se dividen en estables, que se dedican a tiempo pleno al estudio, a la enseñanza y a la asistencia de los estudiantes, y no estables, que prestan su colaboración de modo parcial, no permanente.

§2. Para que uno sea legítimamente asunto entre los docentes estables,

se requiere que: se distinga por la riqueza de doctrina, por el testimonio de vida, por el sentido de responsabilidad eclesial y académica; para las disciplinas eclesiásticas, esté provisto del conveniente Doctorado conseguido en una Institución Eclesiástica; para las disciplinas no eclesiásticas, el título requerido es el del segundo ciclo de los estudios superiores; se haya demostrado idóneo a la investigación con documentos probatorios, en particular, con la publicación de trabajos aptos a la finalidad del ISCR; demuestre poseer capacidad para la enseñanza; se haya seguido el procedimiento previsto por el Estatuto propio del ISCR.

§3. Salvo lo contemplado en el art. 15 §2, los docentes estables de los ISCR no pueden ser al mismo tiempo estables en otras Instituciones académicas eclesiásticas o civiles. Además, el encargo de docente estable es incompatible con otros ministerios o actividades que hagan imposible el adecuado desarrollo tanto en relación con la didáctica, como con la investigación.

§4. Los docentes no estables, para las materias eclesiásticas, tienen que estar en posesión, al menos, de la Licencia canónica o de un título equivalente y tener buenas aptitudes para la enseñanza. Las normas particulares acerca de los docentes no estables tienen que ser fijadas en el Estatuto del ISCR.

Art. 15. §1. En cada ISCR los docentes estables tienen que ser al menos

cinco, uno por cada área disciplinar: Sagrada Escritura, Teología dogmática, Teología moral-pastoral, Filosofía, Ciencias humanas. En el caso de que el ISCR tuviera sólo el primer ciclo, los docentes estables tienen que ser al menos cuatro, uno por cada área disciplinar: Sagrada Escritura, Teología dogmática, Teología moral-pastoral, Filosofía.

§2. Si el ISCR se encuentra dentro de una Facultad de Teología no es necesario que los docentes estables de la Facultad y del ISCR sean diferentes, a condición de que su número total sea al menos igual a la suma de docentes estables requeridos para la Facultad de Teología y de aquellos requeridos para el ISCR.

Art. 16. El Estatuto del ISCR tiene que establecer: las modalidades de asunción y nombramiento de los docentes; cuándo y en qué condiciones los docentes cesan en su cargo; por cuáles motivos y con qué tipo de procedimiento pueden ser suspendidos o bien privados de su oficio, de tal modo que se pueda preservar convenientemente la tutela de los derechos del docente, así como los derechos del ISCR.

4. Estudiantes

Art. 17 El ISCR está abierto a todos los fieles católicos -laicos y religiosos- que, dotados de un certificado en regla, e idóneos por la conducta moral y por los eventuales estudios previos, deseen

tener una preparación cualificada en Ciencias Religiosas. Todo ISCR tiene que ser capaz de asegurar un conveniente número de estudiantes ordinarios, que, normalmente, no debe ser inferior a setenta y cinco.

Art. 18. §1. Los estudiantes pueden ser ordinarios, extraordinarios, invitados y oyentes. Todos tienen que observar fielmente las normas del ISCR acerca del ordenamiento general y la disciplina - principalmente, respecto a los programas de estudios, a la asistencia de los mismos, a los exámenes-, como también, del resto de las disposiciones concernientes a la vida del Instituto. Además, ellos participan en la vida del Instituto en los modos previstos por el Estatuto de cada ISCR.

§2. Los estudiantes ordinarios son aquéllos que, aspirando a conseguir los grados académicos, de los que tratan los arts. 28-29 de la presente Instrucción, frecuentan todos los cursos y las actividades prescritas por el mismo Instituto, con la regular superación de los correspondientes exámenes.

§3. Para ser admitido como estudiante ordinario al ciclo que conduce al Bachillerato en Ciencias Religiosas, es necesario poseer el título de los estudios secundarios requeridos para la inscripción en la Universidad civil.

§4. Para ser admitido como estudiante ordinario al ciclo que conduce a la Licencia en Ciencias Religio-

sas, es necesario poseer el Bachillerato en Ciencias Religiosas.

§5. Los estudiantes extraordinarios son aquéllos que, careciendo del mencionado título de admisión a la Universidad civil, o bien sin aspirar al grado académico, no obstante desean acceder a las enseñanzas previstas por el ISCR para la consecución de simples Certificados de asistencia.

§6. Los estudiantes invitados son los que, no queriendo conseguir el grado académico en el ISCR, desean frecuentar algún curso y superar el examen correspondiente, para un eventual reconocimiento del mismo en otro Instituto.

§7. Los estudiantes oyentes son aquéllos que, no queriendo conseguir el grado académico en el ISCR, desean frecuentar algún curso, con vista a obtener el correspondiente Certificado de asistencia.

Art. 19. Para poder ser admitidos a los exámenes, es necesario que el estudiante haya seguido las lecciones con una asistencia no inferior a los dos tercios de las horas de cada disciplina del Instituto.

Art. 20. El Estatuto del ISCR tiene que establecer en qué modo los estudiantes, por motivos graves, pueden ser suspendidos o privados de ciertos derechos, o también ser expulsados del Instituto, de modo que se pueda pre-

servar oportunamente la tutela tanto de los derechos del estudiante como de los del mismo Instituto.

Art. 21. Considerando la diferente configuración de los estudios de Teología y de Ciencias Religiosas (cñ Introducción, nn. 2-5), el estudiante que posee el título de Bachiller o de Licenciado en Ciencias Religiosas, que quisiera obtener el reconocimiento de los estudios realizados y conseguir el Bachillerato en Sagrada Teología, podrá ser admitido por el Presidente (Decano) de una Facultad de Teología, después de la atenta valoración de las disciplinas del curriculum studiorum por parte del Consejo de la misma Facultad. El mismo Consejo tendrá que establecer y aprobar para cada candidato un adecuado programa complementario de, al menos, dos años de duración con sus correspondientes exámenes.

5. Orden de los estudios

Art. 22. El plan de los estudios, redactado en sintonía con las finalidades específicas del ISCR, tiene que caracterizarse por el carácter científico y orgánico de los contenidos teológicos.

Art. 23. La estructura del ISCR prevé un currículo de estudios de cinco años de duración, estructurado en dos ciclos: el primer ciclo, de tres años de duración, al final del cual se consigue el Bachillerato en Ciencias Religiosas, y el segundo ciclo, de dos años de duración, al final del cual se consigue la

Licencia en Ciencias Religiosas.

Art. 24. §1. En el primer ciclo tienen que ser tratadas todas las fundamentales disciplinas filosóficas y teológicas, de modo que la totalidad del itinerario corresponda al título conclusivo del Bachillerato. Concretamente, el programa de los estudios del primer ciclo tiene que incluir las siguientes disciplinas:

- Historia de la Filosofía;
- Filosofía sistemática;
- Sagrada Escritura;
- Teología fundamental;
- Teología dogmática;
- Teología moral;
- Teología espiritual;
- Teología Litúrgica;
- Patrología e Historia de la Iglesia;
- Derecho Canónico.

§2. En el segundo ciclo, además de los cursos referidos a algunas de las disciplinas mencionadas, en particular aquellas específicamente teológicas, a las prácticas, a los cursos opcionales y a los seminarios de estudio, tienen que ser propuestos también los cursos de las disciplinas que caracterizan la orientación de la especialización. Es necesario indicar un docente para cada especialización en la cual sea competente.

Art. 25. El plan de estudios de cada ISCR tendrá que precisar las disciplinas que componen el currículo, el número de horas semanales, los créditos (ECTS), asignados a cada disciplina,

los contenidos fundamentales, la bibliografía y el nombre del docente. Se tenga presente que, en el quinquenio de los ISCR, los créditos, normalmente, tendrán que ser 300, comprendiendo cursos, seminarios, talleres y prácticas.

6. Grados académicos

Art. 26. Los grados académicos en los ISCR son otorgados a los estudiantes por la Facultad de Teología a la cual el Instituto está vinculado. Dichos grados son el Bachillerato en Ciencias Religiosas, al final del primer ciclo y la Licencia en Ciencias Religiosas, con especificación de la orientación de su especialización, al final del segundo ciclo.

Art. 27. Los grados académicos, en el Estatuto de cada ISCR, pueden ser también expresados con otros nombres, teniendo en cuenta la normativa de los estudios académicos de la región, a condición de que sea indicada con claridad su equivalencia con los grados académicos arriba mencionados y sea salvaguardada la uniformidad entre los ISCR del mismo país.

Art. 28. Los requisitos para conseguir el Bachillerato en Ciencias Religiosas consisten en haber: frecuentado el primer ciclo de estudios y haber superado los exámenes correspondientes a cada disciplina; adquirido el conocimiento de una lengua moderna además de la propia, para estar en condiciones de comprender los textos; elaborado y defendido públicamente un trabajo es-

crito, conforme a las normas indicadas en el Estatuto del ISCR, que demuestre la capacidad de plantear el argumento elegido, y además haber superado el examen de síntesis sobre el temario de los estudios cursados ante una comisión compuesta por no menos de tres docentes.

Art. 29. Los requisitos para conseguir la Licencia en Ciencias Religiosas consisten en haber: frecuentado el primero y segundo ciclo de estudios y haber superado los exámenes correspondientes a cada disciplina; adquirido el conocimiento de dos lenguas modernas además de la propia; preparado un trabajo escrito, de acuerdo con las normas establecidas en el Estatuto del ISCR, que demuestre su madura competencia en el campo de especialización escogido, y someterlo a pública discusión en la sesión prevista.

7. Subsidios didácticos y económicos

Art. 30. Para garantizar el buen funcionamiento de los ISCR, cada Instituto tiene que contar con la presencia de estructuras logísticas adecuadas a las necesidades de la enseñanza, con suficientes aulas funcionales y decorosas, y espacios para los seminarios de estudio y las prácticas, espacios para oficinas y archivos, así como los soportes técnicos necesarios para la cuestión didáctica.

Art. 31. Para el logro de sus objetivos específicos, cada ISCR tiene que

contar con una biblioteca, dotada y actualizada de libros y revistas, conforme a las necesidades de los docentes y de los estudiantes, ordenada convenientemente. En caso de que el ISCR se valga de una biblioteca teológica externa a la sede del Instituto mismo, tendrá que disponer al menos de una sala de consulta y de lectura, dotada de los principales instrumentos (fuentes, diccionarios, revistas, etc.).

Art. 32. A través de la asignación anual de una conveniente suma de dinero, la biblioteca debe ser enriquecida constantemente con libros, clásicos y contemporáneos, y con las principales revistas, para que así ella pueda servir eficazmente, sea para la profundización y a la enseñanza de las disciplinas, sea para su aprendizaje, así como para los trabajos prácticos y para los seminarios de estudio.

Art. 33. El Estatuto del ISCR tiene que establecer normas adecuadas para la biblioteca, de modo que el acceso y el empleo sean particularmente facilitados a docentes y estudiantes.

Art. 34. Cada ISCR tiene que contar con los medios económicos necesarios para el buen logro de su específica finalidad, para su adecuado funcionamiento, para la decorosa retribución a los docentes y al personal auxiliar, y para el mantenimiento de los edificios.

Art. 35. El Estatuto del ISCR debe determinar la función del Ecónomo y

las competencias de otros organismos colegiales interesados, de modo que puedan asegurar una sana administración.

Art. 36. Igualmente, el Estatuto del ISCR tendrá que establecer los modos de participación de los estudiantes en los gastos del Instituto, a través del pago de aranceles por la admisión, por la inscripción anual, por los exámenes y por los diplomas relativos a los grados académicos a conseguir.

Art. 37. La administración del ISCR es autónoma y no depende de la Facultad a la cual él está vinculado, a menos que no sea establecido de otra manera en el Estatuto.

II. PROCEDIMIENTO PARA LA ERECCION DE UN INSTITUTO SUPERIOR DE CIENCIAS RELIGIOSAS

Art. 38. Pueden solicitar la erección canónica los Institutos que poseen los requisitos previstos por la presente Instrucción y que estén en condiciones de ofrecer adecuadas garantías también para el futuro.

Art. 39. Corresponde a la Conferencia Episcopal Nacional o a otra Asamblea de la Jerarquía Católica (cf. art. 5 b) competente para la planificación de los Institutos en el territorio, dar su aprobación para la erección de cada ISCR.

Art. 40. La propuesta de erección de un ISCR tendrá que ser formulada por el Obispo o Eparca del lugar donde tiene la sede el Instituto, el cual debe dirigirse a una Facultad Eclesiástica de Teología, preferentemente la más cercana al Instituto, para que ésta asuma la responsabilidad académica del Instituto mismo. La vinculación entre Instituto y Facultad será fijada en una convención *ad hoc*, salvando las normas establecidas más arriba.

Art. 41. La Facultad de Teología, evaluada la idoneidad de los docentes y la existencia de los requisitos previstos por la presente Instrucción, elevará al Gran Canciller la solicitud de erección del Instituto, juntamente con la siguiente documentación: el parecer positivo de la Conferencia Episcopal Nacional u otra Asamblea competente de la Jerarquía Católica (cf. art. 5 b); su parecer fundado acerca de la vinculación del ISCR; el texto de la citada convención; el texto del Estatuto del naciente Instituto, redactado en conformidad con las disposiciones normativas contenidas en la presente Instrucción; el plan de estudios con sus articulaciones y con la indicación de los créditos asignados a las diferentes disciplinas; la lista de los docentes, con la indicación para cada uno de ellos, de los datos personales, de los títulos académicos, de las publicaciones, de las disciplinas de enseñanza y otras eventuales sedes de enseñanza; la esmerada descripción de la sede, de la biblioteca, de los principales subsidios didácticos,

del plan de financiación; el número de estudiantes previsto, señalando su procedencia y el estado de vida (religiosos/as laicos, laicas).

Art. 42. El Gran Canciller, después de haber examinado las razones de la **solicitud**, la integridad del procedimiento y haber comprobado que la mencionada documentación sea conforme a cuanto prescrito por la presente Instrucción, hará llegar todo el material a la Congregación para la Educación Católica, juntamente a su propio parecer, pidiendo su examen y aprobación, y, cumplidas todas las condiciones, la erección canónica del Instituto y su vinculación con la Facultad de Teología.

Art. 43. La Congregación para la Educación Católica es quien emana los Decretos concernientes a la erección del ISCR y su vinculación con la Facultad de Teología y la aprobación del Estatuto *ad tempus et ad experimentum*.

III. NORMAS FINALES

Art. 44. Si un ISCR resultara gravemente insolvente por cuanto atañe la observancia de los requisitos, el reconocimiento podrá ser suspendido *ad tempus*, y, si es el caso, revocado por la Congregación para la Educación Católica.

Art. 45. Eventuales modificaciones al texto del Estatuto del ISCR tienen

que ser sometidas por el Gran Canciller de la Facultad de Teología a la Congregación para la Educación Católica para su debida aprobación.

Art. 46. Con la entrada en vigor de la presente Instrucción, son abrogadas la *Nota illustrativa* del 10 de abril de 1986 y la *Normativa per l'Istituto Superiore di Scienze Religiose* del 12 de mayo de 1987.

Art. 47. Las normas transitorias del Estatuto de cada ISCR tienen que indicar las modalidades y posibilidad de paso de los estudiantes del viejo al nue-

vo orden, además de expresar la posibilidad y las modalidades de acceder a la consecución de la Licencia en Ciencias Religiosas para quienes hayan conseguido el título académico al final del currículo cuatrienal actualmente vigente.

Art. 48. Los ISCR tienen que conformarse a la presente Instrucción a partir del nuevo año académico 2009-2010.

El Sumo Pontífice, Benedicto XVI, en el curso de la audiencia concedida al infrascrito Cardenal Prefecto, ha aprobado la presente Instrucción y ha autorizado por ello su publicación.

Roma, 28 de junio de 2008, memoria de San Ireneo de Lyon.

Zenon Grocholewski, Cardenal Prefecto
Jean-Louis Brugués, O.P.,
Arzobispo Obispo emérito de Angers, Secretario

NOTAS

- (1) Los Institutos Superiores de Ciencias Religiosas pueden ser denominados también de otro modo, teniendo en cuenta la normativa de los estudios académicos de la región en la cual operan, a condición de que sea indicado con claridad que ellos corresponden a la tipología descrita en esta Instrucción.
- (2) Cf. *Seminarium* 1 (1991), pp. 181-201.
- (3) Cf. Juan Pablo II, Const. Apost. *Sapientia christiana*, arts. 84-85.
- (4) Cf. Concilio Ecuménico Vaticano II, Const. Dogm. *Dei Verbum*, n. 10.
- (5) Las Conferencias Episcopales han sido constituidas en el rito latino; otros ritos tienen otras Asambleas de la Jerarquía Católica.

IGLESIA UNIVERSAL

Declaración final y Mensaje del Tercer Congreso Americano Misionero

El Congreso Misionero, un "Pentecostés" para la Iglesia en América

Quito, 17-8-2008

DECLARACION FINAL

La Iglesia de América se ha congregado en la ciudad de Quito en estos días, y ha experimentado un Pentecostés junto a María, la Madre de Jesús y Madre nuestra. La creciente conciencia misionera de nuestras Iglesias locales nos ha motivado a contemplar el futuro y la presencia de Dios, los dones y carismas en nuestros pueblos, a escuchar sus necesidades, esperanzas y su profunda experiencia de Fe.

En actitud de discípulos, hemos mirado los caminos del Maestro, su estilo de vida y entrega por los pobres para iluminar nuestra conversión personal y comunitaria. El discipulado implica revestirse de Cristo ser sus testigos.

Estamos prestos a anunciar el Evangelio, «esperanza para toda persona sedienta de Dios» y juntos construir un mundo fraterno, justo y solidario; y ser colaboradores del Espíritu en la construcción del Reino.

La experiencia de Pentecostés nos urge a dialogar con todos los pueblos con actitud profética, estar abiertos a los cambios, reconocer «las semillas del Verbo» y compartir las tradiciones cul-

turales y religiosas de los pueblos. Por eso, una comunidad discípula debe ser cogedora, integradora y solidaria.

La Iglesia, comunidad llevada por el Espíritu Santo, nos impulsa a configurararnos con Cristo, para formar el hombre nuevo, a vivir en comunión fraterna, a ser solidarios con el prójimo y a angelizar sin exclusión.

La Iglesia, «lugar de encuentro» con Jesucristo, convoca, envía a los testigos del Resucitado y forma nuevos discípulos en comunidades vivas, que testimonian el Reino de Dios. La misión aviva la esperanza de que otro mundo es posible, aun en situaciones difíciles. Se necesitan profetas y peregrinos que denuncien las situaciones de pecado y las estructuras injustas, y anuncien los valores de la vida plena realizada en Cristo.

A la luz de estas reflexiones, los misioneros de América, declaramos:

1. MISIÓN AD GENTES: La Misión «Ad gentes» es «Misión para la humanidad», si cumple simultáneamente ser «Servicio a la Iglesia» y «Luz de las naciones». ¡la misión es servicio al futuro de la humanidad! Por eso como laicos, religiosos, sacerdotes y obispos de América, asumimos con entusiasmo

y corresponsabilidad eclesial la Misión «Ad gentes» que implica una conversión personal y el cambio de estructuras pastorales para que el Evangelio llegue a todos los hombres y mujeres sedientos de Dios.

2. MISIÓN, FAMILIA Y DEFENSA DE LA VIDA: Urge una opción fuerte por la formación y acompañamiento de las familias cristianas para que sean evangelizadoras y misioneras con su vida, fidelidad y comunión. Nos comprometemos a revitalizar la Pastoral Familiar y apoyar experiencias de familias misioneras «Ad gentes».

3. MISIÓN Y GLOBALIZACIÓN: Reconocemos que el fenómeno de la globalización acarrea consecuencias positivas y negativas para la humanidad. Favorece la expresión plena de la Iglesia, que no pertenece a ninguna cultura y es de todas. Asumimos una nueva manera de ser iglesia que alimenta su vida desde la escucha de la Palabra y de la realidad, para ser signo del Reino desde cada cultura y cada pueblo.

4. MISIÓN, EXCLUSIÓN Y MIGRACIÓN: Asumimos que la migración y exclusión son un desafío de primera categoría, palpable en la situación de niños, mujeres, hombres y familias que viven atropellos en sus derechos. La Iglesia, con valentía, debe promover proféticamente la cultura de la dignidad humana.

5. MISIÓN Y LAICADO: Impulsados por el Espíritu Santo, los laicos y

laicas de todos los pueblos, etnias y culturas del continente americano, en comunión con los obispos, sacerdotes, religiosas y religiosos, asumimos el compromiso de una formación integral: espiritual, pastoral y misionera, que nos haga corresponsables de la Gran Misión Continental y «Ad gentes».

6. MISIÓN Y JUVENTUD: Los jóvenes, como presente y futuro de la Iglesia, asumimos el Proyecto Misionero Americano con las siguientes dimensiones: Espiritualidad, para poder ver donde caminamos; Responsabilidad, para asumir consecuencias y no camino; y Mística que integre formación, proyecto personal y compromiso.

7. MISIÓN, ACTIVIDAD Y DIGNIDAD HUMANA: Asumimos como Iglesia el desafío de experimentar y suscitar cambios concretos y estructurales que promuevan verdaderamente la dignidad humana, desde la formación misionera integral y permanente, las nuevas organizaciones parroquiales en red y la apertura a nuevos espacios misioneros.

8. MISIÓN, CULTURAS Y PUEBLOS: Como Iglesia valoramos y respetamos a los pueblos indígenas y afrodescendientes del continente, asumimos la urgencia de reconocer sus espacios, expresiones y tradiciones para que tengan su lugar en la sociedad y en la Iglesia. Nuestro espíritu misionero se fortalece en escuchar, aprender y anunciar explícitamente a Cristo en las diversas culturas.

9. MISIÓN Y ECOLOGÍA: Anunciamos la Buena Nueva para restaurar el orden en la naturaleza, en comunión con lo que el mundo espera: renovar en todos los pueblos, culturas y corazonces el rostro de la humanidad mediante la conversión y la salvación; y desarrollar una conciencia creciente en su lucha por la conservación del medio ambiente.

10. MISIÓN Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL: Con la fuerza del Espíritu Santo y a la luz del mandato de Jesús «Vayan y anuncien el Evangelio», queremos responder a las nuevas situaciones históricas, sociales y eclesiales, comunicando el amor de Dios y la Buena Nueva del Reino con una comunicación testimonial, coordinada e integrada en la pastoral ordinaria, para construir la unidad y la comunión.

11. MISIÓN, ECUMENISMO Y DIÁLOGO INTERRELIGIOSO: Contemplamos «las semillas del Verbo» en cada pueblo, cultura, religión y creencia: por ello asumimos un diálogo, encuentro y cooperación ecuménica e interreligiosa desde nuestra propia identidad de Discípulos Misioneros de Jesucristo.

12. MISIÓN, EDUCACIÓN Y MUNDO INTELECTUAL: Somos Iglesia educadora y nos comprometemos a crear, con los actores del ámbito educativo, espacios de formación y diálogo profético para ser testigos de la

Buena Nueva del Reino en el mundo contemporáneo.

13. ESPIRITUALIDAD MISIONERA: Queremos vivir una espiritualidad de Discípulos Misioneros, una espiritualidad de las bienaventuranzas encarnada en la vida: contemplativos, alegres, comunicadores de la experiencia de Dios, pobres, sencillos, itinerantes, capaces de buscar y escuchar a todos, con confianza en el Espíritu.

14. MISIÓN Y FUNDAMENTALISMO RELIGIOSO: Interpelados por el Señor de la Historia, que nos llama a la unidad en el Amor, rechazamos toda actitud fundamentalista dentro y fuera de la Iglesia católica, y nos abrimos al pluralismo y al diálogo que aúna a las personas y a los pueblos en la construcción de la armonía y la paz.

15. MISIÓN Y PRESENCIA DE LA MUJER: Siguiendo los pasos de Jesucristo, reconocemos y valoramos la presencia y participación activa de la mujer en todos los ámbitos sociales y eclesiales, y propugnamos nuevas relaciones no jerarquizadas entre mujeres y varones como riqueza para la humanidad y para la Iglesia.

16. MISIÓN, CIENCIA Y TECNOLOGÍA: Queremos orientar la incidencia de la ciencia y la tecnología en el desarrollo de la humanidad, a partir de los valores propios del Evangelio, para que esté al servicio de la Evangelización y de la cultura de la vida. La ciencia y

la tecnología estén al alcance de todos, posibilitando reales soluciones a la exclusión, la desigualdad, la injusticia, el hambre y la muerte.

17. MISIÓN Y VIDA RELIGIOSA: Los religiosos y religiosas, estamos llamados a ser Discípulos Misioneros con sólida espiritualidad trinitaria de la acción entre los más pobres y diferentes; con un corazón indiviso y solidario que ama a todos; encarnados en cada cultura de manera desprendida y desprevenida; proponiendo vivencia y proféticamente los valores alternativos del Reino; y abiertos a la Misión y al envío «Ad gentes».

Misioneros de América. Hoy, al concluir el *CAM3 comla8*, Jesús nos envía a ser testigos de todo lo que hemos escuchado, aprendido y anunciado hasta los últimos confines de la tierra. «Vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos... yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20).

¡América con Cristo: escucha, aprende y anuncia!

MENSAJE A LA HUMANIDAD,
FAMILIA DE DIOS

1. Don del Espíritu Santo para la humanidad

Este Tercer Congreso Americano Misionero (CAM 3 comla8) celebrado en Quito, mitad del mundo, acon-

tecimiento que congrega a hombres y mujeres, discípulos y discípulas, llegados de todos los confines a esta tiesta Pascual «paso de Dios por su pueblo». La humanidad, la familia de Dios congregada con pasión por la misión para el mundo.

Somos Iglesia de América y queremos sentir con el corazón del mundo. Hemos oído y hemos aprendido.

El Evangelio se amplía y universaliza en nuestra conciencia, ensancha la tienda. Es el Espíritu el que nos impulsa a sentir con Asia, Africa, Europa y Oceanía; a querer compartir nuestra fe y hacer juntos el camino del Reino. Se hace viva la comunidad misionera, una y universal, comunidad para la humanidad.

«A este Congreso, como a un cenáculo continental, llega la fuerza potente del Espíritu Santo, que con sus dones y carismas continúa impulsando a la Iglesia a pregonar la Buena Noticia de la salvación a cada persona, en particular a las que desconocen a Cristo o, tal vez, lo han olvidado, llegando hasta los extremos confines de la tierra».

Sentimos de nuevo el Pentecostés, la Iglesia, comunidad de discípulos y discípulas, congregada con María, la Madre, vuelve a renacer y se siente enviada a toda la tierra. Celebramos la experiencia de unidad que obra el Espíritu entre nosotros de la diversidad de los pueblos, razas y culturas. Unidad en un

mundo fragmentado, unidad coherente y valiente de fragmentos que se hacen comunión plural por la ida del mundo.

Somos Iglesia peregrina, nacida de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio del Padre (Cf AG 2), gestora de amor y acción, con radical seguimiento a Jesús, atenta a la encrucijada de la realidad y pronta a responder con ternura, amor y acción concretas para una profecía creíble.

2. El discipulado del Señor en la Pascua comienza en amor por Jesús y en la experiencia por el Espíritu

Comienza en el amor de Jesús que llama y en el amor del discípulo que se compromete a irse con él, en la misma aventura y misión. Un estilo de vida, provocador y contracorriente, dispuesto a asumir la lógica de lo pequeño y de lo pobre de Jesús. Brota de la fascinante pregunta de Jesús «¿Me amas más que éstos?», ¿estás dispuesto a seguirme exponiendo tu vida por la causa del Remo? Descubrimos que Jesús nos ha llamado con impresionante autoridad y libertad.

Aprendemos a ser discípulos de Jesús en el signo silencioso del Bautismo entre la gente. Aprendemos de su cariño y compasión por todos, de su modo de tocar el corazón y comunicar la Buena Noticia de liberación.

Nos fascina la belleza de su rostro transfigurado y su reflejo en la digni-

dad humana. Aprendemos a ver los paradigmas humanos a la luz de Dios; a amar la salvación como humanización y vida abundante. Aprendemos de Jesús a orar, padecer y amar contemplando su cuerpo crucificado y estando junto a las víctimas. Discípulos que preguntan felicidad, belleza y resurrección.

Queremos permanecer siempre como discípulos que escuchamos y aprendemos con fidelidad y aventura creativa. Seguirle dejando atrás situaciones establecidas, redes, barcas, padres, tierra, todo; estructuras, éxitos y estilos que establecen y dan seguridad porque Jesús nos ofrece compartir su causa, identificarnos con él. Nos ha cautivado la radicalidad de su vida y la autoridad libre y vigorosa con las que nos invita a dejar nuestras seguridades y a seguirle en la misión.

Somos testigos de Jesús, de su vida y su proyecto, porque él nos ha configurado consigo mismo desde dentro como evangelizadores en la experiencia de una íntima comunión y amistad con Él. La centralidad de Cristo en nuestra vida de discípulos es la raíz de la identidad misionera, crea y renueva constantemente la comunión fraterna y sostiene el compromiso en la transformación del mundo por medio del servicio misionero.

El cambio de época y el pluralismo cultural, religioso nos acucia a preguntarnos por el modo de configurarnos con Cristo. El discipulado con sus crite-

rios evangélicos nos coloca a contracorriente de esta sociedad. Nos urge a asumir el gran reto del crecimiento de la pobreza que afecta a la mayoría de la población mundial y que es consecuencia de la expansión de estructuras y sistemas socioeconómicos y políticos injustos.

Esto nos lleva a reafirmar nuestras convicciones y opciones creyentes, para ser luz encendida en gratuidad y para dar razón de nuestra esperanza. Nos lleva a beber el agua vivificante del Evangelio y compartirla con los sedientos de justicia, paz y verdad; con quienes no ven o se mueven en la violencia. Estos retos exigen superar el individualismo y el aislamiento y reclaman robustecer el sentido de pertenencia eclesial y la colaboración leal con los pastores, con el fin de formar comunidades cristianas orantes, concordes, fraternas y misioneras.

3. Comunidad llevada por el Espíritu, Iglesia para todos, sirvienta de la humanidad

El Espíritu Santo promueve una nueva época de la humanidad, un nuevo modo de ser Iglesia. Hemos vivido y recordado relatos vivientes de misioneros y misioneras, muchos de ellos también presentes en el congreso. Nos han animado. Hemos revivido con la memoria de nuestros mártires de América, que por amor dieron su vida como Jesús a favor de sus hermanos. En ellos la misión se hace transparen-

cia de Evangelio, fecundidad de humanismo. Son testigos y mártires que nos contagian el entusiasmo por la misión.

Nuestra espiritualidad misionera es vida según el Espíritu, el cual da testimonio (cf Jn 15, 26-27). Nuestros santos y mártires de América hablaron con su sangre la verdad de Dios que libera. Ellos nos indican la fuente de la vida, que viene de Jesús, encarnada en nuestra tierra. Profunda espiritualidad de Evangelio.

El Espíritu nos lleva a hacer de la misión, encarnación en las culturas y pueblos, a sembrarse y renacer en nuevos rostros y fecundidad de frutos; al diálogo y a (a colaboración ecuménica e interreligiosa. Nos lleva a hacernos pan partido y compartido que junta a todos en la mesa de amistad y fraternidad, sentirnos comunión con la humanidad para ser redención y alabanza de gloria. Hacemos proyecto del Reino desde la gratuidad y pequeñez, con los pobres y víctimas de este mundo para ser justicia y liberación, amor y alternativa social con un corazón recreado de Iglesia.

El Espíritu irrumpe, nos toca y nos empuja hacia Dios, a la historia, a la interioridad y a la acción. Amor que brota del Padre y del Hijo, se traduce en la historia como solidaridad más allá de las fronteras. El Espíritu que unge a Jesús para llevar la buena noticia a los pobres, es constructor de unidad y relación, anuncia libertad a los presos, da

vista a los ciegos, libera a los oprimidos y anuncia el año favorable del Señor (cf. *Lc* 4, 18ss).

4. Misión en el corazón del mundo

La Comunidad Misionera para la humanidad está llamada a vivir en el Misterio de Dios, en su corazón salvífico por todos, llenos de amor y humanización. Misión de Dios para todos los hombres y mujeres a fin de constituir una sola familia en la casa común de la creación. Por eso nos preguntamos ¿hacia dónde va la configuración de la humanidad hoy?

Todo lo humano es nuestro, la situación y los problemas de la humanidad son también nuestros. Queremos aportar el anuncio de Jesús y el Evangelio como luz de Dios y paradigma de Humanidad, es una sola realidad como lo es el amor a Dios y al prójimo. Por eso, miramos a la sociedad entera en sus aspiraciones, proyectos, humanismo y sed de Dios. Nos duele verla sufriendo por la crisis del modelo económico y social, por la crisis ecológica, cultural y democrática; más aún por la pobreza, la exclusión, la violencia y la persecución.

¿Qué podemos hacer o proponer? Un Mundo de Dios. La comunidad misionera es enviada por el Espíritu Santo para articular universalmente los pueblos y culturas en una gran «red» de solidaridad, diversa y una a la vez

(cf. *Jn* 21, 11); desde la periferia hacia el centro para su liberación. Deseamos con el sueño de Dios un mundo sin periferia y sin centro. Un mundo de Dios.

Somos aprendices. Ante la gravedad de los problemas todos somos aprendices. No tenemos una receta sino la confianza en el Señor, el corazón abierto y dar razón de nuestra esperanza a la luz del Evangelio. La esperanza es mensaje central de la fe bíblica (Cfr *Spe salvi* 2). La esperanza y la alternativa se evidencia cuando pobres y víctimas comienzan a hablar, a hacerse presentes. Todo lo humano es nuestro aunque hay excluidos

La misión se recrea con la solidaridad, el compartir y la gratuidad. Jesús nos dice con su práctica que los expropiados y excluidos son también gestores de la misión de la Iglesia, partícipes del proyecto de Dios, con ellos se nos abren espacios amplios, signos de justicia y razones de esperanza.

Cooperamos a la unidad de la humanidad, con la universalidad plural del Espíritu Santo obrada en la gratuidad y en la esperanza junto con los pobres. Tarea permanente que se realizará al final, somos caminantes en la fe, el Evangelio nos abre el horizonte de la cosecha final sin arrancar ya la cizaña (cf. *Mt* 13, 24-30).

La misionalización de la vida y misión de la Iglesia. Estamos convocados

a comprometernos con nuestra Iglesia y sociedad, colaborando en definir y realizar etapas, prioridades y metas de esta historia; a vivir la solidaridad, el compartir y la gratuidad vividas por la comunidad misionera.

Queremos una humanidad plenamente realizada en el amor de Dios. Tenemos mucho que ofrecer, ya que «no cabe duda de que la Doctrina Social de la Iglesia es capaz de suscitar esperanza en medio de las situaciones más difíciles, porque, si no hay esperanza para los pobres, no la habrá para nadie, ni siquiera para los llamados ricos» (PG 67). (DA 395). La opción preferencial por los pobres «debe atravesar todas nuestras estructuras y prioridades pastorales» (DA 396). Iglesia misionera consoladora, mediadora y abogada de los pobres (DA 395, 533).

Entrar al corazón de los hombres y mujeres de América. Queremos ponernos con la Iglesia en estado permanente de misión. «Llevemos nuestras naves mar adentro, con el soplo potente del Espíritu Santo, sin miedo a las tormentas, seguros de que la Providencia de Dios nos deparará grandes sorpresas» (DA 551).

5. Estar en el mundo entero

Queremos sentir en nuestro corazón el mundo entero y la humanidad, con una gran empatía de Dios y de humanismo. Acompañándonos, todos juntos. Llamados a salir de nuestra tierra,

sin saber a dónde nos llevará la misión en caminos y situaciones, pero siempre con la esperanza y la confianza puesta en Dios, en su promesa que se realiza con creces. Hacia un mundo nuevo como metáfora y símbolo de que la novedad del Reino ya se vislumbra entre nosotros. La humanidad nueva es obra del Espíritu, nosotros la aguardamos, esperamos y colaboramos con todo nuestro ser. La Iglesia de América debe intervenir con signos de justicia en el mundo injusto y lanzar las semillas del Reino.

La pasión por Jesús y el deseo de que sea conocido y amado es el corazón de la misión: Todos nosotros discípulos, que vivimos de Jesús, queremos que sea conocido y amado. Queremos ser servidores entre los pobres, consuelo y fortaleza del corazón. Somos llamados a dar vida por toda la humanidad, a comunicar la belleza y el vigor de Jesús, a reconciliar y unir a la familia humana en protagonismo social y eclesial.

Los jóvenes fascinados por la fuerza y aventura de Jesús e impulsados por el Espíritu, han sido constituidos por Dios como testigos de la fe y de la esperanza. Son Iglesia en novedad, alternativa social y de la humanidad.

Con María la Madre

Queremos ser discípulos, emprender la misma misión de Jesús. Ella nos enseña que sin corazón, sin ternura, sin amor, no hay profecía creíble.

María profirió la Palabra, porque antes la concibió en su corazón; proclamó un Magnificat profético, porque antes creyó; estuvo junto a la Cruz y en Pentecostés porque fue la tierra buena que acogió la Palabra con un corazón alegre, la hizo fructificar el

ciento por uno y pidió a los demás que lo hicieran. «A su lado volvemos a escuchar de sus labios: “Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28, 19)».



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANAOCTUBRE

Durante este mes se realiza la presentación de la Programación Diocesana de Pastoral en los distintos Arciprestazgos de la Diócesis a los Agentes de Pastoral.

- Día 1: Inicio del Curso de “Lectura Creyente de la Palabra” en el Seminario Mayor.
- Día 3: Celebración del Envío de los Catequistas en la iglesia de Santa María Madre.
D. Francisco José Prieto Fernández, defendió con éxito en la Universidad Pontificia de Salamanca (UPSA) su tesis doctoral sobre *“La polimorfía de Cristo. Su utilización en la literatura cristiana antigua (siglos I al III)”*. Obteniendo la máxima calificación.
- Día 6: Apertura del Curso Académico 2008 – 2009 del Seminario Mayor y Menor y del Instituto Teológico “Divino Maestro”. El profesor del Seminario Menor D. Amadeo Blanco Urbano, pronunció la lección inaugural con el título: *“Panem nostrum quotidianum”*.
- Días 10 y 11: Jornadas de Formación Inicial de Animadores del Movimiento de Jóvenes de Acción Católica.
- Día 12: Inauguración del Curso de los Equipos de Nuestra Señora en el Seminario Mayor.
- Día 14: Presentación de las imágenes de Santa Marta y Santa Bárbara en la Catedral, restauradas por la Asociación de Amigos de la Catedral, con el patrocinio de Caixanova; y donación a la Catedral del pintor, Baldomero Moreiras, de un cuadro de la Anunciación.
- Día 16: Exequias por el E. D. del Rvdo. José Fernández Muñíos en la Parroquia de Santa Eufemia la Real del Centro.
- Día 18; Primera sesión del Curso de Doctrina Social de la Iglesia en el Salón Mundo Novo en el Obispado.
Vigilia del DOMUND en la Parroquia de Santo Domingo.
- Día 21: Reunión del Consejo Episcopal.



Beati misericordes